

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

RUSKIN

Lo que nos han contado nuestros padres.

LA BIBLIA DE AMIENS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS.

POR

M. CIGES APARICIO



MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1907

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
DE
PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL
NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

Tomos publicados:

- Claparède.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.
- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora, con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (Examen de sujetos.) Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigouroux y Juquelier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca, con figuras. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 x 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

EN PREPARACIÓN

- Bonnier.**—LA AUDICIÓN.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN.
- Marie.**—LA DEMENCIA.

LA BIBLIA DE AMIENS

1182625

BR

7802

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

LO QUE NOS HAN CONTADO NUESTROS PADRES

LA BIBLIA DE AMIENS

BOSQUEJO

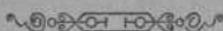
DE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO

por

JHON RUSKIN

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorla

7802

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1907

ES PROPIEDAD

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

PREFACIO

I. El proyecto hace tiempo abandonado (y del que las siguientes páginas son como un principio de realización), lo he reanudado á instancias de una joven aya inglesa, que me recomendaba escribir algunos trozos de historia que pudiesen interesar á sus discípulos;—pues el fruto obtenido de los documentos históricos suministrados por los modernos sistemas de enseñanza, sólo implicaba para ellos cansancio y enojo.

Lo que cualquier otro pudiera decir en loor de este libro, si en libro se convirtiese, debe decirlo él mismo. Como prefacio basta y aun sobra con lo dicho; pues algunos acontecimientos de la historia británica, bien presentes en la hora que corre á la memoria, solicitan un comentario, por breve que sea.

He oído que los Guardias de la Reina han marchado á Irlanda entonando el «Dios Salve á la Reina». Y siendo (como yo mismo he confesado en el decurso de unas cartas sobre las que se ha lla-

mado recientemente la atención pública más de lo regular), el mejor de mis amigos (1), el más insigne Conservador de Inglaterra, me siento seriamente dispuesto á elucidar si el empleo encomendado á los Guardias de la Reina está de acuerdo con su misión propia. Mi peculiaridad conservadora de la función inherente á los Guardias, es que deben de guardar el trono y vida de la Reina cuando se vean amenazados por un enemigo intestino ó extranjero, pero que no deben sustituir á la fuerza de su ineficaz policia para ejecutar leyes domésticas.

2. Y todavía menos si las leyes domésticas que se les ordena imponer entonando el «God Save the Queen» son acaso lo contrario precisamente á la ley de ese Dios Salvador, y por lo mismo tales, que durante mucho tiempo ningún número de Reinas ú hombres de la Reina podrían ejecutar. Lo cual es un problema sobre el que me estoy esforzando, diez años hace, en requerir la atención de la gente británica—harto vanamente hasta aquí;—y nada quiero añadir hoy á mis propias palabras anteriores sobre este punto. Pero justamente acaba de aparecer el libro de un jefe británico, que, si en otro tiempo no hubiera estado más laboriosamente ocupado, no solo podría haber escrito todos mis libros

(1) Carlyle, muy admirado de Ruskin, á quien dedicó su libro *Munera Pulveris* (sobre Economía Política) publicado por esta casa.—(N. del T.)

sobre paisaje y pintura, pero que también comparte con rara exactitud (Dios sabe de cuán pocos ingleses puedo hoy decir lo mismo) mi concepto sobre la seguridad de la Reina y del honor nacional. De ese libro («Far out: Rovings retold»—«A lo lejos: Relatos de viajes»), he de transcribir varios fragmentos en mis subsiguientes notas finales, y me contentaré ahora con trasladar como remate de mi Prefacio las memorables palabras que el mismo coronel Butler cita, dirigidas al Parlamento Británico por su último Jefe Conservador, otro oficial inglés que también sirvió con éxito y honor.

3. Decía el Duque de Wellington: «Bien sabido es de Vuestras Señorías que de las tropas confiadas por merced de nuestro Gracioso Soberano á mi mando durante diversos períodos de la guerra—guerra emprendida con la expresa intención de garantizar las dichas instituciones y la independencia nacional—la mitad, por lo menos, eran Católicas Romanas. Milores, cuando invoco vuestros recuerdos sobre este hecho, estoy seguro de que cualquier otro elogio huelga. Vuestras Señorías saben perfectamente durante cuán largo tiempo y en qué extremas circunstancias sostuvieron fluctuante el imperio en el diluvio que sumergía y se tragaba los tronos y aniquilaba las instituciones de los otros pueblos;—cómo mantuvieron animada la única chispa de libertad que en Europa quedaba inextinta... Milores, á los Católicos de Irlanda de-

bemos singularmente nuestra vigorosa hegemonía en la carrera de las armas; y yo, personalmente, les debo los laureles con que á vosotros plugo exornar mi frente... Tenemos el deber de confesar, Milores, que sin la sangre Católica y el Católico valor, ningún triunfo hubiésemos obtenido, y los insignes talentos militares hubiéranse ejercitado en vano.»

4. Sean estas nobles palabras de tierna Justicia el primer ejemplo para mis jóvenes lectores de lo que toda Historia debería ser. En las *Leyes de Fiésole* se les ha dicho que todo gran Arte es Loa. Tal la Historia verídica y la alta Filosofía. Pues las tres, Arte, Historia y Filosofía, son cada una parte de la Celestial Sabiduría, que no mira como el hombre mira, sino con Caridad Eterna; y tampoco se complace en la Iniquidad, sino en la Verdad.

Pues el verdadero conocimiento es de Virtudes sólo: venenos y vicios enséñalos Hécate, no Ate-neá. Y de la total sabiduría, la del Político, primordialmente, debe consistir en esta divina Prudencia; pues no siempre, en verdad, es necesario al hombre conocer las virtudes de sus amigos ó de sus maestros; pues el amigo ya se encargará de revelarlas y el maestro de ejercitarlas. ¡Pero, ¡ay! de la Nación demasiado cruel para amar la virtud de sus súbditos y demasiado cobarde para reconocer la de sus enemigos!

La Biblia de Amiens

CAPÍTULO PRIMERO

POR LAS ORILLAS DE LAS AGUAS

I. El inteligente viajero inglés sabe, en esta afortunada edad, que á mitad del camino entre Boloña y París, hay una activa estación de ferrocarril donde su tren, apresurando la marcha, le conduce con más que los moderados ruidos y choques previstos á la entrada de cada importante *gare* (1) francesa, cual si quisiera comunicar al viajero soñoliento ó distraído el sentido de su situación.

Quizás recuerde entonces que en esta parada, hecha al comedio de su viaje, hay una fonda bien servida, donde le conceden «Dix minutes d'arrêt».

Sin embargo, no siempre se da precisa cuenta de que esos diez minutos de parada que se le han

(1) En francés, en el original.—(N. del T.)

concedido, son los que le separan de la plaza central de una ciudad que fué antaño la Venecia de Francia.

2. Sin contar las islas de las lagunas, la francesa Señora de las Aguas era casi tan grande como la misma Venecia, y dividida, no por largas corrientes que bajan y suben con las mareas, sino por once hermosos surgideros, de los cuales cuatro ó cinco son tan grandes como nuestro Wandle en el Surrey ó como el Dove de Isaac Walton. Todos ellos se ramifican en rápidos cursos, que se reúnen luego de correr por la ciudad y de arremolinarse en las calles, estando bordeados á medida que descienden (imposibles de vadear, excepto cuando los dos Eduardos los cruzaron el día antes de Crecy) por los arsenales de San Valerio y por bosques de chopos y ringlas de álamos temblorosos, cuya gracia y alegría parecen surgir de cada encantadora avenida, como imagen de la vida del hombre justo.—«Erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum.»

Pero la Venecia de Picardía no debió su nombre á la mera belleza de sus líquidas corrientes, sino á la carga que sustentaba. Como la Princesa del Adriático, era una obrera en oro y cristal, en piedra, madera y marfil: era semejante á una egipcia en el tejer sutiles telas de lino; como una hija de Judea, combinaba los colores en sus labores bordadas. Y de esta suerte, las obras de sus manos

eran celebradas en su propia casa, exportaba una parte á los países extranjeros, y su fama se extendía por todas las tierras.

«Un règlement de l'échevinage, du 12^{me} avril 1566, fait voir qu'on fabriquait à cette époque des velours de toutes couleurs pour meubles, des colombettes à grands et petites carreaux, des burailles croises, qu'on expédiait en Allemagne—en Espagne, en Turquie, et en Barbarie!» (1).

¡Terciopelos de todos los colores, «colombettes» con irisaciones de perlas (me pregunto qué podrían ser) y enviados para competir con los abigarrados tapices del turco y brillar sobre las torres arabescas de Berbería! (2) ¿No es esta una fase de la vida provincial picarda, que se revela al inteligente viajero inglés cuando quiere escrutar un poco? ¿Por qué esta fuente irisada surge bruscamente aquí, cabe el Soma; y por qué una doncellita francesa podía escribir de sí misma que era la hermana de Venecia y la sierva de Cartago y de Tiro?

3. Y si ella, ¿por qué no otras cualesquiera de nuestras poblaciones septentrionales? Desde el puerto de Calais hasta la estación de Amiens, ¿ha

(1) M. H. Dusevel, *Histoire de la ville d'Amiens*. Amiens, Caron et Lambert, 1848, pág. 305.

(2) Cuando Carpaccio quiere dar idea de fiesta esplendorosa en una ciudad, recurre á la ostentación de telas en las ventanas.

encontrado algo, en el país ó en el litoral, nuestro inteligente viajero, que implique especial ventaja para realizar un designio artístico ó una empresa comercial? Durante leguas y más leguas ha visto dunas arenosas. También nosotros tenemos nuestros arenales del Sabern, de la Luna y de Solway. Ha visto extensas praderas de útil perfume y no exenta fragancia—artículo bastante accesible también á nuestras industrias de Escocia é Irlanda. Ha visto alzarse tajos del más puro corte calcáreo; pero, en el opuesto lado, la pérfida Albión no reluce menos inmaculada allende el azul. Puras aguas ha visto surgiendo de la roca nevada; ¿pero son menos brillantes las nuestras de Croydon, Guildford y Winchester? ¿Y nadie ha oído hablar de los tesoros enviados desde los arenales de Solway al africano, ni de que los constructores de Romsey podían haber dado lecciones de color á los arquitectos de Granada? ¿Qué hay, pues, en el aire ó en la tierra—en la luz de su sol ó de sus estrellas—que acalora el corazón é ilumina los ojos de la pequeña amienesa encapada de blanco, que la hace competir con la misma Penélope?

4. Ahora bien; el inteligente viajero inglés no tiene tiempo de meditar en ninguna de estas preguntas. Pero si ha adquirido su sandwich con jamón y está presto para el «En voiture, messieurs!» quizás acceda á escuchar un momento al paseante que ni derrocha ni escatima el tiempo, el cual po-

drá indicarle lo que vale la pena de contemplarse mientras el tren se aleja de la estación.

Desde luego verá—é indudablemente con la respetuosa admiración que un inglés concede siempre á tales cosas—los depósitos de carbón y los coches de repuesto que hay en la estación misma, extendiéndose entre cenicientos y oleosos esplendores cerca de un cuarto de milla más allá de la ciudad; y luego,—hasta que el tren recobra precisamente toda su velocidad—bajo una gran chimenea en forma de torre, de la que apenas puede ver más que el remate (pero que se sentirá envuelto por la sombra de su humo), *podrá* ver, si osa insinuar su inteligente cabeza fuera de la ventanilla para mirar detrás, cincuenta ó cincuenta y una chimeneas semejantes (mis cálculos son inseguros en una unidad) humeando, semejantemente todas, todas consagradas á semejante trabajo, oblongas, con muros de oscuros ladrillos, acribillados de innumerables ventanas, negras y cuadradas. Pero en el centro de estas cincuenta cosas ingentes que humean, verá una algo más alta que las otras, más delicada también, que no humea; y en medio de estas cincuenta masas de muros desnudos que contienen «trabajos»— y que sin duda producen trabajos provechosos y honrosos para Francia y para el mundo—verá otra muchedumbre de muros, no desnudos, sino peregrinamente labrados por la mano de unos locos antiguos, con el designio de

encerrar ó producir, no una especie de trabajo provechoso para algo, sino un—

«Esta es la obra de Dios, para que creáis en quien Él ha enviado.»

5. Dejando ahora al inteligente viajero que realice su voto de peregrino en París—ó donde quiera que otro Dios pueda conducirle—supondré que uno ó dos inteligentes muchachos de Etón ó una pensativa jovencilla inglesa quizás gusten de pasar tranquilamente conmigo hasta este paraje dominante para meditar sobre lo que ese edificio improductivo—¿podrá decirse también que inútil?—y su minarete sin sombra humosa acaso significan.

Minarete lo he llamado á falta de mejor término inglés. Flecha («flèche»—arrow)—es su nombre propio; pues se desvanece en el aire, sin que sepáis cuándo, por su propia sutileza. No llamea—no se mueve—no causa mal—la bella flecha; sin penacho, sin veneno: sin objeto—¿podremos decir también nosotros, lectores jóvenes y viejos, transeuntes ó domiciliados? Ella, y con ella los muros de donde surge—¿qué significaron antaño? ¿Qué sentido conservan todavía para vosotros ó para el pueblo que mora á su alrededor y que al pasar no se le ocurre contemplarlos?

Imaginémonos ser los primeros en investigar cómo aparecieron.

6. Al advenimiento de Cristo, las laderas de la colina—y al pie, la llanura surcada de brillan-

tes riachuelos con los dorados trigales que la dominan—estaban habitadas por una raza discípula de los druidas, bastante tosca de pensamiento y hábitos; pero bajo la dominación de Roma se acostumbró gradualmente á oír los nombres de los dioses romanos, y aun en parte á confesar su poder. Durante los trescientos años que siguieron al nacimiento de Cristo no oyeron el nombre de otro Dios.

¡Trescientos años! Y ni los apóstoles, ni los herederos de su apostolado, han recorrido todavía el mundo para predicar el Evangelio á todas las criaturas. Aquí, en esta tierra turbosa, el pueblo inculto aún fía en Pomona para sus pomos, en Silvano para sus bellotas, en Ceres para el pan, en Proserpina para el sueño, sin otra esperanza que la bendición de las estaciones por los Dioses de la Cosecha, ni temer la eterna cólera de la Diosa de la Muerte.

Pero al fin—trescientos años fueron venidos y pasados—en el año de Cristo 301, llegó al pie de esta colina de Amiens, el sexto día de los idus de Octubre, el Mensajero de una nueva vida.

7. Su nombre, Firminius (supongo) en latín, Firmin en francés (Fermín)—debemos recordarlo aquí en Picardía. Firmin (Fermín) no Firminius, como Dionisio (Denis en francés) no Dionysius, procede del espacio, de lo lejos—sin que nadie pueda decir de qué parte del espacio. Pero fué aco-

gido por los paganos amieneses con inusitada bienvenida, y durante Cuarenta días—muchos días podríamos leer—le vieron predicar gustosamente ligando con los votos bautismales á personas de la mejor sociedad; y éstas en tal número, que al fin fué acusado ante el Gobernador romano por los sacerdotes de Júpiter y Mercurio como de intentar trastornar el mundo. Y el último de los Cuarenta días—ó el último de los muchos indefinidamente significados por los Cuarenta—fué decapitado, como es propio de los mártires, y su misión en cuerpo mortal quedó terminada.

¿La antigua, la vieja historia, decís? Concedido: así la recordaréis más fácilmente. Los amieneses la rememoran tan solícitamente, que mil doscientos años después, en la décimasexta centuria, tuvieron el buen acuerdo de esculpir y pintar las cuatro piedras, números 1, 2, 3 y 4 de nuestra primera fotografía del coro (1). Escena 1.^a, Llegada de San Fermín; escena 2.^a, San Fermín predicando; escena 3.^a, San Fermín bautizando, y escena 4.^a, San Fermín decapitado, por un verdugo de encarnadísimas piernas y un perro acompañante, parecido al perro del «Fausto», del que muy pronto volveremos á hablar.

8. Siguiendo, entretanto, la historia de San Fermín como de antiguo es conocida, su cuerpo fué

(1) Véase más adelante. Apénd. II, nota.

recibido y enterrado por un senador romano, discípulo suyo (una especie de José de Arimatea con relación á San Fermín) en el propio huerto del senador romano. También elevó un pequeño oratorio sobre su tumba. El hijo del Senador edificó una iglesia en sustitución del oratorio, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Mártires, y la instituyó como sede episcopal—la primera de la nación francesa. ¿Lugar notabilísimo para la nación francesa, verdad? ¿Y merecedor, sin duda, de un modesto recuerdo ó monumento—cruz, inscripción, ó cosa semejante? ¿Dónde, pues, suponéis que esta primera catedral de la Cristiandad francesa tuvo asiento, y con qué monumento ha sido honrada?

Su asiento, donde ahora estamos, compañero mío, seas quienquiera; y el monumento con que se ha honrado es éste—la chimenea cuyo gonfalon de humo nos envuelve de obscuridad—último esfuerzo del arte moderno en Amiens, la chimenea de San Aqueolo.

La primera catedral, observadlo, de la nación francesa; mejor dicho, el primer germen de catedral para la nación francesa—que todavía no está aquí: sólo esta tumba de un mártir está aquí y esta iglesia de Nuestra Señora de los Mártires, firme en la ladera de la colina, hasta que el poder romano se extingue.

Con él caen ciudad y altar arrasados por tribus

bárbaras; olvidan la tumba—hasta que los francos del Norte, cubriendo con su oleaje invasor estas dunas del Soma, se detienen *aquí*, plantan el estandarte franco y el reino francés queda constituido.

9. ¡Aquí su primera capital; aquí las primeras huellas (1) de los francos en su Francia! Pensad en ello. Por todo el Sur hay galos, burgundios, bretones, pueblos de triste corazón y mente tardía:—rebasadas sus extremas fronteras, ved á los francos, fuente de toda franqueza para esta nuestra Europa. Antes de ahora habréis oído la palabra en Inglaterra; pero el término inglés es inexpressivo. Honradez, Honestidad (*Honesty*), la tenemos, nos es peculiar; pero la *Franqueza* hemos de aprenderla en ellos: ahora bien, todas nuestras naciones del Oeste serán conocidas, al cabo de algunas centurias, con el nombre de los francos. Francos, del París que ha de existir en los tiempos futuros; pero el francés de París es, en el año de gracia 500, una lengua tan desconocida en París como en Stratford-att-ye-Bowe. El francés de Amiens es la real y cortesana forma del habla cristiana. París era todavía entre el limo luteciano para convertirse, an-

(1) Las primeras huellas fijas y permanentes; algunas tribus errantes, llamadas de los francos, habían recorrido sucesivamente el país, y retrocedido luego. Pero esta invasión de los llamados francos salios, jamás se retirará.

dando el tiempo, en campo con techos. Aquí, junto al Somma de discretos reflejos, reinan Clodoveo y su Clotilde.

Y junto á la tumba de San Fermín predica ahora otro dulce evangelista, y la primer oración que el rey franco dirige al Rey de los Reyes se la consagra á Él, conocido solamente como «el Dios de Clotilde».

10. Debo ahora implorar paciencia al lector sobre una ó dos fechas y sobre la aridez de algunos sucesos—dos—tres—ó más.

Clodion, el jefe de los primeros francos que rebasaron definitivamente el Rhin, se abrió camino entre las cohortes irregulares de Roma hasta llegar á Amiens, que conquistó el año 445 (1).

A su muerte, dos años después, el trono, apenas erigido, es secuestrado—quizás inevitablemente—por el tutor de sus hijos, Meroveo, que funda su dinastía tras la derrota de Atila en Chalons.

Murió el año 457. Su hijo Childerico, demasiado afecto al amor de las mujeres y menospreciado por los soldados francos, fué desterrado; pues los francos preferían vivir bajo la ley de Roma que bajo la suya propia con un jefe indigno. Childerico encontró asilo y residió en la corte del rey de Turingia. Su lugarteniente en Amiens rompió un ani-

(1) Véase la nota al final del capítulo, como también las alusiones á la batalla de Soisson.

llo en dos mitades cuando él se fué, y entregándole una, le dijo que volviese en recibiendo la otra.

Y, pasados muchos días, le envió la mitad del anillo roto, y retornó, y fué proclamado rey de sus francos.

Siguióle la reina de Turingia (no he podido averiguar si su marido murió previamente—todavía menos, en caso de muerte, de qué murió)—y se le ofreció por esposa.

«He conocido tu utilidad y raro mérito, y he venido á vivir contigo. Hubiese sabido de otro más útil que tú, al otro lado del mar, y allí le hubiese buscado para vivir con él.»

La tomó por esposa y su hijo es Clodoveo.

II. Admirable historia: cuánto tenga de literalmente exacta nada nos importa por el momento: el mito y su vigor nos *revelan* la naturaleza del reino francés y profetizan sus futuros destinos. Valor personal, personal belleza, lealtad á los reyes, amor á las mujeres, desprecio á los casamientos sin amor. Considérense todas estas cosas como la verdad encerrada en el mito: su corrupción será al fin la muerte del franco, como en su vigor radicó su primera gloria.

Valor personal, mérito. *Utilitas*, piedra angular de todo. Nacimiento, nada, si no se asocia al valor;—Ley de primogenitura desconocida;—Honradez en la conducta, lo mismo; ¡así parece al menos! (pero recuérdese que aún somos todos paganos).

12. Permítasenos abstraer á todo precio nuestras fechas y nuestra geografía del gran «ninguna parte» de la memoria confusa, y dispongámoslas bien antes de proseguir.

457. Meroveo muere. El útil Childerico es rey veinticuatro años—incluyendo el tiempo de su destierro al de su reinado en Amiens—del 457 al 481, y durante ese reinado Odoacro pone fin al imperio romano en Italia, 476.

481. Clodoveo solo tiene quince años cuando sucede á su padre como rey de los francos en Amiens. En esta época todavía queda un vestigio aislado del poderío romano en la Francia central, mientras que cuatro fuertes y semisalvajes naciones forman una cruz alrededor de este centro agonizante: los francos en el Norte; los bretones en el Oeste; los burgundios en el Este; los visigodos, que son los más poderosos y civilizados, en el Sur, desde el Loira hasta el mar.

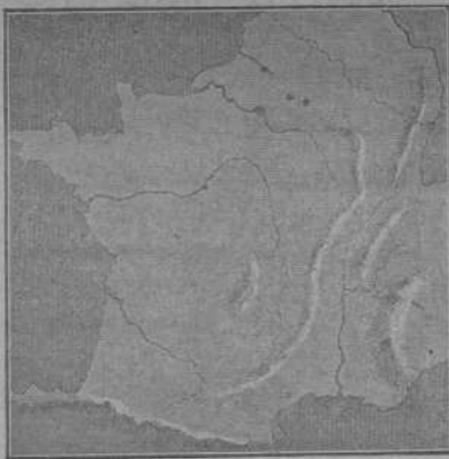
Dibujad ante todo un mapa de Francia del tamaño que gustéis, como en la Plancha I (1), fig. 1, indicando solamente el curso de los cinco ríos, Somma, Sena, Loira, Saona, Ródano; enseguida observaréis, aunque sea elementalmente, que Fran-

(1) Las cuatro primeras figuras de esta ilustración están explicadas en el texto. La quinta representa las relaciones entre Normandía, Maine, Anjou y Aquitania: véase Viollet Le Duc, *Diccionario Arqueológico*, vol. I, pág. 136.

cia estaba dividida por esta época, según se indica en la figura 2.^a; la parte florlisada pertenece á los francos; la marcada , á los bretones; , á los burgundios; , á los visigodos. No estoy seguro hasta dónde estos últimos llegaron de la Provenza, cruzando el Ródano; pero creo preferible indicar la Provenza sembrándola de Rosas.

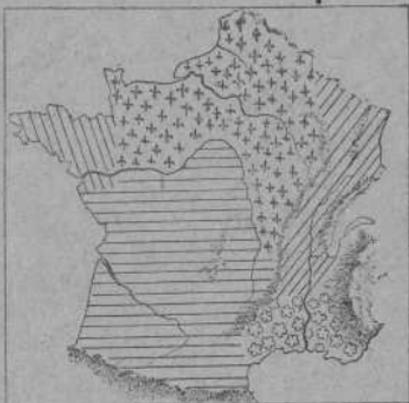
13. Pues bien; bajo Clodoveo libraron los francos tres grandes batallas. La primera contra los romanos, cerca de Soissons, ganándola y haciéndose dueños de Francia hasta el Loira. Copiad el mapa rudimentario, fig. 2, y colocad las flores de lis en el centro, eliminando á los romanos (fig. 3). Esta batalla la ganó Clodoveo, según creo, antes de casarse con Clotilde. Por este hecho cautivó á su princesa; sin embargo, no pudo conquistar su lindo vaso para ofrecérselo como presente. Recordad bien esta historia, así como la batalla de Soissons, que concedió el centro de Francia á los francos y puso término por siempre á la dominación romana en este lugar. La segunda después de unirse á Clotilde. Los fieros germanos, procedentes del Norte, le atacaron, y hubo de luchar por su vida y por su trono en Tolbiac. Esta es la batalla en que ora al Dios de Clotilde y se libra de los germanos con su ayuda. Tras lo cual, es coronado en Reims por San Remigio.

Y ahora bien, con el nuevo brío de su Cristia-



2

3



4

5

LA DINASTÍA DE FRANCIA. (A fines del siglo x.)

nismo, y su doble victoria sobre Roma y Germania, y su amor por su reina, y su ambición por su pueblo, sueña en el Sur, en ese extenso imperio visigótico que se extiende desde el Loira hasta las montañas nevadas. ¿Es posible que Cristo y los francos sean menos poderosos que esos viles visigodos «que todavía son arrianos»? Todos los francos participan de su opinión. Enseguida marcha contra los visigodos, encuéntralos con su Alarico en Poitiers, remata con Alarico y su arrianismo, y conduce á sus devotos francos hasta el Pico del Mediodía.

14. Y ahora debéis retocar nuevamente el mapa de Francia, colocando las flores de lis en toda la superficie central, desde Calais hasta los Pirineos: sólo la Bretaña queda en el Oeste, la Burgundia en el Este y la rosa blanca de Provenza al otro lado del Ródano. Entretanto, la pobrecita Amiens ha quedado reducida á una simple ciudad fronteriza, como nuestra Durham, y el Soma en un riachuelo fronterizo, como nuestro Tyne. Loira y Sena se han trocado en los grandes ríos franceses, y á los hombres se les ocurrirá edificar ciudades á su vera, mientras que las llanuras, bien irrigadas, no produciendo turbas aventureras, sino riquísimos pastos, podrán reposar al abrigo de los sólidos castillos roqueros y de las torres guarnecidas de las islas. Pero permítasenos ahora pensar más detenidamente en lo que pueda significar el cambio de nuestros

símbolos en la carta,—cinco flores de lis por las barras horizontales.

¿No significan indudablemente que todos los godos han desalojado y que solo francos quedan en Francia? Los francos no han matado á los hombres, mujeres y niños visigodos, desde el Loira hasta el Garona. No; allí donde su propio trono todavía se alza junto al Soma, la turbamulta que encontraron vive todavía, aunque sumisa. ¡Franco, godo ó romano, puede fluctuar aquí y allí, invadiendo ó huyendo por grupos; pero, inalterable á pesar de todos los gustos y vicisitudes de la guerra, el pueblo rural cuyas cabañas saquea, cuyas granjas arrasa y sobre cuyas artes reina, todavía debe—diligente, silenciosamente y sin tiempo para lamentarse—laborear, sembrar, pastorear!

¿De no ser así cómo podría—franco ó huno, visigodo ó romano—vivir un mes ó pelear un día?

15. Sea cualquiera el nombre ó los hábitos del señor, la masa de población persiste la misma; y el cabrero de los Pirineos y el viñador del Garona y el lechero de Picardía, sean cualesquiera los señores que les supongáis, siempre vivirán adscritos á su tierra, floreciendo como los árboles del campo, pacientes como las rocas del desierto. Y éstos, trama y materia prima de la nación, se clasifican, no por dinastías, sino por climas; y son fuertes aquí é impotentes allí por los privilegios que ningún tirano invasor puede abolir y por los defectos que la

oración de ningún eremita puede modificar. Pues bien, dejemos si os parece uno ó dos minutos nuestra historia, y leamos las lecciones constantes de la tierra y del cielo.

16. Cuando antiguamente se iba en posta de París á Calais, había una llanura corta de media hora al trote, desde la puerta de Calais hasta la gran colina calcárea que era preciso ascender antes de llegar á la primer hospedería, en el pueblo del Marqués.

Esta colina calcárea es virtualmente el frontispicio de Francia; el último trozo de la llanura que se extiende hacia el Nordeste: el confin de Flandes, en puridad; hacia el Sur se dilata una región de cal y de hermosas piedras calcáreas para edificar—(si tenéis cuidado de observar atentamente podréis ver una gran cantera al Oeste del ferrocarril, á mitad de camino entre Calais y Boloña, donde antaño hubo un bendito vallecillo practicado entre céspedes suaves como el terciopelo); este elevado, pero no montañoso distrito calcáreo, se extiende alrededor de la cuenca calcárea de París, hacia Caen de un lado y Nancy de otro, y por el Sud hasta Burges y el Lemosín. Este distrito de piedra calcárea, con su fresco y vivo aire, laborable en toda su superficie y surcado de caminos al través de sus llanuras bien irrigadas, es el real país de los franceses. Solo aquí han adquirido pleno fomento sus artes. Más hacia el Sur están los gascones, los lemosines,

los overneses y otros semejantes. Hacia el Oeste, los bretones, de granítica palidez; hacia el Este, los burgundios, como los osos alpinos; sólo aquí, sobre la cal y el mármol de finos granos, entre Amiens y Chartres de un lado, entre Caen y Reims de otro, podremos decir que encontraréis la auténtica *Francia*.

17. Antes de continuar su vital historia, solicito del lector que considere un momento conmigo cómo la llamada historia se ha escrito la mayoría de las veces, y en qué detalles se la ha inspirado.

Supóngase que la historia del rey Lear fuese verdadera, y que un historiador moderno comunicase su extracto en un manual escolar que contuviese los acontecimientos esenciales de la historia británica para que sirviese á la juventud inglesa de preparación en los exámenes. La historia se relataría próximamente así:—

«El reinado del último rey de la septuagésima dinastía terminó con una serie de acontecimientos cuya memoria mancha las páginas de la historia. El débil anciano deseaba repartir su reino entre sus tres hijas; pero al proponerles esta resolución la más joven lo acogió con tanta frialdad y reserva, que la expulsó de la corte y dividió el reino entre las dos mayores.

»La más joven encontró asilo en la corte de Francia, donde el príncipe real acabó por casarse con ella. Pero habiendo obtenido el poder supre-

mo las dos hermanas mayores, empezaron tratando á su padre irrespetuosamente, y luego con desprecio. Negándole, por último, los cuidados indispensables á su propecta edad, el anciano rey abandonó el palacio en un raptó de ira, acompañándole—según se dice—solo su bufón. Loco, casi desnudo, erró entre los bosques de Bretaña, aguantando las tempestades del invierno.

18. »Al conocer estas noticias, la más joven de sus hijas se apresuró en reunir un ejército, é invadió el territorio de sus descastadas hermanas con el intento de restablecer á su padre en el trono; pero encontrando un cuerpo bien disciplinado al mando del amante de su hermana mayor, Edmundo, hijo bastardo del Conde de Glocester, quedó derrotada, fué recluída en una prisión y extrangu-lada por orden de la adúltera. El viejo rey expiró al recibir la noticia de su muerte, y los que colaboraron en estos crímenes obtuvieron bien luego su recompensa; pues de las dos malvadas reinas, que rivalizaban en el amor del bastardo, la que menos favor obtenía envenenó á la otra y luego se mató ella misma. Edmundo sucumbió después á manos de su hermano, hijo legítimo de Glocester, bajo cuya autoridad, juntamente con la del Conde de Kent, el reino permaneció muchos años.»

Imagináos éste gracioso y sucinto relato de lo que el historiador considera ser los hechos, exhortándolos con grabados, en que los colores negro

y blanco se oponen violentamente, representando el acto de arrancar los ojos á Gloucester, el delirio del rey Lear, la extrangulación de Cordelia y el suicidio de Gorenil, y tendréis la imagen de la historia popular en la décimanona centuria, que como comprenderéis, á poco que se reflexione, es una lectura tan provechosa para vuestros jóvenes (por lo que toca al color general y á la pureza de sus pensamientos) como podría serlo la estadística de Newgate, con la circunstancia extremadamente grave de que mientras la estadística de los crímenes cometidos en la prisión enseñaría á la juventud reflexiva los peligros de una indigna vida y de las malas compañías, la estadística de los regios crímenes destruye el respeto por cualquier suerte de gobierno y la fe en los decretos de la Providencia misma.

19. No escasean los libros de altas pretensiones, escritos por banqueros, miembros del Parlamento ó clérigos ortodoxos; en ellos se muestra que los progresos de la civilización consisten en la victoria de la usura sobre los prejuicios eclesiásticos, ó en la concesión de los privilegios parlamentarios al burgo de Puddlecombe, ó en la extinción de las tenebrosas supersticiones del Papado por la gloriosa luz de la Reforma. Finalmente, tenéis el resumen filosófico de la historia, demostrándoos que no hay ninguna seguridad de que la Providencia haya intervenido en la gobernación de las

cosas humanas; que todas las acciones virtuosas responden á instintos egoístas, y que un egoísmo científico, con adecuadas comunicaciones telegráficas y exacto conocimiento de todas las especies de bacterias, asegurará completamente el futuro bienestar de las altas clases sociales y la obediente resignación de las humildes.

Sin embargo, los dos desconocidos poderes—la Providencia del Cielo y la virtud de los hombres—han gobernado y gobiernan el mundo, y no, por cierto, invisiblemente: ellas son las únicas potestades de que la historia puede comunicarnos siempre alguna provechosa verdad. Solapada con todos los dolores radica la fuerza de la virtud; sobre todas las ruinas flota la caridad de Dios. Sólo á ellas debemos de considerar; en ellas sólo podremos comprender el pasado y predecir el futuro destino de las edades.

20. Vuelvo á la historia de Clodoveo, rey al presente de toda la Francia central. Fijad en vuestras mentes el año 500 como la fecha aproximada de su bautismo en Reims, y del sermón que le consagró San Remigio, hablándole de los sufrimientos y pasión de Cristo, hasta que Clodoveo, saltando del trono, empuñó su lanza, gritando: «Si yo me hubiese encontrado allí con mis bravos francos, no quedarán sin vengar sus afrentas.»

«No hay duda—prosigue el necio (*cockney*) historiador—que la conversión de Clodoveo fué una

cuestión política tanto como de fe.» Pero el historiador *cockney* hubiese hecho mejor en limitar su observación sobre los caracteres y creencias de los hombres, á los sacerdotes que acaban de recibir las órdenes en su cómoda vecindad ó á los obispos que hace poco predicaban al pueblo, que vive en los suburbios manufactureros. Los reyes franceses estaban forjados de otra substancia.

21. El Cristianismo de Clodoveo no produjo, en verdad, ningún fruto semejante al que se observa en un converso moderno. No sabemos que se haya arrepentido de la más mínima falta, ni resuelto á cambiar su vida en el menor detalle. La idea del pecado no le impresiona persuasivamente en la batalla de Tolbiac, ni al invocar la ayuda del Dios de Clotilde ha sentido ó profesado la más remota intención de modificar su carácter ó abandonar sus proyectos. Lo que era antes de creer en el Dios de su reina, eso seguirá siendo; pero con más intensidad todavía, supuesta la confianza en el favor sobrenatural que ahora le presta el Dios antes desconocido. Su gratitud nacional hacia el Poder Liberador y el orgullo que le infunde su protección, sólo añadirán violencia á sus hábitos soldadescos y aumentarán sus odios políticos con todo el rencor de las indignaciones religiosas. Ningún lazo más peligroso para la fragilidad humana han tenido los demonios, que la creencia de que nuestros propios enemigos son también los enemigos de

Dios; y yo concibo perfectamente que la conducta de Clodoveo haya sido menos escrupulosa, en proporción exacta á la sinceridad de su fe.

Si Clodoveo ó Clotilde hubiesen comprendido plenamente los preceptos de su Maestro, la historia siguiente de Francia y de Europa hubiese sido distinta de lo que es. Lo que podían entender (ó en todo caso, lo que se les enseñó) observaréis que lo ejecutaron, y que por obedecer fueron benditos. Pero su historia se entrelaza con la de otras personas, respecto á las cuales debemos anotar ahora ciertos detalles harto olvidados.

22. Si colocándonos al pie del ábside de la catedral de Amiens, tomamos la calle que conduce rectamente hacia el Sur, y dejamos á la izquierda la estación del ferrocarril, nos encontraremos una colina, como de media milla, que asciende gradualmente,—paseo bastante agradable y tranquilo—que termina al nivel de los más altos parajes que rodean á Amiens. Desde allí, mirando hacia atrás, se contempla debajo la catedral entera, excepto la flecha; la cúspide que hemos conquistado está al nivel del tejado de la catedral. Hacia el Sur, se extiende la llanura de Francia.

Por este sitio, ó en el camino que de él va á San Aqueolo, se encontraba la antigua puerta romana de los Jemelos, donde se veía á Rómulo y Remo amamantándolos la loba; por la cual puerta salió á caballo un crudo día de invierno—ciento setenta

años antes de ser bautizado Clodoveo—un soldado romano envuelto en su toga de caballero, y tomó por la calzada que formaba parte de la gran vía romana que conduce de Lión á Boloña.

23. Y puede ocurrir también que un día helado del otoño ó del invierno, cuando el viento Este sople recio, se os ocurra deteneros en este lugar para sentir su soplo, recordando entonces lo que aquí ocurrió, memorable para todos los hombres y provechoso en este invierno del año 332 en que las personas perecían de frío en Amiens:—y es que apenas el caballero romano salió de las puertas de la ciudad, encontró á un mendigo desnudo y arrecido de frío; y no encontrando otra manera de abrigarle, sacó la espada, partió en dos mitades su manto y le entregó una.

Nada de regalo ruinoso ni de generosidad entusiástica: la copa de agua fresca de Sidney suponía más abnegación; y estoy muy seguro de que más de un niño cristiano de nuestros días, bien vestido y abrigado, sería capaz, al encontrar á un hombre desnudo y transido, de quitarse su capa y de entregarla *toda* entera al menesteroso, si su aya circunspecta ó su mamá se lo permitiesen. Pero el soldado romano no era cristiano y practicó su serena caridad ingenuamente, y por lo mismo con prudencia.

No obstante, esta misma noche contempló en un sueño al Señor Jesús que estaba ante él rodeado

de ángeles, llevando sobre Sus espaldas la mitad de la capa que había otorgado al mendigo.

Y Jesús dijo á los ángeles que le rodeaban: «¿Sabéis quién me ha vestido? Mi servidor Martín, que si no bautizado todavía, ha obrado así.» Y tras esta visión, Martín se dió prisa en recibir el bautismo, cuando tenía veintitrés años (1).

Si estas cosas jamás han ocurrido así ó hasta qué punto hayan ocurrido, crédulo ó incrédulo lector, no es punto que tú ni yo debamos elucidar. Lo que sí es cierto y eternamente lo *será*—singularmente la infalible verdad contenida en esta enseñanza y las consecuencias actuales de la vida de San Martín en el espíritu de la Cristiandad—esto sí que es en rigor asunto que interesa á cada sér racional perteneciente á cualquier reino cristiano.

24. Ante todo, debéis de comprender que el peculiar carácter de San Martín es una dulce y serena caridad hacia todas las criaturas. No es un santo que predica—todavía menos un santo que sufre persecuciones: ni siquiera un santo que anhela la persecución. De sus oraciones poco sabemos—de sus votos, nada. Lo que siempre hace es simplemente justo, y lo hace en sazón oportuna:—rectitud y bondad se identifican en su espíritu: un santo altamente ejemplar, según mi opinión.

Converso y bautizado—y también persuadido de

(1) Mrs. Jameson, *Arte legendario*, vol. II, p. 721.

haber visto á Cristo—no molesta, sin embargo, á sus oficiales—no intenta hacer prosélitos en su cohorte: «¡Eso es negocio de Cristo!—¡Si Él los necesita, se les mostrará como á mí!» Tales parecen ser sus sentimientos los primeros días que siguieron á su bautismo. Durante diecisiete años pertenece al ejército en igual situación de espíritu.

Al expirar este tiempo cree poderse consagrar á otro ejercicio, y ruega al emperador Juliano que acepte su dimisión. Este le acusa de pusilánime, y Martín le promete conducir su cohorte al combate, inerme, ostentando solamente el signo de la cruz. Juliano acepta su palabra y le aprisiona hasta acercarse la hora de la batalla; pero la víspera del día en que piensa someterle á prueba, los bárbaros le envían una embajada con inequívocas ofertas de sumisión y de paz.

25. No puede insistirse bastante sobre esta historia: lo que tenga de literalmente exacta—repítámoslo—nada nos importa;—la lección que aquí se *comunica* por siempre versa sobre la manera en que un soldado cristiano debiera de dirigirse á sus enemigos. De haberla comprendido el Mr. Greatheart de John Bunyan, las Celestiales puertas se hubieran abierto á más de un peregrino, que no ha logrado tajarse camino hasta ellas con la espada de la violencia.

Pero la historia *es* indubitable en cierto sentido efectivo y práctico; pues pasado algún tiempo, y

sin la ayuda de oratoria, de anatema ni de cualquier linaje de disturbio, nos encontramos al Caballero Romano convertido en obispo de Tours y transformado en influencia bienhechora sin mezcla de mal para la humanidad presente y futura. Virtualmente se repite con su capa de obispo la misma historia que con su toga de caballero,—y no conviene rechazarla por ser una probable invención, pues también es posible que fuese una acción.

26. Yendo con sus más espléndidos hábitos á orar á la iglesia, en compañía de sus diáconos, encontró al paso un desgraciado sin ropa, y ordenó á su acompañante que le diese una toga ó traje cualquiera.

Hízole observar el diácono que no disponía de vestiduras profanas, y San Martín, con su habitual serenidad, se quitó su propia estola episcopal (ó tal vez otro adorno de su persona) y la colocó sobre el desnudo mendigo, prosiguiendo su marcha para realizar el servicio público, indecorosamente, en chaleco ó sea cual fuese la prenda interior de la Edad Media.

Pero, al encontrarse ante el altar, un globo luminoso apareció sobre su cabeza; y cuando elevó los brazos desnudos con la Hostia—se le vió rodeado de ángeles, que sostenían en alto áureas cadenas y joyas que en nada eran terrenas.

27. ¿Increíble te parece—contrario á la naturaleza de las cosas—, sabio lector, y hartamente-

mente una glosa que la locura monástica ha hecho del primitivo relato?

Concedido; pero en esa leyenda de la extravagancia monástica, comprendida con el corazón, hubiese encontrado freno y castigo cada forma del orgullo y de la sensualidad de la iglesia, que en nuestros días ha subordinado el servicio de Dios y de sus pobres al servicio de los sacerdotes y sus ricos, y trocado lo que en otro tiempo fué adorno laudatorio del espíritu affligido por las lentejuelas del bufón en la mascarada eclesiástica.

28. Pero todavía una leyenda—y tendremos bastante para mostrar las raíces de la universal y extraña influencia de este santo sobre la Cristiandad.

«La característica de San Martín fué su dulce, seria, imperturbable serenidad: nadie le vió jamás colérico, triste, ni alegre: en su corazón sólo había piedad para Dios y misericordia para los hombres. El Demonio, que estaba singularmente celoso de sus virtudes, detestaba, sobre todo, su exuberante caridad, por ser la mayor enemiga de su poder, y cierto día le acusó irónicamente de acoger con excesiva facilidad á los pecadores y á los arrepentidos. Pero San Martín le replicó tristemente: «¡Oh, desgraciado, si *tú* también pudieras cesar de perseguir y seducir á las miserables criaturas, si *tú* también pudieras arrepentirte, también tú

encontrarías gracia y perdón en Jesucristo» (1).

29. En esta benevolencia radicaba su fuerza; y el mejor modo de apreciar su eficacia consiste en comparar la transcendencia de su obra con la de San Fermín. El impaciente misionero alborota y grita desaforadamente por las calles de Amiens—insulta, exhorta, persuade, bautiza—todo lo revuelve, como hemos dicho más arriba, durante cuarenta días; enseguida lo decapitan, y su nombre ya no se cita *fuera* de Amiens. San Martín á nadie molesta, no malgasta ni un hálito en exhortaciones enojosas, comprendiendo por la primer lección que recibió de Cristo, que los hombres sin bautismo pueden ser tan buenos como los bautizados, si sus corazones están puros: alienta, perdona, consuela (fraternal hasta compartir la copa del amor), con tanta presura si se trata del bufón como del rey: es el primer comensal del honesto corro donde cuerdamente se bebe; el aroma de los buenos platos es fragante para su olfato, y sagrados para él son los postreros rayos crepusculares del declinante estío. Y donde quiera, cerca ó lejos, los ídolos se tambalean en su presencia—los dioses paganos se esfuman—*su* Cristo se convierte en el Cristo de todos los hombres—su nombre se invoca sobre nuevos incontables altares, que se erigen por el mundo entero, altos en las colinas

(1) Mrs. Jameson, vol. II, pág. 722.

romanas, bajos en los ingleses campos; —San Agustín bautizó á sus primeros ingleses conversos en la iglesia de San Martín, de Canterbury; y la misma estación de Charing Cross no ha podido borrar completamente en el espíritu londinense su recuerdo ó su nombre.

30. La historia del traje episcopal es la postre-
ra de San Martín, que me permito considerar como
más literalmente verdadera que digna de ser teni-
da por *mero* mito: aunque persistiese mito, sería
del más alto valor y belleza. Ultima historia, en
verdad, es la que voy á contaros, aunque espero
que seréis bastante prudentes para estimarla como
fábula, mejor que como expresión de la verdad,
no obstante que en su raíz tenga, de fijo, algún
grano de realidad (productor del ciento por uno si
cae en terreno abonado) que debe considerarse
como un visible é inolvidable rasgo de las maneras
con que San Martín procedía en la alta sociedad;
cuanto al mito, su valor y significación pertenecen
á todos los tiempos y lugares.

Pues bien; según el cuento, se hallaba cierto
día San Martín comiendo en la mesa más insigne
del globo terrestre; digámoslo más claro: ¡con el
Emperador y la Emperatriz de Germania! ¡No ne-
cesitáis averiguar qué Emperador ni cuál de las
esposas del Emperador! El Emperador de Germa-
nia es en los antiguos cuentos, la más alta expre-
sión del poder sagrado del Estado, como el Papa

es el más sacro poder de la Iglesia. Pues bien: San Martín estaba comiendo, como acabamos de decir, con el Emperador, que le tenía á su izquierda; la Emperatriz á la derecha, como es debido. San Martín recibió gran contento durante la comida, y aun él mismo se hizo muy agradable á la compañía; nada tan lejos de ser un santo á lo Juan Bautista. También sabéis que en las fiestas reales de estos tiempos, las personas de rango inferior se admitían en la sala; se las colocaba tras los asientos de los invitados, para ver y oír lo que se trataba, y entretanto recogían las sobras y lamían los platos.

Cuando la comida iba hacia su término y llegó el momento de servir los vinos, el Emperador llenó su copa—enseguida la de la Emperatriz—luego la de San Martín—y chocó afectuosamente la suya con la de éste. Con igual amabilidad, pero aún más creyente, la Emperatriz miró sobre la mesa, humilde, aunque también regiamente, esperando, como es natural, que San Martín chocase su copa con la de *ella*. San Martín miró primero á su alrededor deliberadamente;—advirtió que junto á su asiento había un pobre diablo andrajoso, anhelante, que acababa de conseguir que un lacayo caritativo le llenase *su* copa.

¡San Martín volvió la espalda á la Emperatriz, y chocó con *él!*

31. Por esta caridad—mito si gustáis, pero

eternamente ejemplar—sigue siendo hasta hoy, según hemos dicho, el patrono de los buenos cristianos bebedores.

Como los años pasaban por él, le pareció barruntar que había soportado bastante tiempo el peso del báculo—que la activa Tours necesitaba ya de un obispo más activo—que, por lo tocante á su persona, podía en lo sucesivo recrearse y descansar honestamente donde la viña arraiga y la alondra canta. Por palacio episcopal tomó una cueva, practicada en las rocas calcáreas que forman el cauce superior del río: organizó, sin grandes gastos, todo lo necesario para aparejar su lecho y mesa. Noche tras noche, le murmura el río; día por día, los pámpanos le brindan su sombra; y diariamente su heraldo el sol, acribillando el horizonte vecino del Cielo, se oculta para él más allá de las aguas que colora de púrpura;—á la hora en que la campesina corre á su casa entre cestos, cuando el hacha y la sierra se detienen en el árbol á medio talar, y el campanario de la aldea surge gris entre la luz remota, en el cuadro de Turner: «Las orillas del Loira» (1).

32. Sobre todas estas cosas, aunque no carezcan de interés por sí mismas, he tenido razones especiales de no hablaros hasta ahora, en que podréis daros exacta cuenta de la significación que encie-

(1) «Pintores modernos», plancha 73.

rra el hecho que determinó el principio de la marcha de Clodoveo hacia el Sur, en busca de los visigodos.

Habiendo vadeado el Loira por Tours, atravesó las tierras pertenecientes á la abadía de San Martín, que declaró inviolables, y prohibió á sus soldados que tocasen nada, excepto el agua y el forraje que necesitasen sus caballos. Tan rígidas fueron sus órdenes y tan exacta la obediencia impuesta en este sentido, que habiendo cogido avena un soldado franco sin consentimiento del propietario, que era un pobre hombre, diciendo burlescamente «que solo era yerba», le condenó á muerte, exclamando que «no podía esperarse la victoria si se ofendía á San Martín.»

33. Observadlo bien; este paso del Loira á Tours contiene la virtual realización de los propios destinos asignados al reino de Francia, y la divisa de su poder, reconocido é indudablemente afianzado, es: «¡Honor al pobre!» Ni siquiera una pequeña porción de yerba debe de hurtarse á un pobre hombre, bajo pena de muerte. Así lo quiere el caballero Cristiano de los ejércitos romanos, colocado ahora en un alto trono al lado de Dios. Así lo quiere el primer rey Cristiano de los francos más victoriosos;—aquí bautizado por Dios, en el Jordán de su tierra prometida, mientras la atraviesa para tomar plena posesión.

¿Por cuánto tiempo?

Hasta que esta misma Divisa sea interpretada al revés por un trono degenerado;—hasta que al recibir el mensaje diciendo que los pobres de Francia carecían de pan para comer, se les replicó: «¡Pueden comer yerba!» Tras lo cual, los Caballeros de los Pobres dictaron órdenes contra el Rey—junto al foburgo y puerta de San Martín—que terminaron *su* festín.

Y recordad siempre la influencia sobre las almas francesas pretéritas y futuras de San Martín de Tours.

NOTAS PARA EL CAPÍTULO I

34. Observará el lector que algunas notas inmediatamente necesarias para la comprensión del texto se colocan *numeradas* al fin del texto mismo, mientras que las referentes á los autores aludidos ó á los textos autorizados se les indica con una *letra* y se les remite enseguida al final de cada capítulo. Fúndase en gran parte este método (1) porque luego de ordenadas las notas numéricas, puedo amplificar cualquier punto que considere necesario al corregir las pruebas de imprenta, añadiendo una nota final, sin temor de confundir los caracteres tipográficos. Así tendrán la utilidad de resumir los capítulos y de resaltar lo más digno de recordarse. Por ejemplo, ninguna importancia tiene ahora recordar si la primera conquista de Amiens ocurrió en el 445, porque no fué entonces cuando se fundó la dinastía merovingia, ni que Meroveo se

(1) Sin embargo, prescindo de este método en los sucesivos capítulos.—Ed. (1897).

apoderó del trono en el 447, y que murió diez años después. La fecha que realmente conviene tener presente es la del 481, en que advino al trono Clodoveo, siendo todavía un niño de quince años, y las tres batallas de su reinado dignas de memoria son Soissons, Tolbiac y Poitiers—recuérdese también que esta fué la primera de las tres grandes batallas de Poitiers:—Cómo este distrito de Poitiers llegó á tener tanta importancia por su posición estratégica, lo averiguaremos luego, si es posible. De la reina Clotilde y su fuga de Borgoña en busca de su amante franco, hablaremos más despacio en el capítulo siguiente:—la historia del vaso de Soissons se narra en la *Historia Ilustrada de Francia*; pero la contaremos también en el capítulo próximo, con los comentarios que se merece; pues deseo que el espíritu del lector se fije al final de este primer capítulo en las dos descripciones del «Franco» moderno (tomando esta palabra en su sentido sarraceno) como distinto del sarraceno moderno. La primer descripción es del coronel Butle, perfectamente verdadera y admirable, excepto en la extensión que concede al contraste con el tiempo antiguo; pues el alma sajona bajo Alfredo, la teutónica bajo Carlomagno y la franca bajo San Luis, eran tan religiosas como la de cualquier asiático, aunque más prácticas; solo la moderna turba occidental de los descreídos sin grandeza, se ha degradado por el juego, por la estafa, por la maquinaria y

por la glotonería, hasta justificar las más despreciables necedades que hayan hollado en todos tiempos la Tierra con los esqueletos que les ha prestado.

35. «Entre los rasgos del carácter inglés, revelados merced á la extensión de la dominación inglesa en Asia, ninguno tan digno de ser tenido en cuenta como el contraste entre la tendencia religiosa del pensamiento oriental y la innata ausencia de religión en el espíritu anglo-sajón. Turcos y griegos, budistas y armenios, coptos y parsis, manifiestan todos, en un centenar de actos de su vida cotidiana, el gran principio de su creencia en un Dios. En sus vicios, como en sus virtudes, predomina el reconocimiento de la Divinidad.

»Para los occidentales, por lo contrario, la práctica exterior, que atestigua la creencia en Dios, inspira vergüenza—á veces es digna de ocultarse. Una procesión de sacerdotes en la Strada Reale, sería contemplada probablemente, por un inglés ordinario, con mirada menos tolerante que una fiesta á Jagernat, en Orissa; pero ante aquélla como ante ésta, revelará el mismo disgusto iconoclasta; ambas le inspirarán la misma idea, no menos reaccionaria, porque en raras ocasiones se formula con palabras: «Oráis; luego no puedo creer gran cosa en vosotros.» Pero esta incompatibilidad de temperamento del inglés moderno para aceptar las propensiones religiosas del pensamiento oriental, parece implicar una diferencia más profunda entre

Oriente y Occidente. Todos los pueblos orientales participan de esta propensión mental. Es el nexo que identifica á sus múltiples razas, tan diferentes en otros sentidos. Permítasenos ilustrar lo que decimos. En un vapor austriaco de la Compañía Lloyd, del Levante, podrá ver frecuentemente un viajero de Beyrouth extraños grupos de hombres reunidos en la popa. Los misales de la iglesia griega se colocarán por la mañana en los empalletados y una pareja de sacerdotes rusos, procedentes de Jerusalém, se ocuparán en susurrar la misa. Una yarda á la derecha ó á la izquierda, un peregrino turco, que vuelve de la Meca, está sentado, observador respetuoso del espectáculo. Se está orando y, por lo mismo, se realiza ante sus ojos algo que es sagrado. Análogamente, cuando el crepúsculo llega y el turco extiende su trozo de tapiz para murmurar las oraciones de la tarde y hacer sus reverencias de cara á la Meca, el griego le contempla silencioso, sin muestras de desdén, pues ahora también se trata de rendir culto al Creador por su criatura. Ambos realizan la *primera* ley de Oriente—orar á Dios; y que el altar esté en Jerusalém, en la Meca ó en Lasa, la santidad del culto se extiende á los fieles y protege al peregrino.

»Generalmente el inglés ingresa en esta sociedad destituido del sentimiento simpático por las preces de cualquier pueblo ó por la fe de cualquier creencia: por eso nuestra dominación en Oriente se

ha sustentado y se sustentará siempre en las bayonetas. Jamás hemos podido salir del estado de conquista; jamás hemos asimilado un pueblo á nuestras costumbres; nunca hemos civilizado á una sola tribu en el vasto dominio de nuestro imperio. Es curioso observar con cuánta frecuencia un inglés bien intencionado habla de una iglesia ó templo extranjero, como si su espíritu lo contemplase bajo la misma luz que la City de Londres se ofreció á los ojos de Blucher,—como objeto de saqueo. La otra idea, esto es, que un sacerdote es una persona excelente para colgada, también es una idea fácil de sorprender en los cerebros británicos. En cierta ocasión que nos esforzábamos por iluminar un poco nuestra mente sobre la cuestión griega interrogando á un oficial de la armada, cuyo barco había estado de estación en las aguas griegas y adriáticas durante nuestra ocupación de Corfú y otras islas jónicas, solo pudimos averiguar de nuestro informador que una mañana, antes de almorzar, había ahorcado á setenta y siete sacerdotes.»

36. El segundo pasaje que intercalo en estas notas, por el interés que más adelante puede tener, es supremamente magnífico, entresacado de un libro lleno de magnificencias,—si es que á la verdad puede referírsele idéntica fuerza que á los hechos: trátase del libro de Alfonso Karr, *Grains de Bon Sens*. No puedo alabar este libro (como tampoco el más reciente *Bourdonnements*) á medida de mi

deseo, por pertenecer á un hombre que corresponde exactamente á mi gusto; que ha dicho á Francia, desde hace muchos años, lo que yo también, hace muchos, digo á Inglaterra, sin conocernos mutuamente, y ambos en vano. (Véanse las páginas 11 y 12 de *Bourdonnements*.) El pasaje aquí transcrito forma el capítulo sesenta y tres de *Grains de Bon Sens* (1).

»Y todo esto, señor, ocurre porque ya no hay creencias—porque no se cree en nada.

»¡Ah, *saperlipopette*, señor, bonita cantata! ¡Decís que no se cree ya en nada! Pues nunca, en ninguna época, se ha creído en tantas tarariras, bolas, mentiras, tonterías, absurdidades como hoy.

»Ante todo, se *cree* en la incredulidad—la incredulidad es una creencia, una religión exigentísima, que tiene sus dogmas, su liturgia, sus prácticas, sus ritos..., su intolerancia, sus supersticiones. Tenemos incrédulos é impíos jesuitas; incrédulos é impíos jansenistas; impíos molinistas é impíos quietistas; impíos practicantes y no-practicantes; impíos indiferentes y fanáticos impíos; incrédulos santurrones é impíos hipócritas y tartufos.—La religión de la incredulidad ni siquiera desdeña el lujo de las herejías.

»Demasiado sé que ya no se cree en la Biblia,

(1) Ruskin conserva en la transcripción el texto francés.
—(N. del T.)

pero se *cree* en las «escrituras» de los periódicos, se cree en el «sacerdocio» de las gacetas y de los papeles cuadrados, y en sus «oráculos» cuotidianos.

»Se *cree* en el «bautismo» de la policía correccional y de la Audiencia—se denomina «mártires» y «confesores» á los «ausentes» de Numea y á los «hermanos» de Suiza, de Inglaterra y de Bélgica—y, cuando se habla de los «mártires de la Comuna», no debe suponerse de los asesinados, sino de los asesinos.

»La gente dispone que se la entierre «civilmente», no quiere que sobre su féretro diga sus preces la Iglesia, no quiere cirios ni cantos religiosos; pero desea un cortejo que conduzca el ataúd de los rojos inmortales;—se quiere una «oración», una «predicación» de Víctor Hugo, que ha añadido esta especialidad á sus otras especialidades, aunque uno de los días pasados, formando parte de un cortejo fúnebre, se le acercase cierto sepulturero y, tocándole con el codo, le dijese sonriendo: «Y qué, ¿nos diréis hoy algo?»—Y esta «predicación» la lee ó recita Víctor Hugo—y si no juzga á propósito «oficiar» él mismo por tratarse de un muerto de poco más ó menos, envía para salmodiarla á monsieur Meurice ó á cualquier otro «sacerdote» ó «infantillo» de Dios». A falta de M. Hugo, si se trata de un ciudadano obscuro, basta una homilia que improvisa por décima vez un diputado intransigente—y el *Miserere* queda sustituido por gritos de

«¡Viva la República!» que resuenan en el cementerio.

»Ya no se entra en las iglesias; pero se frecuentan las cervecerías y tabernas: en ellas se oficia, en ellas se celebran los misterios, en ellas se entonan loas á la pretendida república *sacro-santa*, una, indivisible, democrática, social, ateniense, intransigente, despótica, invisible, aunque esté en todas partes. Se comulga con diferentes especies: por la mañana (*la mañana, maitines*), «se mata el gusanillo»;—luego vienen las vísperas de ajeno, á las que sería un crimen no asistir. Ya no se cree en Dios; pero se *cree* piadosamente en M. Gambetta, en MM. Marcou, Naquet, Barodet, Tartempiom, etc., y en todo un Kyrielle de santos y de *dii minores*, tales como Goutte-Noire, Polosse, Bariasse y Sili-bat, el héroe lionés.

»Se *cree* en la «inmutabilidad» de M. Thiers, que ha dicho con gran aplomo: «Jamás cambio», y que hoy es simultáneamente el protector y el protegido de los que durante una parte de su vida se ha pasado fusilando, y que aun ayer mismo fusilaba.

»Se *cree* en el republicanismo inmaculado del leguleyo de Cahors, que ha lanzado por la borda todos los principios republicanos,—que es al mismo tiempo protector y protegido de M. Thiers, quien ayer le llamaba «loco furioso», y deportaba y fusilaba á sus amigos.

»Verdad es que ambos son protectores hipócritas y á la vez protegidos aviesos.

»Ya no se cree en los milagros antiguos, pero se *cree* en los milagros nuevos.

»Se *cree* en una república sin el respeto religioso y casi fanático de las leyes.

»Se *cree* que es posible enriquecerse siendo imprevisores, despreocupados y perezosos, y de otro modo que por el trabajo y la economía.

»Se *cree* la gente libre, obedeciendo ciega y neciamente á dos ó tres bandos políticos.

»Se *cree* independiente, porque ha muerto ó hecho huir al león, reemplazándole con dos docenas de cachorruelos pintados de amarillo.

»Se *cree* haber conquistado el «sufragio universal» votando con santos y señas que hacen lo contrario del sufragio universal—conducen al voto como se conduce un rebaño al pastoreo, con la diferencia de que éste no alimenta.—Además, por este «sufragio universal» que se cree tener y no se tiene, se podría *creer* que los soldados deben de mandar al general, los caballos guiar al cochero, *creer* que dos rábanos valen más que una trufa, dos gujarros más que un diamante, dos basuras más que una rosa.

»Se *cree* en la República porque algunos far-santes ocupan las mismas plazas, perciben iguales emolumentos, realizan idénticos abusos que los destituidos para que ellos se beneficien.

»Se *cree* un pueblo oprimido que es heróico, que rompe sus cadenas, y no pasa de ser un criado caprichoso que gusta cambiar de dueño.

»Se *cree* en el genio de abogados de sexto orden, que no se han lanzado á la política ni aspiran al gobierno despótico de Francia, solo por faltarles la ocasión de poder ganar honradamente, sin gran trabajo y en el ejercicio de una profesión correcta, una vida obscura humedecida con sorbos de cerveza.

»Se *cree* que algunos hombres extraviados de su ruta, inadaptados, frutos secos, etc., y que solo han estudiado el «dominó» ó el «tute», pueden despertar una mañana, tras un sueño apesadumbrado por el tabaco y la cerveza, conocedores de la ciencia política y del arte de la guerra, y aptos para ser dictadores, generales, ministros, gobernadores, etc.

»Y los que se llaman conservadores, también *creen* que Francia puede resurgir y vivir mientras no se haga justicia á ese pretendido sufragio universal, que es lo contrario del sufragio universal.

»Las creencias han corrido la suerte de esa serpiente de la fábula, cortada en pedazos, que cada trozo ha producido otra serpiente.

»Las creencias se han trocado en moneda, en billón de credulidades.

»Y para terminar la lista- muy incompleta de creencias y credulidades, también *creéis* que no se cree en nada.»

CAPÍTULO II

BAJO LOS DRACHENFELS

Sin recurrir indignamente á los recursos de la memoria artificial—y aun menos desdeñar el poder y energía que presta la memoria fuerte y reflexiva—mis jóvenes lectores observarán que es altamente útil anotar las relaciones de coincidencia ó de cualquier otra especie que existan entre los nombres, y que pueden servir para retener lo que llamaríamos Fechas de Anclaje. Alrededor de ellas, otras menos importantes pueden oscilar al término del cable, más ó menos largo.

Así, pues, se empleará, ante todo, un procedimiento de los más cómodos y sencillos para contar los años, á partir del nacimiento de Cristo, dividiéndolos en períodos de cinco centurias,—esto es, por períodos llamados del quinto, décimo, decimoquinto y el inminente del vigésimo siglo.

Y esta división—que á primera vista parece

formal y aritmética—veremos que, á medida que la empleamos, adquiere una significación peculiar con los acontecimientos que denotan un cambio notable en el conocimiento, en la disciplina y en la moralidad de la raza humana.

2. Toda fecha— conviene recordar esto más adelante—que caiga dentro de la quinta centuria, comenzará con el número 4 (401, 402, etc.); y todas las fechas de la décima centuria con el número 9 (901, 902, etc.); y todas las de la décimaquinta con el número 14 (1401, 1402, etc.).

En el curso de nuestro inmediato estudio nos ocuparemos de asuntos referentes al primero de estos períodos seculares—el quinto—en el cual os suplico que observéis dos interesantísimas divisiones.

Todas las fechas, como hemos dicho, empiezan en este siglo por el número 4.

Si tomáis la mitad de este número por segunda cifra, tendréis 42.

Y si la dobláis resultará 48.

Añadid 1 como tercera cifra á cada uno de esos números, y tendréis 421 y 481: dos fechas que deberéis fijar en la memoria, seguros de no confundirlas luego.

Pues la primera es la fecha en que se fundó Venecia y su ducado (Véase el *Reposo de San Marcos*, Part. I, pág. 30); y la segunda corresponde á la fundación de la Venecia francesa y su reino, pues Clodoveo fué coronado ese año en Amiens.

3. Estos son los grandes Aniversarios—fechas de Nacimientos—de Naciones en el quinto siglo. Sus Aniversarios de defunción los referiremos en otro lugar.

No solo por el ducado del sombrío Rialto, ni por el hermoso reino de Francia, deben de dominar estos dos años sobre los demás en el fiero siglo quinto, sino porque en ellos también nació una de las más grandes Señoras y uno de los más grandes Señores de la futura Cristiandad—Santa Genoveva y San Benito.

Genoveva, la «ola blanca» (Agua-riente)—la más pura de todas las vírgenes que hayan recibido su nombre de la espuma del mar ó del burbujeo de los arroyuelos, intachable—no la turbada y turbadora Afrodita, sino la Leucotea de Ulises, la ola que conduce á la liberación.

Blanca ola en el azul—sea del lago puro ó del mar asoleado—(lis de plata en campo de azur, que son desde entonces los colores de Francia); ella es por siempre el tipo de la pureza en el activo esplendor del alma y de la vida entera—(distinta de Santa Inés por su más tranquila y discreta inocencia),—y todas las leyendas de tristeza en la prueba del pecado en mujer noble están asociadas á su nombre: Ginevra, en italiano, se convierte en la Imagen de Shakespeare; y en la Guinevere, la ola torrentosa, de las montañas inglesas, de cuyas inundaciones se lamentan nuestros modernos y sen-

timentales menestrales en cantos lúgubrementemente inútiles;—pero nadie os habla, que yo sepa, de la victoria y del poder de esta blanca ola francesa.

4. Era pastora—una poquita cosa, descalza, destocada—tal como podréis verla corriendo, inocente y agreste, sin ocuparse más que de su ganado, en muchas colinas de Francia é Italia. Bastante apocada;—siete años de edad: esto es cuanto primero se oye decir de ella: «Siete veces uno hacen siete (yo soy vieja, puedes creerme: pajarito, pajarito (1);» y á su alrededor—iracunda como las Furias, y terrible como los vientos del cielo—la tempestad de los ejércitos godos retumba sobre las ruinas del mundo.

A dos leguas de París (el París *romano*, próximo á desaparecer con Roma misma) la criaturita guarda su ganado: no el ganado propio ni el de su padre, como David: es la criada de un rico granjero de Nanterra. ¿Quién puede decirme algo sobre Nanterra?—¿Qué peregrino de esta nuestra edad omni-trafficante y omni-nesciente ha pensado en visitar las reliquias que allí puedan existir? Ni siquiera sé hacia qué lado de París cae (2), ni bajo qué capas carboníferas de ferrocarril ó de hierro pueden encontrarse las praderas y los cam-

(1) Miss Ingelow.

(2) Luego de realizar una investigación, sé que en la llanura que hay entre París y Serrés.

pos floridos de esta Santa Filis de las hadas. En mis tiempos aún existían tales campos entre París y San Dionisio (ved el más hermoso capítulo de *Los Misterios de París*, en que Flor de María los recorre por primera vez); pero supongo que, actualmente, la tierra natal de Santa Filis habrá servido para construir bastiones y glacis (¡provechosos y benditos de todos los santos, y aun de ella misma, como luego *han* demostrado!) ó estarán cubiertos de manufacturas y tabernas. Siete años de edad tenía entonces, cuando en su viaje de Auxerre á *Inglaterra*, se detuvo San Germán una noche en su aldea, y entre los niños que por la mañana le guiaron en su camino de un modo más amable que la escolta de Elíseo, se fijó en ella, cuyos ojos le contemplaban más reverentes que los demás. La invitó á acercarse; la interrogó; y ella le respondió con dulzura que se contentaría siendo la sierva de Cristo. Y él colgó de su cuello una monedita de cobre marcada con el signo de la cruz. Genoveva se consideró desde este instante «separada del mundo.»

6. Sin embargo, no ocurrió así. Todo lo contrario. Debéis de reconocer en ella á la primera de las parisienses. ¡Reina de la Feria de las Vanidades: en esto había de convertirse la pobre y tranquila Santa Filis con su monedita de cobre marcada con la cruz y puesta en el cuello! Más que Nitocris para Egipto, más que Semíramis para Nini-

ve, más que Zenobia para la ciudad de las palmeras, fué esta pastora de siete años para París y su Francia. ¿No habéis oído hablar de ella bajo este aspecto?—No; ¿cómo es posible?—pues ella no guió ejércitos, pero los contuvo, y toda su fuerza se sustentó en la paz.

7. A pesar de que la literatura cuenta con veintisiete ó veintiocho vidas de ella, según mis noticias, no quiero ni necesito ocuparme en ellas, pues todas se han mostrado igualmente impotentes para sugerir una clara imagen de Genoveva en el espíritu de los franceses é ingleses modernos, y dejo gustoso que la pobre perspicacia y fantasía de cada autor se ejercite en retocar y modelar su santidad para darle forma inteligible, ya que no puedo llamarla *creible*; pues no se trata aquí de una cuestión de creencia—la criatura es tan real como Juana de Arco, aunque más poderosa;—por la serenidad de su fuerza se distingue de las santas mujeres mártires, que solo piedad inspiran—como San Martín se distingue por su paciencia de los preladados belicosos.

Hay millares de jóvenes religiosas que nunca han figurado en el calendario, pero que han pasado y consumido su existencia en la desolación—el cielo sabrá por qué, pues *nosotros* lo ignoramos; pero aquí tenemos una, por ejemplo, que no suspira deseando el martirio, ni la devoran los tormentos; pero que se convierte en una Torre del

Rebaño y pasa todos los días de su vida en construirle un redil.

8. Ante todo, pues, debéis de considerar en ella que es genuinamente *Gala*. No llega como un misionero procedente de Hungría, ó de Iliria, ó de Egipto, ó de otro lugar ignorado; sino que crece en Nanterra, como una margarita entre el rocío, la primera «Reina Blanca» de las Galias.

Antes no había empleado este feo nombre de las «Galias», y conviene que desde luego nos aseguremos de su significación, aunque nos cueste un largo paréntesis.

9. Durante todos los años que duró el poder ascendente de Roma, su pueblo llamó galos á cuantos vivían al Norte de las fuentes del Tíber. Si no estáis contentos con esta definición general, podéis leer el artículo «Gallia» en el diccionario de Smith, el cual artículo consta de setenta y una columnas bien compactas, cada una como tres de las mías; y al final os advertirá: «Aunque extenso, no está completo». Sin embargo, al cabo de una atenta lectura podréis saber tanto como yo os digo más arriba.

Pero, desde el siglo segundo después de Cristo, y más distintamente en la época á que nos referimos—la quinta centuria—los pueblos bárbaros enemigos de Roma, parcialmente subyugados ó tributarios de ella, se habían constituido en dos grupos distintos, pertenecientes á dos *latitudes* distintas.

Uno que *fijó* su residencia en la templada y agradable zona europea—Inglaterra con sus montañas occidentales, las saludables mesetas calcáreas y las montañas graníticas de Francia, los germánicos laberintos de altos bosques y valles sinuosos que se extienden desde el Tirol hasta Harz y toda la extensa cuenca con su sistema de valles que encierran los Cárpatos. Recordad sucinta y claramente estos cuatro distritos, llamándolos «Bretaña», «Galicia», «Germania» y «Dacia».

10. Al Norte de estas rudas, pero sufridas razas *sedentarias*, poseedoras de campos y vergeles, de tranquilos rebaños, de habitaciones á su manera, de costumbres y tradiciones nada innobles, habitaba (ó mejor fluctuaba) y se agitaba una rota cadena de tribus tristísimas, merodeadoras y de ordinario depredadoras, esencialmente nómadas; por la fuerza de las cosas carecían de hogar; no encontraban reposo ni sostén en la tierra ni en el cielo amargo; erraban desesperadas á lo largo de los grandes arenales y de las aguas cenagosas del país desierto que se extendía desde las bocas del Rhin hasta las del Vístula, y aun más allá del Vístula, sin que nadie sepa ni le importe saber hasta dónde. Grandes arenales y pantanos á ras de tierra eran sus dominios; prisiones de hielos y sombras de nubes, los días implacables del año; charcos sin profundidad, las infiltraciones y los meandros formados por las corrientes de aguas frías; negra

caducidad de los bosques incultos: *país* difícil de habitar; imposible de amar.—Desde esta época, muy poco ha mejorado el interior de las tierras (1) y sus pobladores aún han tenido que soportar tiempos más ingratos.

II. Pues en el quinto siglo había rebaños de toros (2) para apacentar y matar, tierras que eran cazaderos no acotados, llenos de gamos y ciervos bravíos, así como de útiles renos que se encontraban hasta en el Sur; también había fogosos jabalíes aptos para la guerra como en tiempo de Meleagro; bestias innumerables, velludas, que suministraban carne y pieles. Los peces de la mar, infinitos para poder romper las redes; incontables los pájaros, que surcan los cielos como flechas puntia-gudas; caballos prestos á recibir un caballero; barcos no pequeños, y de todas clases, de fondos planos para no encallar en el cieno, de quilla y puente para vencer las impetuosas corrientes del Elba y del furioso Báltico de un lado—ó por el Sud, el

(1) Véase, por ejemplo, cualquier descripción de las que Carlyle ha tenido ocasión de hacer de las tierras prusianas ó polacas, ó de las riberas extremas del Báltico.

(2) ¡Gigantescos—y todavía no fosilizados! Véase la nota de Gibbon sobre la muerte de Teodoberto: «El rey dirigió su lanza—el Toro derribó un árbol sobre su cabeza—y murió el mismo día.»—VII, 255. El Cuerno de Uri y su escudo con el alto penacho del casco alemán atestiguan el terror que inspiraban estos rebaños de bestias.

Danubio, que orada las montañas, y el negro lago de Colcos.

12. Y eran por su aspecto exterior y por su fuerza *experimentada* las potencias vivientes del mundo en esta larga hora de su transfiguración. Cuanto se había creído temible en otra época era ahora formalismo puro, demencia, infamia:—los ejércitos romanos, un mecanismo armado de espada, que en los momentos de confusión la abatían sobre el compañero;—la Roma civil, una muchedumbre compuesta de esclavos, señores de esclavos y prostitutas; el Oriente, separado de Europa por los griegos degenerados. Estos ejércitos famélicos de las florestas Negras y de los mares Blancos, á medias lobos y á medias bosques flotantes (como nosotros nos llamamos Corazones de León y Corazones de Encina, ellos hacían lo mismo), sin piedad como el perro del ganado, endurecidos como el abedul y el pino. Durante los cinco siglos siguientes sólo oís hablar de ellos: Visigodos al Oeste del Vístula;—Ostrogodos al Este del Vístula, é irradiando en torno de la pequeña Holy Island (Heligolandia), nuestros propios sajones, y Hamlet el danés, y en trineo sobre el hielo su enemigo el polaco,—todos al Sur del Báltico y allende el Báltico, emergiendo pujante de las montañas, Escandinavia, que durante algún tiempo lo gobierna todo, y el nombre del Normando domina indiscutible desde el Cabo Norte hasta Jerusalém.

13. Esta es la historia formal, esta la única historia conocida del mundo, como he dicho ya, durante los cinco siglos siguientes. Y, sin embargo, la verdadera historia se solapa con ella.

Los ejércitos errantes sólo son, en puridad, granizo, y trueno, y fuego vivo sobre la tierra. Pero la Vida Doliente, el corazón profundo de la humanidad primitiva, se manifiesta en una eterna benignidad, y aunque atormentada, olvidada, expoliada,—permanece firme, tranquila, pacífica; y no pudiendo ser vencida por el dolor ni la muerte, se convierte en el germen de todo amor, que ha de nacer cuando llegue la plenitud de su tiempo, dando entonces á la humanidad mortal lo que es capaz de recibir en esperanza, alegría ó genio, y—si la inmortalidad existe—ofreciendo desde ultratumba sus Santos protectores á la Iglesia y sus Angeles propicios al Cielo.

14. De este orden de criaturas, humildes, silenciosas, inofensivas, infinitamente sumisas, infinitamente abnegadas, ningún historiador se ocupa nada, excepto cuando le roban ó intentan matarle. De ellas no puedo comunicar ninguna imagen; ningún murmullo de ellas llega á vuestros oídos; ninguna exclamación. Sólo puedo mostraros el absoluto «debe de haber sido», de su pasado sin recompensa; el concepto que nos hemos forjado de ellas, y las cosas que de ellas nos han dicho,

reposan sobre los hechos más secretos de su historia, no concebidos ni narrados.

15. La casi totalidad de esta vida de campesino, inocente é invencible, se realiza, como se ha dicho más arriba, en los distritos fructuosos y templados (relativamente) de la Europa montañosa, en dirección del Oeste al Este, desde el extremo límite de Cornualles hasta la embocadura del Danubio. Ya en los tiempos á que hacemos referencia era rica en ingénita pasión—generosidad—é inteligencia digna de altos empeños. Dacia da á Roma sus cuatro últimos grandes emperadores (1); Bretaña da á la Cristiandad las primeras hazañas y las últimas leyendas de su caballería; Germania, la sinceridad y el ardor de los francos á todos los hombres; Galia, la paciencia y fortaleza de Santa Genoveva á todas las mujeres.

16. La *sinceridad* y el ardor de los francos—conviene que lo repita insistentemente—pues mis

(1) Claudio, Aureliano, Probo, Constantino; y después de escindir-se el imperio, Justiniano en Oriente. «El emperador Justiniano había nacido de una oscura raza de bárbaros, habitantes de un país bravío y desolado, que ha recibido sucesivamente los nombres de Dardania, Dacia y Bulgaria. Los nombres de estos dardanos campesinos son godos, casi ingleses. Justiniano es la traducción de Uprander (upright); á su padre Sabacio—en lengua greco-bárbara, Stipes—le llamaban en su aldea «Istock» (Stock).»—Gibbon, principio del capítulo XI y nota.

jóvenes lectores estarán, sin duda, habituados á creer que el francés es más pulido que verídico. Si meditan un poco, advertirán que sólo la Verdad *puede* ser pulida, y que cuanto conocemos de bello, sutil y proporcionado en las costumbres, lenguaje ó arquitectura del francés, procede de la pura vivacidad de su naturaleza, que reconoceréis en seguida en las mismas personas vivientes si llegáis á amarlas; como si lográis comprender desapasionadamente sus pobres faltas, advertiréis que hasta su Revolución fué una protesta contra la mentira y contra los traidores del amor. Ningún pueblo fué jamás tan leal, aunque en vano.

17. Que originariamente fuesen germanos, supongo que ellos mismos deseen olvidarlo ahora; pero cómo sacudieron de sus pies el polvo de Germania—y cómo se dieron un nombre nuevo—será el primer fenómeno que respecto á ellos estudiemos atentamente.

«Los críticos más perspicaces» dice Mr. Gibbon en su capítulo décimo «*suponen* que *hacia* el año 240». (*Supongamos*, pues, nosotros, para mayor comodidad, que fuera *hacia* el año 250, mitad del camino de la quinta centuria en que nos encontramos,—diez años más ó menos en los casos del «supongamos *hacia*» no importa gran cosa, y en cambio tendremos alguna flotante boya de fecha á nuestra disposición.)

«*Hacia*» A. D. 250, pues, se formó «una nueva

confederación con el nombre de los Francos por los antiguos moradores del Bajo-Rhin y del Weser.»

18. Mi opinión peculiar referente á los antiguos moradores del Bajo Rhin y del Weser, hubiese consistido en suponer que esos habitantes habían sido principalmente peces, ranas y canarios; pero una nota de Mr. Gibbon puesta al pie de este pasaje, nos advierte que la nueva confederación se componía de criaturas humanas, en la forma siguiente:

- | | | |
|------------------|------------|------------------------------|
| 1.—Los Chanci, | que vivían | no se dice dónde. |
| 2.—Los Sicambri, | » | en el Principado de Waldeck. |
| 3.—Los Attuarii, | » | en el Ducado de Berg. |
| 4.—Los Bructeri, | » | en los bancos del Lippe. |
| 5.—Los Chamavii, | » | en el país de los Bructeri. |
| 6.—Los Catti, | » | en Hesse. |

Me parece que todo esto os será más conveniente olvidarlo que intentar recordarlo; pero si gustáis leer ó releer (ó lo que aún es preferible, buscar para que os lea á alguna Miss Isabel Wardour) la historia de Martín Waldech en el «Anticuario», podréis formaros suficiente noción del carácter general del «Principado de *Waldech*», relacionado indiscutiblemente con esta importante palabra germánica «woody»—¿ó «*woodish* como yo creo?—descriptiva de rocas y bosques á medio talar; al mismo tiempo que rendís homenaje á Scott por el profundo instinto en que funda la nomenclatura de sus personajes.

19. Pero concretándonos á nuestro objeto ac-

tual, debemos coger detenidamente nuestro mapa y colocar las cosas en un espacio determinado por líneas limitativas.

Todas las cartas de Germania que tengo el gusto de poseer resultan confusas hasta el Norte de Frankfort: tal un mosaico destrozado por el celo puritano y restaurado por industriosos guardianes eclesiásticos que hubiesen dispuesto cada fragmento al revés:—este curioso mosaico se propondría representar los sesenta, setenta, ochenta ó noventa ducados, marquesados, condados, baronías, electorados, etc., hereditarios en que Alemania se ha roto en esta latitud. Pero, bajo los colores abigarrados y al través de las alfabéticas interpolaciones llenas de dignidades truncadas—á pesar también de la triple red férrea que lo surca todo, redes no unidas, sino erizadas de piernas como ciempiés—el trabajo pertinaz de un día ayudado de una buena lupa os pondrá en situación de descuorir aproximadamente el curso del Weser y el nombre de algunas ciudades vecinas de su nacimiento, dignas de ser rememoradas.

20. En caso de que no podáis malgastar una tarde, ó la luz de vuestros ojos, debéis contentaros con lo siguiente, que es un breve resumen:—del Drachenfelds y de sus seis hermanos Fels, dirigiéndose del Este al Norte, corre y se difunde una muchedumbre de rocas informes, de misteriosas crestas que se inclinan y arquean, valles bor-

deados de bosquecillos, entre los cuales un río tan pronto alza su furor como su melodía: las crestas, en su mayoría coronadas de castillas por la piedad cristiana de las viejas edades con fines remotos y quiméricos; los valles, resonantes con el ruido de los leñadores y horadados por los mineros—poblados bajo tierra por gnomos y en la superficie por genios silvestres y otros demonios. El país entero, se ofrece como abrochado roca con roca, unida cañada con cañada durante unas 150 millas (con intervalos) entre la montaña del Dragón sobre el Rhin y la Montaña de la Resina; el «Hartz» todavía inexplorado, al Sur de los campos revueltos por los negros brunswicheses de indiscutible existencia real;—país antiguamente inexplorado, con su selva «Hercinia» (vallado ó barrera) que por corrupción se ha convertido en Hartz ó selva Resina, poblada de sombrías florestas, de troncos resinosos por lo menos, ya que no sulfurosos.

21. Ciento cincuenta millas del Este al Oeste (digamos que la mitad del Norte al Sur)—como unas diez mil millas cuadradas—de montañas metalíferas, coníferas y fantomíferas, fluyen para nosotros lo mismo en la Edad Media que en nuestros días, el más esencial aceite de terebinto, mirra é incienso del carácter y de la imaginación, que naturalmente produce Germania;—y pienso singularmente en el desarrollo que ha adquirido el empleo más delicado de la resina como indispensable al arco

del violín desde los días de Santa Isabel de Marburgo hasta los de San Mefistófeles de Weimar.

22. Ignoro si este haz de rocas caprichosas y de valles, tiene un nombre genérico como grupo de colinas, y es perfectamente imposible descubrir sus diferentes ramificaciones en ninguna de las cartas que he podido arbitrarme; pero fácil y útilmente podemos recordar que *todo* el Norte del Maine se apoya en una extremidad del Drachenfels y súbitamente surge formando bóvedas á la luz de la mañana, hasta el Hartz (cima del Brocken, á 3.700 pies sobre el nivel del mar, que es lo más alto): con un gran intervalo para que corra el Weser, del que hablaremos enseguida.

23. En lo sucesivo les daremos el nombre de cadena ó grupo de las Montañas Encantadas, y así podremos relacionarlas más fácilmente con las montañas de los Gigantes, Riesen-Gebirge, cuando necesitemos tratar de ellas; pero éstas son más altas, y aún no hemos tenido ocasión de visitarlas: las que están más próximas á nuestra ruta podremos designarlas en justicia llamándolas montañas del Demonio; pero esto no sería muy respetuoso para Santa Isabel, ni para los innumerables moradores de sus torres ó para las princesas de sus parques y valles, que han hecho suaves y ejemplares las costumbres domésticas de Germania y surcado las sendas transparentes y ligeras hasta lo más recóndito de los valles del tiempo, antes de que su

encanto revistiese una forma quizás demasiado canónica en el Almanaque de Gotha.

Llamarémoslas, pues, Montañas Encantadas y no del Demonio; observando gratamente que los espíritus de las Rocas se parecen mucho más á las hadas bienhechoras que á los gnomos; cada una de las cuales—como si ostentase una varita mágica de avellano en lugar de un vergajo cimbreante—hace surgir de los antros ferruginosos fuentes efervescentes, benéficas, saladas y calientes.

24. De las entrañas mismas de esta cadena Encantada, surge también (la más benéfica si se la dirige y emplea rectamente) la fuente más antigua de la raza franca. «En el principado de Waldeck» no podréis referirla á otra fuente anterior y superior: allí brota de la tierra.

«Frankenberg» (Burgo), en la orilla derecha del Eder, á diecinueve millas de Marburgo, como podréis ver fácilmente en la carta núm. 18 del atlas general de Black, en el cual el grupo de las montañas Encantadas—circunda el valle del río Eder; de otro modo (como todavía se llama la aldea situada en lo alto del valle) «Engel Bach», Arroyuelo de los Angeles», que se incorpora al Fulda, más arriba de Cassel, también están trazados de un modo inteligible para cualquier perspicaz ojo humano. Los nombres me enojarían si intentase trazar un dibujo; pero algunos rasgos gráficos algo minuciosos, ó algunos esbozos que hagáis á la

mano, os mostrarán con precisión todas las fuentes actuales del Wesser, así como las poblaciones dignas de mención que se encuentran á lo largo de su curso; ó bien al Sur, en la otra vertiente de la línea limítrofe que mira hacia el Maine. Frankenberg y Waldeak sobre el Eder, Fulda y Cassel sobre el Fulda, Eisenach sobre el Werra, que forma el Weser luego de desposarse con el Fulda—como el Tees y el Greta—más allá de Eisenach, bajo el Warzburgo (del que habréis oído hablar como castillo afecto á las misiones cristianas y á las necesidades de la Sociedad Bíblica). Las calles de la ciudad están pavimentadas de basalto; su nombre, Agua de Hierro, recuerda las armaduras turingias de los tiempos antiguos: esa ciudad está todavía en plena actividad, con sus molinos, que sirven para todo.

25. Las rocas que se encuentran en el camino, á contar desde el Rhin, son surgideros y escapes de basaltos al través de otras rocas ferruginosas, con uno ó dos yacimientos de carbón hacia el Norte que, gracias á Dios, no valen la pena de ser extraídos; en Frankenburg aún hay una mina de oro, mas la benignidad del cielo quiere que hasta ésta sea muy pobre en metal; pero, en cambio, el país produce bastante madera y hierro para el que desea obtenerlos con empeño, y también hay más dulces riquezas en la superficie—¡gamos, trigo, fruta, lino, vino, lana y cáñamo! Y dominándolo

todo, el celo cristiano en los monasterios de Fulda y de Gualterio—que encuentro indicados con una cruz, siendo su fundación por un piadoso Gualterio, caballero de Meiningen, en el Boden-wasser (agua del fondo), esto es, agua que al fin encuentra su buen camino al caer; por eso se dice: «Boden-See» del Rhin, cuando desciende de la Vía Mala.

26. De suerte que, habiendo descubierto entre las rocas las fuentes del Weser, y reuniendo en vuestras manos—permítaseme decirlo así—las ríendas de vuestro río, fácilmente podréis designar, para vuestro uso particular, la sección más remota de su curso, yendo en línea recta, hacia el mar del Norte. Y trazadlo con un rasgo enérgico en vuestro boceto de la carta europea, á partir de la frontera del Vístula, prescindiendo por ahora del Elba. Desde luego podréis considerar el espacio comprendido entre el Weser y el Vístula (Norte de las montañas), como inculto y bárbaro (sajón ó godo); pero trasladad la fuente de los francos al Waldeck, y los veréis, rápida y gradualmente, inundar todo el espacio entre el Weser y las Bocas del Rhin, y espumosos en las montañas, desparramarse en una tranquila difusión sobre Holanda, cuya errante vida pastoril y forestal llega al fin á encalmarse también en el laboreo de los campos pantanosos, y olvida entre la bruma gélida que flotó sobre el mar los destellos solares en las rocas basálticas.

27. Dicho esto, también *nosotros* debemos detenernos para *remansarnos*, é inquirir ante todo lo que podemos entender en el nombre de franco. Respecto á éste, dícenos Gibbon con el tono más dulce de su serenidad moral satisfecha:—«El amor á la libertad era la pasión capital de estos germanos. Merecieron, adoptaron, conservaron el honroso epíteto de francos ú hombres libres.» Sin embargo, no nos dice en qué lengua de la época—Chanciana, Sicambriana, Chamaviana ó Cattiana. —«Franco» ha significado libre; ni yo mismo he podido descubrir una lengua de cualquier tiempo á que pertenezca por primera vez esa palabra; pero no dudo de que Miss Yonge («Historia de los nombres Cristianos», artículos sobre *Frey* y *Frank*) da la verdadera raíz cuando llama á la Poderosa Germania «Frang», Libre, Señor. ¡No un Libre *Comunista* (hombre del pueblo) ni nada de semejante, sino una persona cuya naturaleza y nombre implican la existencia en torno suyo y bajo su dependencia de un considerable número de otras personas que no podían recibir el nombre de «Frang» ni frangs. Su título era uno de los más ufanos que existían entonces:—ratificado al fin por la dignidad de los años juntamente con la del valor, se convirtió en el Señor ó Monseñor, pero todavía no en la última necia forma de «Mossoo», que tiene acepción esencialmente republicana.

28. De modo que reflexionando detenidamen-

te sobre lo dicho, la cualidad de Franqueza sólo por la parte plana corresponde con la significación de «Libre», pero por la parte del filo y de la punta significa exactamente y en todos tiempos Bravo, fuerte y honrado sobre los demás hombres (1). La

(1) Gibbon determina con más precisión este punto en una frase del capítulo XXII: «Los guerreros independientes de Germania, *consideraban la sinceridad como la más noble de sus virtudes* y la libertad como la más preciosa de sus propiedades.» Especialmente habla de la tribu franca de los Attuarii, contra la que hubo de refortificar el Rhin, desde Clives á Basilea, el Emperador Juliano; pero las primeras cartas del Emperador Joviano, muerto ya Juliano, «delegaban el mando militar de la Galia y de Iliria (luego veremos cuál era este vasto mando) á Amalarico, un *bravo y fiel* oficial de la nación franca», que persisten las aliadas leales de Roma en su última lucha con Alarico. Aparentemente, por el único placer de dar interesante variedad á su estilo—y sin razón suficiente que justificase tan gran cambio en el carácter nacional,—vemos que en el siguiente tomo adopta Mr. Gibbon los epítetos reprobables de Procopio, y llama á los francos «nación ligera y pérfida» (VII, 251). Los únicos motivos especiosos de esta insólita definición, consisten en que se niegan á vender su amistad y concurso á Roma y Rávena, y que en su invasión de Italia el nieto de Clodoveo no comunicó ningún previo aviso del camino que había de seguir, ni siquiera significó expresamente sus intenciones hasta que hubo sometido el territorio comprendido entre el Pó y Pavía; revelando enseguida su proyecto con bastante claridad, «asaltando casi al mismo tiempo los campos hostiles de godos y romanos, que en lugar de reunir sus fuerzas, huyeron con idéntica precipitación».

antigua raza de los bosques jamás fué en ningún mal sentido «libre»; pero en sentido más humano fué franca, diciendo altamente lo que pensaba, y sosteniéndose en lo dicho hasta verlo realizado. Prestos y claros en las palabras y en los hechos, absolutamente sin miedo y siempre incansables;—pero sin leyes, indisciplinados para creer por debilidad en los prodigios orales ó de acto. Su franqueza, si traducís la palabra como un docto ó un cristiano y no como un moderno infiel pseudo-sabio, que solo dispone de un mediano cerebro, ni conoce de las lenguas mundiales más que su propia jerga, es opuesta en puridad no á Servidumbre,—sino á Timidez (1). Tal es hoy el sello de lo que existe de

(1) Para la ilustración minuciosa de la palabra, véase «Val d'Arno», Lectura VIII; «Fors Clavigera», Cartas XLVI. 231, LXXVII. 137; y Chaucer, «La Novela de la Rosa», 1212—«A su lado» (el caballero Arturo) «bailaba con la señora Franqueza».—Los versos ingleses están citados y comentados en la primera lectura de «Ariadna Florentina» (§ 26); el texto francés lo doy aquí:—

«Après tous ceulx estoit Franchise
 Que ne fut ne brune ne bise.
 Ains fut comme la neige blanche
 Courtoyse estoit, joyeuse, et franche.
 Le nez avoit long et tretis,
 Yeulx vers, rians; sourcilz faitis;
 Les cheveulx eut très-blons et longs
 Simple fut comme les coulons

más dulce y franco en el carácter francés: que produce Servidores ingenuos y perfectos. Inalterablemente afectos á sus protectores, con una adhesión dulce é incondicional, bajo una latente tutela; las más amablemente útiles—las más gentiles—mental y personalmente de las criadas. ¡Pero de ningún modo podréis intimidarlos! Aunque seáis el Duque ó la Duquesa de Montaltísimo no conseguiréis que se dobleguen ante vuestra eminencia. Cuando les venga en gana entablarán conversación con vosotros.

29. Los mejores servidores: los mejores *súbditos* también, cuando tienen un Rey, un Conde, un Jefe igualmente franco que les guíe, como demostraremos en sazón oportuna;—por ahora observad todavía que, sea cualquiera el brillo accesorio de la cosa por ellos designada con el nombre de Libertad, debéis preservaros al presente y en lo sucesivo de confundir sus Libertades con sus Actividades (poder de obrar). Lo que la actitud del ejército en relación con su jefe signifique, es *una* cosa—si ese jefe ó ejército puede permanecer seis meses inactivo es *otra* cosa, y ambas perfectamen-

Le cœur eut doux et debonnaire
 Elle n'osait dire ne faire
 Nulle riens que faire ne deust.»

Y espero que mis jóvenes lectoras no confundan Franqueza con «Libertad».

te distintas. Necesitan guerrear siempre contra alguien, ó ir á cualquier parte: sin esta condición creen que la vida no vale la pena de ser vivida; y esta actividad, este vivo esplendor de sus existencias, que brilla aquí y allá, que no es en esencia el amor de la guerra ni de la rapiña, sino de cambiar de sitio y humor—modalidades del tiempo y de la intensidad—entre gentes que no quieren dar paz á las espuelas, que llevan siempre relucientes en sus pies, y prefieren ayunar á caballo que solazarse en apacibles festines,—ese miedo pueril de que les dejen en un rincón, y esa continua necesidad de hacer algo, debéis de considerarlo con rara simpatía en todas sus consecuencias, espléndidas á veces, pero de ordinario desgraciadas y desastrosas para la nación y para sus convecinos.

30. Y esta actividad que nosotros, estóldos comedores de buey, teníamos la costumbre de comparar descortesmente—antes de que la ciencia moderna nos hubiese enseñado que nosotros mismos sólo éramos unos niños bulliciosos—con la de las tribus más vivas de monos, produjo tanta impresión en los holandeses, cuando por primera vez el sistema de irrigación franca comunicó algún movimiento y curso á sus pantanos, que las más antiguas armaduras en que encontramos blasonado el poder franco parecen ser obra de algún holandés que quisiera figurarlo de una manera desdeñosa y satírica. Pues, según dice un ingeniosísimo histo-

riador, Mons. André Favine—«Parisién y Abogado en el Consejo Supremo del Parlamento Francés, año 1620»—estos pueblos que bordeaban el río Sala, llamado «Salts» por los alemanes, fueron denominados por los romanos al establecerse en tierras holandesas «Franci Salici» (francos sálicos—(de donde tomó luego nombre la ley «Sálica», tenedlo presente), y para abreviar «Salii», según parece del verbo «salire», esto es, «Saulter», «saltar»—(y más adelante también—danzar, bailar debidamente—de una manera incomparable),—«ser vivo y ágil de pies, saltar y montar bien, cualidades indispensables para los que moran en lugares húmedos y pantanosos. De suerte que mientras una parte de los franceses, tal los instalados en el brazo principal del río (Rhin) se les llamaba «Nadadores» (Swimmers), los de las marismas recibían el nombre de «Saltadores» (Leapers); sobrenombre dado á los franceses tanto por su natural predisposición, como por el lugar de su residencia, y aun hoy sus enemigos les llaman los Sapos franceses (ó Ranas con más propiedad), de donde procede la fábula según la cual sus antiguos reyes ostentaban tales bichos en sus armas».

31. Sin pretender inquirir ahora si esa fábula es falsa ó no, fácilmente recordaréis el epíteto de «Salios», aplicado á gentes que saltan fosos y cruzan los ríos á nado (á pesar de que, como hemos dicho precedentemente, todo el curso del Rhin

debió estar fortificado contra ellos); epíteto que, en su origen, también debió tener alguna delicada «Sal»; de modo que así como llamamos discretamente á nuestros curtidos marineros «*viejos Salados*» (*old Salts*), podemos imaginarnos á estos franceses, más ágiles y brillantes, llamándolos «*Jóvenes Salados*» (*Young Salts*); pero los romanos hicieron un equívoco del nombre, y en su natural respeto por la marcialidad é ímpetu de ellos, los denominaron «*Salii*»—exultantes (1)—nombre de sus pro-

(1) Su primera mala exultación fué en Alsacia, provocada por los mismos romanos (ó, al menos, por Constantino, en su envidia por Juliano), sirviéndose de «presentes y promesas—la esperanza del botín y la perpetua posesión de todos los territorios que pudieran sojuzgar.»—Gibbon, capítulo XIX (3-208). Pero cualquier otro historiador que Gibbon (quien no tiene opinión concreta sobre ningún carácter ni problema dados, y que sólo se atiene al común verismo de que los peores hombres obran alguna vez rectamente, y los mejores con frecuencia mal, Gibbon aplaude cuando necesita redondear la frase, y censura cuando sin ella no puede terminar otra); cualquier otro historiador nos hubiera sorprendido al oírle decir del pueblo que «mereció, adoptó y conservó el nombre honroso de hombres libres», que «*esos ladrones indisciplinados* trataban como á enemigos naturales todos los súbditos del imperio dueños de alguna propiedad que ellos deseasen adquirir.» Sobre la primera campaña de Juliano, que repelió á los francos y alemanes allende el Rhin, pero concedió, mediante solemne juramento, á los francos salios, que se estableciesen en los territorios de Holanda, hablaremos en otra ocasión.

pios sacerdotes, que les acompañaban á la guerra. Dando un poco más de latitud al derivado (haciéndole también más sutil), podemos considerar á este primer «Saliente» como un promontorio en forma de pico de águila, avanzando sobre la Francia que conocemos, y haciendo por siempre de ella, con la brillante elasticidad de su temperamento, una nación de saltos y salientes, que nos ofrece á los ingleses—aquí podemos arriesgar nuestra modesta erudición heráldica—su «Leopardo», no como un animal abigarrado y manchado, sino como bestia inevitablemente impetuosa y brincadora, para nuestros regios y principescos escudos.

Y basta ya sobre su epíteto de «Salios»; pero cuanto á la interpretación de su Franqueza, estamos más lejos que antes, y aun debemos de contentarnos por ahora (aunque tomando nota de dos ideas sucesivas relacionadas con ese nombre, que tienen para nuestra definición grandísima importancia).

32. «El poeta francés, en el primer libro de su *Franciada*» (dice M. Favine; aunque no sé ni he podido informarme del poeta á que alude), «refiere» (en el sentido como lo puede hacer un heráldico) algunas fábulas sobre el nombre de los francos, en las que parece haberse adoptado y asociado dos palabras *galas*, *Phere-Encos*, que significa: «*Porta-Lanza*» (—*Blande-Lanza*, quizás pudiéramos traducir), arma más ligera que la pica, que empezó

entonces á esgrimir su caballería, y Fere-Encos se convirtió pronto en Francos»;—derivado que, sin duda, no puede admitirse; pero á causa de la idea que sugiere por su arma, conviene que se le tome en cuenta—así como el siguiente—que «entre las armas de los antiguos francos, tan importante ó más que la lanza, era el hacha de combate, que llamaban *Anchon*, todavía existente en algunas provincias francesas con el nombre de *Anchon*: de ella se servían en la guerra, lanzándola desde lejos sobre el enemigo, con el único objeto de ponerle al descubierto y hendir los escudos. Porque este *Anchon* se dardeaba con tal violencia, que perforaba el escudo, obligaba al guerrero á bajar el brazo y le dejaba descubierto y desarmado, permitiendo sorprenderle con más facilidad y rapidez. Parece que esta arma era la propia y singular del soldado francés, jinete ó infante. Por tal razón se le llamaba *Franciscus*. *Francisca*, *securis oblonga*, *quam Franci librabat in hostes*. Pues el caballero, además de su escudo y su *Francisca* (arma común, según hemos dicho, al jinete y al infante), llevaba también la lanza: cuando ésta se rompía y quedaba inservible, ponía mano á su *Francisca*, sobre cuyo uso nos ilustra el arzobispo de Tours, en su libro segundo, capítulo vigésimoseptimo.»

33. Es muy satisfactorio observar el respeto con que eran escuchadas las lecciones del arzobispo de Tours por los caballeros franceses, y curiosa la pre-

ferencia de los mejores en emplear la Francisca—no solo en tiempos de Corazón de León, pero también en los días de Poitiers. En el último choque de esta batalla, ante las puertas de Poitiers, «Là, fit le roi Jehan de sa main merveilles d'armes, et tenait une hache de guerre dont bien se deffendait et combattait,—si la quartre partie de ses gens luy eussent ressemblé, la journée eust été pour eux.» Más notable todavía desde este punto de vista es el episodio del combate que Froissart se detiene en contarnos antes de empezar su relato, entre el Sire de Verclef (sobre el Sivern) y el escudero picardo Juan de Helennes: el inglés perdió su espada y descabalgó para recogerla, y en este momento Helennes le *arrojó* la suya con tanta fuerza «qu'il accousuit l'Anglois es cuisses, tellement que l'espée entra dedans et le cousit tout parmi, jusqu'au hans.»

Enseguida se rinde el caballero. El escudero le restaña la herida y le cuida, permaneciendo «pour l'amour de lui» quince días en Chasteleraut, mientras su vida estuvo en peligro; y luego le hizo ir en litera hasta su propio castillo de Picardía. Su rescate le costó 6.000 nobles—calculo que unas 25.000 libras de nuestro dinero actual,—y podéis reconocer como signo particularmente fatal del próximo declinar de los tiempos caballerescos cómo «devint celuy Escuyer, Chevalier, pour le grand profit qu'il eut du Seigneur de Verclef.»

Vuelvo espontáneamente á la aurora de la caballería, cuando hora por hora y año por año, se hacían los hombres más dulces y sabios; cuando al través de las peores crueldades y de los mayores errores, podían entreverse las ingénitas cualidades de la más noble casta, afirmándose desde luego en virtud de un principio innato, y someterse luego para la realización de ulteriores destinos.

34. Todo lo que hasta aquí conocemos de los francos salios, se reduce á sus dos principales armas—sin embargo, su silueta comienza á designárenos entre la bruma del Brocken, ostentando la lanza ligera, que se trocará en jabalina—pero el hacha, su arma de leñador, es pesada;—por razones económicas, como la carencia del hierro, es el arma preferida, pues comunica la mayor fuerza al impulso y hace más vigoroso el choque con la mínima cantidad de metal y el más rudimentario trabajo de forja. Gibbon les concede igualmente una espada «pesada», suspensa de un «largo» cinturón; pero los epítetos de Gibbon resultan siempre gratuitos, y la espada de cinturón, fuera cualquiera su medida, probablemente solo se destinaba á los jefes; el cinturón, que era de oro, caracterizaba á los condes romanos, y sin duda fué adoptado, siguiendo su ejemplo, por los jefes francos aliados; tomando luego la significación simbólica que le da San Pablo de cinturón de la Verdad—y últimamente, el emblema principal de la Orden de la Caballería.

35. El escudo era redondo para todos, y se manejaba como el de un montañés:—armadura que, probablemente, solo se componía de un cuero fuertemente curtido, ó de cáñamo paciente y sólidamente entrettejido. «Su traje ajustado», dice Gibbon, «figuraba con exactitud la forma de sus miembros; pero «traje» solo es una expresión miltónico-gibboniana para significar «nadie sabe qué». Más inteligible es lo referente á sus personas. «La alta estatura de los francos, sus ojos azules, denotan un origen germánico; los belicosos bárbaros estaban habituados desde su infancia á la carrera, salto, natación, lanzar la jabalina y el hacha de combate sin errar el blanco; á marchar sin dubitación contra un enemigo superior en número, y á conservar en vida y muerte la reputación de invencibles, heredada de sus mayores.» (VI, 93.) Amedrentado por primera vez en el año 358 ante la victoria obtenida por el Emperador Juliano en Estraburgo y asediado por este mismo en el Mosa, un cuerpo de seiscientos francos «olvidó la antigua ley, que le prescribía vencer ó morir.» «Aunque la esperanza del saqueo les impulsara grandemente, profesaban amor desinteresado á la guerra, considerada como sumo honor y felicidad suma de la naturaleza humana, y sus espíritus y sus cuerpos estaban tan endurecidos por la actividad constante, que, según la viviente expresión de un orador, las

nieves del invierno les eran tan gratas como las flores de la primavera (III, 220).

36. Estas virtudes corporales y morales, este endurecimiento, era probablemente común á todas las clase de la nación; pero enseguida sabremos con sorpresa que, en un pueblo tan notablemente «libre», sólo el rey y la familia real podían llevar el cabello como quisieran. Los reyes ostentaban la cabellera formando bucles flotantes sobre la espalda;—las reinas en trenzas ondulantes hasta los pies;—pero el resto de la nación estaba obligado por la ley y la costumbre á rasurarse la parte posterior de la cabeza, llevar los cabellos cortos sobre la frente y á contentarse con el adorno de dos pequeñas patillas (*whiskers*).

37. Mostachos—supongo que quiere decir Mr. Gibbon; y yo me permito suponer también que los nobles y sus esposas podían ostentar los bucles y trenzas á su antojo. Pero Gibbon proyecta sobre nosotros una luz imprevista y molesta al tratar de las instituciones democráticas de los francos, diciéndonos que «los varios comercios, los trabajos agrícolas y las artes de la caza y pesca, *eran ejercidos por serviles* manos, que recibían *emolumentos* del Soberano.

Sin embargo, aunque «servil» y «emolumento», sugerirá, desde luego, la idea terrible de un injusto orden de cosas, solo son expresiones miltónico-gibbonianas del hecho general que los reyes fran-

cos tenían trabajadores en sus campos, empleaban tejedores y forjadores para sus vestidos y espadas, cazaban con monteros, al halcón conalconeros, y eran en todos los demás respectos tan tiránicos como pueda serlo un gran terrateniente inglés. «La morada de los Reyes de luengos cabellos estaba rodeada de grandes patios y establos para aves y ganado; el jardín, sembrado de útiles legumbres; los almacenes llenos de trigo y vino para la venta ó el consumo, y toda la administración inspirada en el sentido más estricto de la economía doméstica.»

38. Estas noticias, imperfectas y no siempre muy autorizadas, sobre el temperamento y carácter de los francos, las he entresacado de Mr. Gibbon, cuyas referencias comprenden un período de más de dos siglos—y el último pasaje citado, que acompaña con la afirmación de que «ciento sesenta de esos palacios rurales estaban diseminados por las provincias de su reino, sin decirnos qué reino ó qué época—debe considerarse como una descripción de las costumbres y sistema general de su monarquía tras las victorias de Clodoveo. Pero desde el momento en que por primera vez oís hablar de él—el franco,—es siempre, si bien se mira, un personaje altamente ingenioso, bien intencionado é industrial;—si es impaciente en adquirir, también es inteligentemente conservador y constructor: posee un elemento de ordenada y transpa-

rente visión arquitectónica, que encontrará algún día su plena realización en las naves de la catedral de Amiens: cosas en general insuperables é indestructibles, si los que las habitaron después hubiesen tenido tan enérgico corazón como quienes las construyeron muchos años antes.

39. Por ahora es preciso que retrocedamos un poco; pues releyendo no ha mucho algunos de mis libros para hacer nuevas ediciones corregidas, he observado con sentimiento que cuando en un párrafo ó capítulo prometo para el siguiente un atento examen de cualquier punto particular, el párrafo siguiente no tiene ninguna conexión con el punto prometido, aunque nunca deja de relacionarse apasionadamente con otro punto antitético, antipático ó antipódico, en el opuesto hemisferio. Esta manera de componer se me antoja extremadamente favorable á la imparcialidad y á la amplitud de miras; pero también concibo que debe resultar—para la generalidad de los lectores—no solo engañosa (si en verdad puedo presumir de interesar alguna vez al lector hasta el punto de engañarle), pero también capaz de arraigar en su espíritu algunas insinuaciones falaces y absolutamente absurdas de los críticos hostiles sobre mi inconsistencia, mis vacilaciones y mi facilidad de ser influido por los cambios del tiempo en los principios y opiniones que profeso. Me propongo, pues, en estos bocetos históricos vigilarme, ó por lo menos, corregirme par-

cialmente de las faltas que hago á mis promesas, y aunque haya de sacrificar los frecuentes flujos y reflujos de mi humor, contar mesuradamente en cada sucesivo capítulo lo que el lector espera fundadamente que se le diga.

40. En mi capítulo inicial he dejado—luego de echarlo una simple mirada—la historia del vaso de Soissons. Se la puede encontrar (y es casi la única cosa que se puede encontrar referente á la vida y al carácter individual del primer Luis) en cualquier historia elemental y barata de Francia, con su apólogo popular estampado á continuación. Si dispusiese del tiempo necesario para remontar hasta sus orígenes, quizás revistiese otro carácter. Pero os la traslado tal como puede encontrársela en cualquier parte, suplicando solamente que examinéis si—aun leída así—no encerrará una significación algo diferente.

41. La historia dice, pues, que tras la batalla de Soissons, al distribuir los despojos romanos ó galos, el rey reivindicó un vaso de plata admirablemente trabajado para—«sí mismo», estaba á punto de escribir; pero en mi último capítulo *he supuesto* erradamente que lo quería «para lo mejor de sí mismo»—su reina. Mas no lo quería para ninguno de ambos: deseaba restituirlo á San Remigio, y que pudiera conservarse entre los tesoros consagrados de Reims. Este es el primer punto sobre el que las historias populares no insisten, y

que uno de sus guerreros, al reclamar una igual división del tesoro, también prefería ignorar. El rey demandaba el vaso como suplemento de su propia parte; y los caballeros francos, aun prescindiendo de acatamiento á su rey, que era su jefe, no tenían el más mínimo propósito de concederle lo que los reyes posteriores solían llamar «regalías», obtenidas de cuanto tocaban. Y uno de aquellos caballeros ó condes francos—algo más franco que los otros y tan incrédulo en la santidad de San Remigio como un obispo protestante ó un filósofo positivista—acometió la empresa de discutir el derecho del rey y de la Iglesia, al modo (podéis suponer) de una oposición liberal en la Cámara de los Comunes; y discutió con tal confianza de ser sostenido por la opinión pública del siglo quinto, que, persistiendo el rey en su exigencia, el impávido soldado destrozó el vaso con su hacha, exclamando: «¡Sólo tendrás tu parte en el botín!»

42. Esta es la primera afirmación explícita de la «Libertad, Fraternidad é Igualdad» francesa, sostenida entonces, como ahora, por la destrucción, que es la única manifestación artística activa y posible en personajes «libres» incapaces de crear nada.

El rey no continuó la pendencia. Los cobardes lo atribuyeron á cobardía; los maliciosos á malignidad. Lo cierto es que no *pasó* adelante, pero esperó un momento oportuno: tanto como puede esperar un hombre colérico, y que cuanto más espera,

más se enardece. Y esta es una de las principales razones porque se enseña á los cristianos que no deben dejar que el sol se ponga sobre su cólera. Precepto que los cristianos contemporáneos están pronto á realizar, si es cualquier otro el ofendido; pues lo cierto es que, la dificultad en tales casos, consiste en hacerles pensar en el agravio, aun cuando el sol todavía no se haya puesto tras su indignación (1).

43. Lo que sigue es muy chocante para la sensibilidad moderna. Lo comunico, si no en escogido estilo, al menos en el cuidadosamente aderezado de la historia ilustrada.

«Sobre un año después, pasando revista á sus tropas, se dirigió al hombre que había roto el vaso, y, *examinando sus armas, se quejó* de que estuviesen en mal estado» (las itálicas son mías), «y las arrojó» (¿qué, el escudo y la espada?) «al suelo». El soldado se bajó para recogerlas, y el rey le hiirió entonces en la cabeza con su hacha, exclamando: «Así hiciste tú con el vaso de Soissons.» Un historiador moralista contemporáneo observa que «esto—considerado como documento que acredita la situación de los francos y de los lazos que les unían—sólo da idea de una partida de ladrones con su jefe». Que es, precisamente,—y en tanto

(1) Léase, por ejemplo, el artículo de Mr. Plinsoll sobre las minas de carbón.

que me es permitido reconocer la naturaleza de las cosas—la primordial idea que debe observarse referente á la mayoría de las organizaciones reales y militares de este mundo, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días (á menos de que se excluyan, por rara casualidad, á los afganes y zulúes, que roban nuestras propias tierras de Inglaterra—en lugar de robarles nosotros las suyas, en sus respectivos países). Pero cuanto á la *manera* como se realizó esta ejecución militar, debo dejar por ahora que el lector medite solo, si es menos real ó más cruel herir en la cabeza con el hacha propia á un rudo soldado, ó herir en el cuello á una persona como Sir Tomás More con el hacha del verdugo—empleando un procedimiento mecánico, el garrote, la guillotina ó la cuerda, para dar el golpe de gracia—formas que suele emplear la ley nacional y la graciosa intervención de un elegante grupo de nobles y obispos.

44. Cosas más siniestras pueden referirse de este rey cuando su fiera existencia tocaba al caso:—cosas que sólo se os referirían en toda su escueta verdad, si alguno de nosotros pudiera ver claro *al través* de su negrura. Pero jamás podremos saber la verdad sobre el pecado, pues está en su naturaleza engañar por igual al Pecador y al Juez. Es diabólico:—nos engaña si en él caemos, como si le condenamos. Ved á este propósito las jocosidades de Gibbon—si queréis tomaros la mo-

lestia; pero entresaco gustoso de algunos confusos párrafos varias frases de elogio que el Sabio de Lausanna pocas veces otorga, tan generosamente como en esta ocasión, á los héroes que han confesado la fuerza del Cristianismo.

45. «Clodoveo sólo tenía quince años cuando, por muerte de su padre, le sucedió como jefe de la tribu sálica. Los estrechos límites de su reino confinaban en la isla de los Bátavos con las antiguas diócesis de Tournay y Arras; y cuando Clodoveo fué bautizado, el número de sus guerreros no podía exceder de 5.000. Las tribus afines á los francos, que se habían instalado á lo largo del Escalda, del Mosa, del Mosela y del Rhin, estaban regidas por reyes autónomos de raza merovingia, los iguales y los aliados, y en ocasiones los enemigos del príncipe sálico. Cuando comenzó la campaña, no tenía oro ni plata en sus cofres, vino ni trigo en sus almacenes; pero imitó el ejemplo de César, que en el mismo país se había enriquecido con la punta de la espada y pagado soldados mercenarios con los frutos de la conquista. El espíritu indómito de los bárbaros llegó á reconocer las ventajas de una disciplina regular. En la revista anual del mes de Marzo se inspeccionaba cuidadosamente sus armas, y cuando cruzaban un país pacífico, se les prohibía tocar una brizna de yerba. La justicia de Clodoveo era inexorable, y los soldados que se mostraban despreocupados ó desobe-

dientes, eran al punto condenados á muerte. Su pérfluo resultaría celebrar el valor de un franco; pero el valor de Clodoveo estaba moderado por una prudencia consumada y fría. En todas sus relaciones con los hombres calculaba el peso del interés, de la pasión y de la opinión; y sus resoluciones se adaptaban unas veces á las costumbres sanguinarias de Germania, y otras estaban atenuadas por el genio más benigno de Roma y del Cristianismo.

46. »Pero el fiero conquistador de la Galia era incapaz de contrastar las pruebas de una religión que se sustenta en la paciente investigación de la evidencia histórica y en la teología especulativa. Todavía era más incapaz de sentir la dulce influencia del Evangelio, que persuade y purifica el corazón de un genuino converso. Su ambicioso reinado fué una perenne infracción de los deberes morales y cristianos: sus manos se macularon de sangre en la paz como en la guerra, y tan pronto como Clodoveo hubo disuelto un Sínodo de la Iglesia Galicana, asesinó tranquilamente á *todos* los príncipes de estirpe merovingia».

47. Esto es ciertísimo; pero hay mucha retórica —pues, en primer lugar, necesitaríamos que se nos dijese cuántos eran «todos» esos príncipes;—y en segundo término, debemos observar que, admitiendo el supuesto de que Clodoveo haya hasta cierto punto «estudiado las Escrituras como fue-

ron reveladas en el mundo occidental por San Jerónimo, es de presumir que él, un rey-soldado, había de inspirarse más en la misión de Josué (1) y Jéhu que en la paciencia de Cristo, del cual mejor pensaba en vengar que en imitar su pasión; y la cuestión de si los otros reyes francos podrían sucederle, ó por celos de su extenso reino atacarle y destronarle, revistió en su espíritu los caracteres, no de un peligro personal, sino de una posible reversión del país entero á la idolatría. Y, en último término, su fe en la protección que la Divinidad prestaba á su causa, había menguado con la derrota que los ostrogodos le habían infligido ante los muros de Arlés, y el leopardo franco no había completamente perdido sus manchas hasta el punto de ofrecer al enemigo la oportunidad de dar el primer asalto.

48. Finalmente, y soslayando estas cuestiones personales, las formas de crueldad y astucia—la

(1) La leyenda confirmó más adelante esta semejanza, pues se admitió que, tras la batalla de Soissons, los muros de Angulema cayeron al son de las trompetas de Clodoveo. «Un milagro», dice Gibbon, «que puede reducirse al supuesto de que algún ingeniero clerical socavó secretamente los cimientos de las murallas». No me es posible poner cada momento en guardia á los ingenuos lectores contra el hábito moderno de reducir cualquier historia á la «suposición de que»... etc., etc. La leyenda es, por lo demás, la natural y fácil ampliación de una metáfora.

primera, obsérvese bien, un gran desprecio del sufrimiento, condición del honor en la mujer tanto como en el hombre—están en estas razas incultas fundadas en su amor á la gloria guerrera, que sólo puede concebirse recordando y comparando las analogías de temperamento que aún subsisten entre las castas más elevadas de los indios norteamericanos; y antes de terminar con la precisa exposición de los sucesos ciertos acaecidos á lo largo del reinado de Clodoveo, el lector hará perfectamente aprendiéndose esta lista de personajes del gran Drama, impresionándose bien con el significado de cada *nombre*, tanto por su posible influencia en el espíritu del que lo ostentó, como expresión fatal del conjunto de sus actos y de sus consecuencias para las futuras generaciones.

1. Clodoveo.—En forma franca, Hluodove. «Gloriosa santidad», ó consagración. En latín, Chlodovisus, cuando fué bautizado por San Remigio. Dulcificándose al través de los siglos, se convirtió en Lhodusvisus, Ludovicus, Luis.
2. Albofleda.—«¿Blanca hada doméstica?» Su hermana más joven. Se casó con Teodorico (Theutreich, «Gobernador del Pueblo»), el gran rey de los ostrogodos.
3. Clotilde.—Hlod-Hilda. «Virgen gloriosa de las batallas.» Su esposa. «Hilda» significa, en primer término, Batalla, pura, y se

transformó en Reina, ó Virgen de la Batalla. Cristianizada, advino Santa Clotilde en Francia y Santa Hilda en las rocas de Whitby.

3. Clotilde.—Su única hija. Muerta por la fe católica, víctima de la persecución arriana.
 4. Childeberto.—El hijo mayor que tuvo con Clotilde, primer rey franco de París. «Esplendor de la Batalla», con el tiempo se convirtió en Hildeberto y luego en Hildebrando, como en los Nibelungos.
 5. Clodomiro.—«Renombre Glorioso». El segundo hijo que le dió Clotilde.
 6. Clotario.—El más joven de los hijos que tuvo con Clotilde; virtualmente el aniquilador de la casa paterna. «Guerrero Glorioso».
 7. Clodovaldo.—El hijo más joven de Clodomiro. «Poder Glorioso», más adelante Saint Cloud, en Francia.
49. Ahora continuaré sin más rodeos, entre luces y sombras, la historia del reinado y hechos de Clodoveo.

A. D. 481.—Coronado cuando sólo tenía quince de edad. Cinco años después retó «en el espíritu y casi en la letra de la caballería» al gobernador romano Siagrius, que tenía á sus órdenes los distritos de Reims y Soissons. «Campum sibi præparari jussit»—retó á su adversario á justar en campo ce-

rrado.»—Véase la nota y referencia de Gibbon en el cap. XXXVIII. La abadía benedictina de Nogent se erigió más adelante sobre el campo de batalla, que está indicado con un círculo de sepulcros paganos. «Clodoveo otorga las tierras adyacentes de Leuilly y Coucy á la iglesia de Reims (1).

A. D. 485. La Batalla de Soissons. Gibbon no comunica su fecha; la subsiguiente muerte de Siagrius en la corte de Alarico (el joven) ocurrió en el 486—tomad el 485 por el de la batalla.

50. A. D. 493. No he podido encontrar ningún informe de las relaciones entre Clodoveo y el rey de los burgundios, tío de Clotilde, que precedieron á sus desposorios con la huérfana princesa. Su tío, según casi todos los historiadores, asesinó á su padre y á su madre, y obligó á su hermana á profesar—ninguno dice los motivos ni la autoridad en que se inspira. Clotilde misma fué perseguida cuando se dirigía á Francia (2), y la litera en que

(1) ¿Cuándo?—pues esta tradición, así como la del vaso, supone la amistad de Clodoveo y San Remigio, y un singular respeto por parte del rey hacia los cristianos de la Galia, aunque todavía no estuviese converso.

(2) Prueba curiosa de la falta que en los historiadores vulgares se nota del sentido del interés vital que pueden encerrar las cosas que narran, es que ni en Gibbon ni en Messrs. Bussey y Gaspey, ni en la paciente *Histoire des Villes de France*, he podido encontrar en las investigaciones de mis mejores mañanas de invierno, la ciudad que en aquel

viajaba capturada con parte de su dote. Pero la princesa misma montó á caballo y se dirigió á Francia con parte de su escolta, «ordenando á sus servidores que pegasen fuego á las propiedades de su suegro y á los súbditos que encontrasen en el camino».

tiempo era la capital de Burgundia, ó al menos en cuál de sus cuatro capitales nominales—Dijon, Besanzon, Ginebra y Viena—se crió Clotilde. Lo probable me parece que en Viena—(llamada siempre por Messrs. Bussey y Gaspey «Vienna», no sé con qué provecho para la comprensión de sus discípulos poco versados en Geografía),—sobre todo por haberse dicho que la madre de Clotilde «fué arrojada al *Ródano* con una piedra al cuello». El autor de la introducción á «Borgoña» en la «Historia de las Ciudades» se muestra tan impaciente de dar un mordisco á lo que puede, cuando concierne á la religión, que olvida completamente á la primera reina de Francia—jamás cita su nombre, ni como tal, el punto donde nació;—pero aporta al conocimiento de sus jóvenes discípulos esta provechosa enseñanza: que Gondebando, «más político que guerrero, encontró en medio de sus controversias teológicas con Avito, obispo de *Vienne*, el tiempo necesario para hacer morir á sus tres hermanos y recoger su herencia».

El único gran hecho que mis propios lectores deben recordar, es que la Borgoña, en aquel tiempo (y sea cualquiera el rey ó la tribu victoriosa que sojuzgase á sus moradores), comprendía exactamente la totalidad de la Suiza francesa y aun la germánica, hasta el Este de Vindonissa:—la Reuss, desde Vindonissa hasta el San Gotardo, al través de Lucerna, estando su límite efectivo hacia el Este; que al

51. Este suceso no suele figurar entre los dichos y hechos de los Santos; pero el castigo de los reyes con la destrucción de la propiedad de sus súbditos es un procedimiento de guerra demasiado admitido por los cristianos modernos para que nuestra indignación pueda soliviantarse contra Clotilde, encontrándose como estaba, bajo el influjo del dolor y de la cólera. Los años de su juventud no se nos han referido: Clodoveo contaba ya veintisiete de edad, y durante tres había conservado la fe de sus mayores contra toda influencia religiosa de su reina.

52. A. D. 496. En el capítulo primero no he concedido suficiente importancia á la batalla de Tolbiac, pensando de ella que sólo sirvió para obligar á los alemanes á repasar el Rhin y establecer el poderío franco en la ribera occidental. Pero Gibbon indica algunos resultados mucho más importantes en la breve frase con que termina su descripción de la batalla. «Luego de conquistar las provincias del Oeste, los francos *sólo* conservaban

Oeste comprendía todo el Jura y las llanuras del Saona, y al Sur incluía toda la Saboya y el Delfinado. Según el autor de *La Suisse Historique*, el heraldo de Clodoveo se dirigió primeramente á Clotilde, disfrazado de mendigo, mientras ella repartía limosna á la puerta de San Pedro de Ginebra; y que su fuga á Francia perseguida por su tío ocurrió en Dijón.

sus antiguas posesiones de allende el Rhin. Gradualmente sojuzgaron y *civilizaron* los exhaustos países que se extienden hasta el Elba y las montañas de Bohemia; y la *paz de Europa* quedó asegurada con la sumisión de Germania.»

53. Ahora bien; en el Sur, Teodorico había ya «envainado su espada en el orgullo de la victoria y en el vigor de la edad; y su reinado, que se dilata durante treinta y tres años, está consagrado á los deberes del gobierno civil.» Aun cuando su yerno Alarico pereció á manos de Clodoveo en la batalla de Poitiers, Teodorico se satisfizo con limitar la dominación de los francos hasta Arlés, sin proseguir sus triunfos, y con proteger la infancia de su nieto, corrigiendo simultáneamente algunos abusos en el gobierno civil de España. De modo que la soberanía bienhechora del gran Godo se extendió desde Sicilia hasta el Danubio y desde Sirmio hasta el Océano Atlántico.

54. Así, pues, hacia el término de la quinta centuria, encontráis á Europa dividida por las meras corrientes fluviales y gobernada por dos reyes cristianos, que se invisten de autoridad perfectamente bienhechora y santa, uno al Norte, otro al Sur; el más digno y poderoso de ambos, casado con la hermana más joven del otro, una reina santa, al Norte; una sincera y devota mujer católica, reina madre, al Sur. Es esta una conjunción de circunstancias bien digna de memoria en la histo-

ria de la Tierra, y sobre ella debes meditar atentamente, ¡oh, lector!, si en el torbellino de tus viajes puedes dispersarte del rebaño que se dirige hacia el Rhin ó hacia el Adige, para pasear una hora en paz más allá de la puerta Sur de Colonia, ó por el puente de Fra Giocondo, en Verona: párate entonces y contempla en el aire límpido, más allá del campo de batalla de Tolbiac, el azul Drachenfels, ó sobre las llanuras de San Ambrosio las montañas de la Garda. Pues allí se decidieron—si recuerdas atentamente—las dos grandes victorias del mundo cristiano. La de Constantino sólo dió forma nueva y nuevo color á los muros ruinosos de Roma; pero las razas franca y gótica, conquistadoras y gobernadoras, como es sabido, fundaron las artes y establecieron las leyes que dieron á la futura Europa su alegría y su virtud. Y es amable el ver cómo en tan temprana edad la caballería feudal había asociado á su existencia la nobleza de la mujer. Ninguna *aparición* se vió ni se supuso en Tolbiac. El rey imploró sencillamente al Dios de Clotilde. La mañana de la batalla de Verona, Teodorico visitó la tienda de su madre y hermana, «y las suplicó que le adornasen para la más ilustre fiesta de su vida con los ricos atavíos que habían trabajado con sus propias manos.»

55. Pero sobre Clodoveo actuó todavía otra influencia—mayor que la de su reina. Cuando su reino se extendió primeramente hasta el Loira, la

pastora de Nanterra tenía ya avanzada edad,—no era la virgen porta-antorcha de la guerra como Clotilde, ni una guía caballeresca y liberadora como Juana: aquélla había encanecido en la dulzura de la sabiduría y estaba al presente «llena de una gran luz cristalina». El padre de Clodoveo la había conocido; él mismo la convirtió en su amiga, y cuando abandonó á París para hacer la campaña de Poitiers, prometió que si resultaba victorioso erigiría una iglesia cristiana en las colinas del Sena. Volvió victorioso y, con Santa Genova al lado, se detuvo en el lugar donde estaban las Termas romanas, exactamente sobre la «Isla» de París, para cumplir su voto y para designar los límites de las fundaciones de la primer iglesia metropolitana de la Cristiandad franca.

El rey «imprimió un movimiento de rotación á su hacha de combate», y la expulsó con todas sus fuerzas.

Así midió con su vuelo el lugar de su propia tumba, la de Clotilde y la de Santa Genoveva.

Allí reposaron, y reposan—en espíritu—juntos. «La Colline tout entière porte encore le nom de la patronne de París; une petit rue obscure á gardé celui du Roi Conquerant.»

[«Toda la colina ostenta aún el nombre de la patrona de París; una callejuela oscura conserva el del Rey Conquistador.»]

CAPÍTULO III

EL DOMADOR DE LEONES

I. En estos últimos tiempos se ha anunciado frecuentemente como nuevo descubrimiento, que el hombre es hechura de las circunstancias, y sobre este hecho se requiere con asiduidad nuestra atención en la esperanza, tan seductora para cierta gente, de poder resolver al fin mediante una sucesión de chapoteos en el lodo ó de giros en el aire «las circunstancias» responsables de su creación. Pero la prueba más importante de que su naturaleza no depende, como la del mosquito, de las nieblas de una marisma, ni como la del topo, del hundimiento de su madriguera, sino que está dotada de sentidos para discernir y de instintos para adoptar las condiciones que han de superar su existencia, la ignoran absolutamente los filósofos que proponen á la humanidad, como bella realización de sus destinos, una vida sustentada de palabreo cien-

tífico, en gabinetes iluminados con luz eléctrica, calentados por el sistema de la calefacción tubular, surtidos de agua por estar distantes los ríos, abastecidos por razas menos instruídas y mejor provistas de extracto de buey y de cocodrilo en conserva.

2. Cuanto á estas concepciones químicamente analíticas de un Paraíso en las catacumbas, inalterable en sus virtudes alcalinas ó ácidas por el temor de la Divinidad ó la esperanza de una vida futura, ignoro hasta qué punto el lector moderno podrá abstraerse para oír hablar un instante de hombres que en los días más sombríos y alocados procuraron con su trabajo convertir el desierto mismo en jardín del Señor, y por eficacia del amor, vivir con Él eternamente. Y, sin embargo, hasta hoy solo con tal trabajo y esperanza ha podido encontrar el hombre la felicidad, el talento y la virtud: y aun en vísperas de la nueva ley, y del Canaán prometido, rico en beatitudes de hierro, de vapor y de fuego, aún hay algunos entre nosotros, dispersos aquí y allá, que se pararían en un impulso de piedad filial para dirigir una mirada hacia la soledad del Sinaí, donde sus padres adoraron y murieron.

3. Aun admitiendo momentáneamente que las anchas calles de Manchester, en el distrito que contiene el Banco de Londres, la Bolsa y los Bulevares de París, formen ya parte del futuro reino del Cielo, cuando la Tierra sea toda Bolsa y Bule-

vares y cuando el mundo de que nuestros padres nos hablan esté dividido, como al presente ocurre, en zonas climatéricas, razas, épocas históricas..., las «circunstancias» en que un alma humana advenga á la vida deberán considerarse bajo estos tres aspectos:—¿En qué clima ha nacido? ¿De qué raza? ¿En qué tiempo?

Sólo puede ser lo que estas condiciones le permitan. Con relación á ellas debe de ser entendido;—comprendido, si es posible;—juzgado, primero con nuestro amor—con nuestra piedad, si de ella ha menester—con nuestra humildad, siempre y en todas ocasiones.

4. Para conseguir esto, es evidentemente necesario que empecemos disponiendo de verídicos mapas del mundo y rematar con mapas exactos de nuestros propios corazones: ninguno de ambos mapas es fácil de trazar nunca, y quizás hoy todavía menos—pues el objeto de un mapa consiste ante todo en indicar los hoteles y ferrocarriles, y la humildad se considera el más desagradable é insignificante de los Siete Pecados capitales.

5. Así, en el principio de la *Historia de Inglaterra*, de Sir Eduardo Creasy, encontráis una carta cuyo objeto consiste en dar á conocer las posesiones de la Nación Británica—y al pie la frase extremadamente sabia y cortés dicha por Mr. Fox á un francés del séquito de Napoleón, cuando «acercándose á un globo terrestre de tamaño y limpidez

poco comunes y rodeándolo con sus brazos, que abarcaban los Océanos y las Indias», le hizo observar en esta actitud impresionante, que «mientras los ingleses existiesen se dilatarían por el mundo entero, aprisionándolo en el círculo de su poder.»

6. Inflamado por el entusiasmo de Mr. Fox, Sir Eduardo, impasible casi siempre, nos dice ahora que «nuestro *home* insular es el albergue favorito de la libertad, del imperio y de la gloria, sin tomarse la pena, ó invitar al lector para que se la tome, de considerar cuánto tiempo los pueblos que nuestra libertad esclaviza y con cuyo oprobio se forja nuestra gloria, podrán estar satisfechos con este arreglo del mundo y sus negocios; ó si desde ahora no bastará el método que emplea en delinear sus mapas para convencerles de su deprimente situación.

Pues estando el mapa delineado conforme al sistema de proyección de Mercator, representa las posesiones británicas en Norte-América como dos veces la extensión de los Estados Unidos y mucho más grande que toda la América del Sur; mientras que el brillante carmesí con que está indicado todo nuestro dominio territorial, solo puede impresionar al ingenuo lector con la idea de un flujo universal de libertad y de gloria asaltando todos los campos y latitudes. También es poco probable que cavile sobre resultados tan maravillosos inquiriendo la naturaleza y perfección de nuestro gobierno en cada

lugar preciso—por ejemplo, en Irlanda, en las Hébridas ó en el Cabo.

7. En el capítulo final del primer volumen de «las Leyes de Fiésole» he propuesto los principios matemáticos para el exacto trazado de los mapas: —principios que por muchas razones conviene que conozcan mis jóvenes lectores: el fundamental, que no podéis hacer plana la corteza de una naranja sin abrirla, y que si designáis los países sobre la corteza intacta, no debéis de extenderla luego para rellenar los vacíos.

El orgullo británico en lo tocante á la riqueza, que no se escatima la magnificencia de tener á Gualterio Scott y Shakespeare por un penique, puede en su grandeza futura poseer por un penique el universo pirueteando convenientemente sobre su eje. Supongo, pues, que mis lectores podrán consultar una redonda esfera mientras hable del mundo, y una parte relativamente pequeña de su superficie mientras hable de un país.

8. Si el lector la tiene ahora á su alcance—ó al menos puede referirse á un mapa bien trazado, con sus dos hemisferios y sus meridianos convergentes—le suplico que observe desde luego que, si la antigua división del mundo en cuatro cuartos está ya casi borrada con la emigración y el cable trasatlántico, todavía el gran problema histórico dominante consiste, no en saber cómo ha de dividirse el globo, aquí y allá, por entradas y salidas

de tierra ó de mar, sino en cómo ha de dividirse en zonas de latitud, por las leyes incontrastables de la luz y del aire. Sólo hay un interés muy secundario en saber si un hombre es americano ó africano, europeo ó asiático; pero es punto de interés capital y decisivo el saber si es brasileño ó patagón, japonés ó samoyedo.

9. En el decurso del anterior capítulo he solicitado del lector que retuviese firmemente la concepción de la gran división del clima, que separó las razas nómadas de Noruega y Siberia de las dulcemente sedentarias de Bretaña, Galia, Germania y Dacia.

Fijad ahora bien esta división en vuestra memoria, trazando, aunque sea toscamente, el curso de los dos ríos en que apenas suele fijarse la mayoría de los geógrafos, pero de incalculable importancia en la historia humana: el Vístula y el Dniester.

10. Ambos se reincorporan á sus fuentes á treinta millas de distancia (1), y cada uno corre sobre trescientas millas, sin contar los rodeos y sinuosidades,—el Vístula hacia el Noroeste; el Dniester hacia el Sudeste: ambos cortan á Europa por el cuello, si es lícito expresarse así—y, bien considerado, separan á la Europa propiamente dicha,—la Europa auténtica y la de Júpiter—el frag-

(1) Gracias al «San», brazo del Vístula superior.

mento del globo educable, civilizable y de una mentalidad más ó menos racional, de la gran barbarie siberiana, Cis-Ural y Trans-Ural; inconcebible espacio caótico ocupado desde tiempos inmemoriales por los Escitas, Tártaros, Hunos, Cosacos, Osos, Armiños y Mammuths, con variable espesor de la piel, adormecimiento variable del cerebro y sufrimientos diversos, según eran sedentarios ó nómadas. Ninguna historia que valga la pena de ser consultada se refiere á ellos; pues la fuerza de Escandinavia nunca ha buscado su expansión por el istmo de Finlandia, pero ha navegado con abundancia de barcas y remos al través del Báltico ó ha descendido por la costa acantilada del Oeste; y la presión de los hielos siberianos y rusos, reduce sencillamente á las razas dignas de memoria á un más alto grado de concentración y las petrifica en masas exploradoras que la necesidad hace hoscas. Pero por estas masas exploradoras, verdadero renacimiento europeo, ha adquirido definitiva forma nuestra propia historia; y, por consiguiente, estos dos ríos, fronteras y barreras, deben de estar marcados en vuestras cartas geográficas con gran precisión: el Vístula con Varsovia á caballo á mitad de su curso, que se precipita en el Báltico,—el Dniester en el Euxino: el curso de cada cual, medido en línea recta, da una distancia como la de Edimburgo á Londres—con los meandros (1) el

(1) Obsérvese, pues, que generalmente la fuerza de un

Vístula seiscientas millas y el Dniester quinientas—unidas sus extremidades forman un gran foso de mil millas entre Europa y el Desierto, desde Dantzic hasta Odesa.

11. Encerrada así nuestra Europa por este foso, en un espacio fijo y bien determinado, tendréis que fijar enseguida las fronteras que separan las cuatro regiones góticas, Bretaña, Galia, Germania y Dacia, de las cuatro clásicas, España, Italia, Grecia y Lidia.

En general, no hay otro término para oponer al «Gótico» que el «Clásico», y yo lo empleo satisfecho por amor á las divisiones prácticas y á la claridad, aunque su precisa significación quede por algún tiempo indeterminada. Imprimid bien la geografía en vuestro espíritu y la nomenclatura se adaptará oportunamente.

12. A grandes rasgos, pues, tendréis el mar entre Bretaña y España—los Pirineos entre Galia y España—los Alpes entre Germania é Italia—el Danubio entre Dacia y Grecia. Todo lo que está al Sur del Danubio debéis de considerarlo como griego, diversamente influido por Atenas de un lado, y por Bizancio de otro; á la opuesta banda del mar Egeo, tenéis la extensa región absurda-

río «ceteris paribus» debe apreciarse por su curso directo, pues de las llanuras, que producen los meandros, no suelen recibir afluentes.

mente llamada Asia Menor (pues lo mismo podríamos llamar á Grecia la Europa Menor y á Cornualles la Inglaterra Menor); pero que debe considerarse como la «Lidia», el país que evoca la pasión y tiente por sus riquezas, que enseña á los lidios la medida en música y suaviza el habla griega en los confines de la Jonia, que ha prestado á la historia antigua lo que se relaciona á Troya, y á la historia cristiana la grandeza y la decadencia de las Siete Iglesias.

13. Al Sur, opuestas á estas cuatro regiones y separadas de ellas por el mar ó el desierto, hay otras cuatro, de que es fácil recordar—Marruecos, Libia, Egipto y Arabia.

Marruecos consiste virtualmente en la cadena del Atlas y en las costas dependientes. Lo más cómodo es que al recordarlo os lo representéis como incluyendo al Marruecos actual la Argelia, y las islas Canarias dependientes de él.

De igual manera, Libia comprenderá el moderno Túnez y Trípoli; comenzando al Oeste con Hipona, la ciudad de San Agustín; su costa, colonizada por Tiro y Grecia, la divide en los dos distritos de Cartago y Cirene. Egipto, el país del río, y Arabia, el país *sin* río, persistirán en nuestro espíritu cual los dos grandes hogares meridionales de la religión no cristiana.

14. Así tenéis—fáciles de recordar—doce regiones eternamente distintas por las leyes natura-

les, que forman tres zonas de Norte á Sur, todas salubres—y habitadas—; pero las razas del extremo Norte, más habituadas á soportar el frío; las de la zona central, más depuradas con el goce de un sol idéntico en invierno y en verano; y las de la zona Sur, obligadas á soportar el calor. Expuestas ahora en forma tabular,

Bretaña	Galia	Germania	Dacia
España	Italia	Grecia	Lidia
Marruecos	Libia	Egipto	Arabia

tendréis, en su más sencilla expresión, la carta del teatro de cuanto es digno de saberse en la historia profana; y luego, como fuente de inspiración para las almas devotas de todos esos países que la han considerado por sagrada y sobrenatural, la pequeña región montañosa de Tierra Santa, con la Filistea y Siria á sus costados, ambas potencias del castigo, aunque Siria fuera en sus comienzos el origen mismo de la raza elegida—«Un sirio presto á morir fué mi padre»—y Raquel la siria debe de considerarse siempre como la verdadera madre de Israel.

15. Y recordad en los estudios sucesivos las relaciones de estos países, sin preocuparos de las variaciones accidentales que puedan aportar los límites políticos. Nada importa saber quién gobierna un país; nada el nombre que oficialmente se le asigne, ni tampoco sus fronteras convencionales; fronteras y puertas eternas son las montañas y los

mares, y las nubes y las estrellas les imponen el yugo de las eternas leyes. El pueblo que en tales condiciones nace, es *su* pueblo, aunque mil y mil veces lo conquisten, lo destierren y cautiven. El extranjero no puede ser su rey, ni el invasor su amo; y aunque el pueblo ó el conquistador instituyan justas leyes revestidas de la virtud y la fuerza, que son los gajes de la justicia, sólo la llama que arde en sus propios corazones, encendida por el amor del país natal, puede asegurar á una raza ó á un linaje de hombres beneficios perdurables.

16. Naturalmente, al decir que el invasor de un país jamás podrá poseerlo, solo hablo de las invasiones de los vándalos en Libia ó de la nuestra en las Indias, dondequiera que la raza conquistadora no puede fijarse permanentemente. No podréis llamar á Libia, Vandalia, ni á la India, Inglaterra, porque estos países se encuentran temporalmente bajo la dominación vándala é inglesa; ni tampoco Gotlandia á la Italia de los ostrogodos, ni á Inglaterra bajo Canuto, Dinamarca. El carácter nacional se modifica cuando la invasión ó la corrupción lo debilitan; pero si por ventura llega á recobrar vida nueva, es necesario que esta vida esté modelada por la tierra y el cielo del país mismo. De los doce nombres de las regiones precitadas, solo veremos cambiar uno en el curso de nuestra historia:—Galia se convertirá en Francia cuando los francos sean sus moradores habituales. Los

otros once nombres primitivos nos servirán hasta el fin.

17. Con un momento más de paciencia para dirigir una mirada al Extremo Oriente, habremos establecido las bases de la Geografía que para el caso necesitamos. Como los reinos del Norte están separados del desierto escita por el Vístula, los del Sur están separados de las dinastías propiamente llamadas «Orientales» por el Eufrates, que «en parte se sume en el Golfo Pérsico y va desde el Belutchitsan y Omán hasta las montañas de Armenia, formando un inmenso camino de agua caliente, cuya base» (ó embocadura) «está en los trópicos, mientras que su extremidad llega á los 37° de latitud Norte. Por eso el mismo Simoun (el específico y gaseoso Simoun) visita en ocasiones á Mosul y Djezirat Omar, en tanto que el termómetro alcanza en Bagdad una altura capaz de quebrantar la fe de un viejo indo» (1).

18. Este valle formaba en los antiguos tiempos el reino de Asiria, como el valle del Nilo formaba el reino de Egipto. Nada diremos en el presente trabajo del pueblo que lo habitaba, el cual fué para los judíos una fuerza hostil, su cautividad, inenarrable como la arcilla de sus murallas ó la piedra

(1) Sir F. Palgrave, *Arabia*, vol. II, pág. 155.—En el próximo párrafo he adoptado muy complacido su división de las naciones asiáticas.

de sus estatuas; y, tras el nacimiento de Cristo, el turbio valle se convierte en campo de batalla entre Occidente y Oriente. Allende el gran río, Persia, India y China forman el Oriente del «Mediodía». Persia debe considerarse exactamente como el país que se dilata entre el Golfo Pérsico y la cadena de montañas que domina y alimenta al Indo: ella es la verdadera potencia vital del Oriente en los días de Maratón; pero sólo por mediación de la Arabia ha ejercido influencia en la historia cristiana. Cuanto á las tribus asiáticas del Norte, medas, bactrianas, partas y escitas, que engendraron luego á los turcos y tártaros, no deben de preocuparnos hasta el día en que nos invadan en nuestro propio territorio histórico.

19. Empleando, pues, los términos «Gótico» y «Clásico» para determinar claramente las zonas septentrionales y centrales de nuestro propio territorio, podemos con perfecta justicia servirnos del término «Árabe» (1) para designar toda la zona

(1) El capítulo quincuagésimosexto de Gibbon empieza con una sentencia, que puede considerarse como el epitome de la íntegra historia que vamos á estudiar: «Los tres grandes pueblos del mundo, griegos, sarracenos, francos, se encontraron en el teatro de Italia.» Empleo el nombre más general de godos, en vez de francos, y el más preciso de árabes, en lugar de sarracenos; pero el lector observará fácilmente que su división es idéntica á la mía. Gibbon no considera como nación al pueblo romano—sólo el poderío romano lo toma como imperio.

Sur. La influencia de Egipto se desvaneció poco después de la cuarta centuria, mientras que la de Arabia, poderosa desde el principio, aumentó, durante el siglo VI, en forma de un imperio, cuyo término todavía no hemos presenciado (1). Y podréis concebir más exactamente los principios religiosos que sirven de sostén á este imperio, recordando que, mientras los judíos traicionaban su poder profético ejerciendo la usura en toda la tierra, los árabes volvían á la simplicidad primitiva de la profecía, como en la cisterna de Agar, y no son adversarios del Cristianismo, sino de las faltas ó locuras de los cristianos. Todavía conservan la fe en un solo Dios, el que habló con su padre Abraham, y son más hijos suyos, gracias á esta ingenuidad, que los cristianos nominales, los cuales vivieron y viven sólo para discutir en clamorosos concilios ó en cismas furibundos, las relaciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

20. Confío, pues, en que mi lector retendrá inconfundible la idea de las tres zonas, Gótica, Clásica y Arábica, subdividida cada una en cuatro regiones claramente reconocibles al través de todas las edades de la historia antigua ó moderna; —debo desde luego simplificarle la idea del *Impe-*

(1) Recientes sucesos han mostrado la fuerza de estas palabras. (Nota de la reedición, Mayo, 1885.)

rio Romano (véase la nota del último párrafo) en el punto de vista que puede interesarle. Su extensión nominal, sus temporales conquistas ó sus vicios interiores, apenas tienen para nuestro caso importancia histórica: sólo el Imperio real corresponde á algo de verdadero como exponente de una ley justa, de la disciplina militar, del arte manual, comunicadas á razas indisciplinadas, y como traducción del pensamiento griego en un sistema más condensado y para ellas más asimilable. La zona Clásica, desde el principio al fin de su influencia efectiva, se compone de estos dos elementos—la imaginación griega y el orden romano: las divisiones ó dislocaciones de los siglos tercero y cuarto, son las meras apariciones naturales de sus diferencias, cuando el sistema político que las disimulaba fué puesto á prueba por el Cristianismo. La mayoría de los historiadores parece haber perdido de vista que en las guerras de los últimos romanos contra los godos, los grandes capitanes góticos eran todos cristianos; y que la forma vigorosa é ingenua que la naciente fe adoptaba en los espíritus debe ser un objeto más digno de intenso estudio que las guerras inevitables subsiguientes á la retirada de Diocleciano ó que los cismas confusos y los crímenes de la corte lasciva de Constantino. Por lo mismo, me considero obligado á exponer las condiciones en que las últimas y arbitrarias divisiones del Imperio se realizaron, para que puedan ilustrar en

vez de confundir, el orden de las naciones que deseo fijar en vuestra memoria.

21. A mediados del cuarto siglo encontráis en el orden político lo que Gibbon llama «la división final de los *Imperios de Oriente* y de *Occidente*.» En puridad, esto quiere decir, que el emperador Valentiniano cedió (no sin dudar) al sentimiento dominante entonces entre las legiones,—esto es, que el Imperio era harto extenso para gobernado por una sola persona—tomando á su hermano por colega y compartiendo, no su autoridad precisamente, sino su atención entre Oriente y Occidente. A su hermano Valente asignó la en extremo vaga «Prefectura del Este, desde el Danubio inferior hasta los confines de Persia», reservando para su inmediato gobierno las «belicosas prefecturas de Iliria, Italia y Galia, desde la extremidad de Grecia hasta los muros de Caledonia y desde aquí hasta la base del Monte Atlas.» Quiere decir esto en menos poética cadencia (Gibbon hubiese hecho mejor componiendo desde luego su historia en versos exámetros) que Valentiniano conserva bajo su personal inspección toda la Europa y Africa romanas, y deja la Lidia y el Cáucaso á su hermano. La Lidia y el Cáucaso no formaron ni podían formar un Imperio de Oriente—sólo eran una especie de colonias, útiles por el impuesto en tiempo de paz, peligrosas por su muchedumbre en el de guerra. Desde el séptimo siglo antes de Cristo

hasta el séptimo después, sólo hubo *un* Imperio Romano, que significa poder sobre la humanidad de hombres como Cincinnato ó Agrícola, y expira cuando su raza y carácter expiran: su extensión nominal, su magnificencia en un momento dado, no es más que la refracción más ó menos lejana sobre las nubes de las llamas que en un ara alimentan nobles almas. Se ignora la fecha exacta de esa división; se desconoce la en que cesó. Que el dacio Probo ó el nórico Odoacro ocupen el trono, la fuerza de su principio vital es lo único que importa tener en cuenta:—persiste en las artes, en las leyes, en los hábitos del pensar; domina en Europa hasta el duodécimo siglo;—y aun en nuestros días reina en el lenguaje y en el ejemplo de todos los hombres cultos.

22. Mas para la división nominal hecha por Valentiniano, observemos la definición que nos da Gibbon (presumo que será la suya y no la del Emperador) del Imperio Romano de Europa: «Iliria, Italia y Galia.» Ya os he dicho que los territorios al Sur del Danubio debéis de considerarlos como Grecia. Las dos principales comarcas, situadas inmediatamente al Sur del río, son la Mesia superior é inferior, formadas en las laderas de las montañas Tracias, al Norte, hasta cerca del río, con las llanuras que las separan de éste. Debéis de tener muy en cuenta esta comarca, porque en ella se formó el alfabeto meso-gótico, en que «el griego

entra como elemento principal» (1), suministrando dieciséis letras de las veinticuatro que lo componen. La invasión gótica bajo el reinado de Valente, es la primera que estableció á una nación teutónica dentro de los límites del Imperio; pero, en realidad, sólo sirvió para colocarla más cerca de su influencia espiritual. Su obispo, Ulfilas, adopta el alfabeto mesio, griego en sus dos terceras partes, para su traducción de la Biblia, que la difunde universalmente, y perpetúa la traducción hasta la extinción ó absorción de la raza gótica.

23. Al Sur de las montañas Tracias tenéis la Tracia propiamente dicha, y los países denominados, no sin confusión, Dalmacia é Iliria, que forman las costas del Adriático, y penetran hacia el interior en dirección Este hasta las montañas que separan las aguas. Jamás he podido formarme exacta idea del carácter real, en cualquier supuesto período, de los pueblos que moraban en esos países; pero pueden considerarse en su totalidad como griegos del Norte, participando más ó menos de la sangre y dialecto griego, según su proximidad á la Grecia propiamente dicha, aunque no participen de su filosofía ni se sometan á su disciplina. En todo caso, siempre es más seguro hablar en conjunto de esas regiones ilirias, mesias y macedónicas considerándolas como griegas, que, con Gib-

(1) Hilman. *Historia del Cristianismo*, vol. III, p. 36.

bon y Valentiniano, hablar de Grecia y de Macedonia cual si fueran la Iliria (1).

24. En la misma generalización imperial ó poética encontramos nuestra Inglaterra incorporada á Francia con la denominación de Galia y limitada por «las murallas caledónicas». Mientras que en nuestra peculiar división, Caledonia, Hibernia y Gales, se las considera desde luego como partes esenciales de Bretaña (2), y su lazo de unión con

(1) Advierto que el mismo sistema de generalizar se impone al estudiante moderno con el término «Península Balkánica», que borra á la vez todo rasgo y traza de la historia antigua.

(2) Gibbon afirma deliberada y expresamente: «Desde la costa ó extremidad de Caithness y del Ulster, se conservó con distinción el recuerdo del origen céltico en la semejanza perpetua de las lenguas, religión y hábitos; y el carácter peculiar de las tribus británicas puede atribuirse, naturalmente, á la influencia de las circunstancias accidentales y locales.» Los escoceses de las llanuras, «comedores de trigo» ó vagabundos, y también los irlandeses, están perfectamente identificados por Gibbon en la época que inicia nuestra historia. «Es cierto» (las itálicas son mías, de Ruskin) «que en la decadencia del Imperio Romano, Caledonia, Irlanda y la isla de Man estaban habitadas por los escoceses».—Capítulo XXV, vol. IV, pág. 279.

El alto grado de civilización y el escaso valor de los *ingleses* del llano, los convertía en víctimas de Escocia ó en súbditos complacientes de Roma. Los montañeses, pictos entre los Grampianos, ó autóctonos en Cornualles y Gales, jamás fueron instruidos ni sojuzgados, y siguen siendo la fuerza inculta é indómita de la raza británica.

el continente se concibe como formado por el establecimiento de los bretones en Bretaña, y no por la difusión del poderío romano allende el Humber.

25. Así, pues, repasando otra vez el orden de nuestras comarcas, y observando solamente que las Islas Británicas—aunque en su mayor parte estén situadas bastante por encima del resto de la zona Norte—si se atiende á los grados de latitud—se encuentran situadas en el mismo clima, gracias al Gulf-Stream;—encontráis que, cuando comienza nuestra historia de la Cristiandad, la zona gótica aún no se ha convertido, ni siquiera ha oído hablar de la nueva fe. También encontráis á la zona Clásica que de ella tiene noticias más ó menos precisas, la discute y procura extinguirla,—y la zona árabe, que es su hogar y sostén, envolviendo á Tierra Santa con el calor de sus propias alas y gestando cenizas del fénix que se ha consumido sobre toda la haz de la tierra—la esperanza de la Resurrección.

26. Lo que hubiese sido la suerte ó el porvenir del Cristianismo de sólo haberle predicado oralmente, sin la ayuda de su poética literatura, podrá ser objeto de instructivas y profundas especulaciones—si la misión de un historiador fuese reflexionar en vez de narrar. El poder de la fe cristiana, en efecto, se sustentó siempre en las profecías escritas, en los relatos de la Biblia y en las interpretaciones que de su significado dieron las grandes órdenes

monásticas, más para que sirviesen de ejemplo que de precepto. La poesía y la historia de los Testamentos sirios los suministró San Jerónimo á la Iglesia latina, mientras que San Benito resumió la virtud y eficacia de la vida monástica. Concebir la relación que la obra de estos dos hombres tiene con la organización de la Iglesia, es de primordialísima importancia para comprender su ulterior historia.

Gibbon pretende darnos en su capítulo treinta y siete un resumen de la «Institución de la vida monástica» en el tercer siglo. Pero la vida monástica se instituyó algo antes por diversos reyes y profetas. Por Jacob, cuando tomó la piedra por cabezal; por Moisés, cuando volvió los ojos para ver la zarza ígnea, y por el profeta que «permaneció en el desierto hasta el momento de mostrarse ante Israel». La primera «institución» europea se debe á Numa, con sus Vírgenes Vestales y su Colegio de Augures, fundados en una concepción de origen etrusco, que al pasar á Roma se inspiraron en la idea de una pura vida consagrada al servicio de Dios y de una sabiduría práctica que observa Sus preceptos (1). La forma que el espíritu monás-

(1) Puedo considerar como un instante fatalísimo en la decadencia del Imperio Romano cuando Juliano disolvió el Consejo de los Augures: «Por última vez los Arúspices Etruscos acompañaron á un Emperador romano; pero por

tico revistió andando el tiempo, se acerca más á la corrupción del mundo grosero, que se veía obligado á rehuir por indignación ó terror, que á un cambio aportado por el cristianismo en el ideal de la virtud y de la dicha humana.

27. «Egipto» (¡así empieza Mr. Gibbon á darnos cuenta de la nueva Institución!) «madre fecunda de la superstición, nos comunica el primer ejemplo de vida monástica.» Egipto tuvo sus supersticiones como los demás pueblos; pero fué tan escasamente la *madre* de la superstición, que quizás ninguna fe profesada entre las razas imaginativas del mundo hizo tan pocos prosélitos como la suya. No prevaleció sobre sus inmediatos vecinos hasta hacerles adorar los gatos; y creo que soy el único entre los escritores modernos que participa de la opinión de Herodoto sobre la influencia que ha ejercido en la teología arcaica de Grecia. Pero esta influencia, si de tal puede considerarse, fué formal y delineadora, no ritual; de modo que para ningún caso ni país fué Egipto la *madre* de la Superstición; en cambio, lo fué indiscutiblemente, para todos los pueblos y edades, de la Geometría, de la

una singular fatalidad su adversa interpretación de los signos celestes fué desdeñada, y Juliano siguió los consejos de los filósofos, que adornaron sus predicciones con brillantes colores para la ambición del Emperador.» (Milman, *Historia del Cristianismo*, cap. VI.)

Astronomía, de la Arquitectura y de la Caballería. Por sus elementos materiales y técnicos fué la señora de la Literatura, enseñando á fabricar el papel y á grabar el pórfido á los autores que antes solo podían trabajar sobre cera y tabletas de madera. Fué la primera en exponer la ley del Juicio después de la Muerte por el Pecado. Fué la Preceptora de Moisés y la Albergadora de Cristo.

28. Tan probable como natural es que en un país semejante, los discípulos de cualquier nueva doctrina espiritual la llevasen á un extremo de perfección como jamás hubiese alcanzado entre guerreros indoctos ó en las soledades atormentadas por las tempestades del Norte. Sería, pues, absurdo error el atribuir la fuerza subsiguiente de la fraternidad claustral al ardor aislado del monaquismo egipcio. Los anacoretas de los tres primeros siglos se desvanecen como los espectros que forjan la fiebre al instituirse las leyes racionales, misericordiosas y laboriosas de las sociedades cristianas; y las recompensas claramente perceptibles de la soledad celestial, solo se otorgan á los que se acogen al Yermo para su redención (1).

29. «La recompensa claramente *perceptible*», repito con deliberada energía. Ningún hombre po-

(1) Aun los mejores historiadores católicos han solido cerrar los ojos ante la ineludible conexión entre la virtud monástica y la regla benedictina sobre el trabajo agrícola. (Nota de la reedición del año 1885.)

see los datos para apreciar—y todavía menos para juzgar de una manera cierta—los resultados de una vida inspirada en el sincero renunciamiento, hasta que se arma del valor necesario para vivirla por sí mismo; pero creo que ninguna persona razonable querrá—ni si es honrada osará—negar los beneficios corporales y espirituales que ocasionalmente ha recibido durante los períodos de accidental privación del lujo ó de exposición al peligro. La extremada vanidad del inglés moderno, que se convierte en un momentáneo Estilita sobre un Horn ó una Aguja, y su confesión ocasional del encanto que aporta la soledad entre las rocas, cuya aspereza, no obstante, atenúa llevando su periódico en el bolsillo, y á cuya prolongación se exime agradecido merced á las mesas del hotel próximo, debiera hacernos menos desdeñosos del orgullo y más comprensivos de la pasión con que los anacoretas de las montañas de Arabia y Palestina se consagraban á una vida de retiro y sufrimiento, sin otro consuelo que la visión sobrenatural ó la esperanza del Cielo. Se comprende al leer las leyendas del desierto, que las consecuencias necesarias de aquellas exageradas y subjetivas emociones revistan en la mente caracteres patológicos; pero los médicos y los moralistas todavía no han intentado diferenciar los estado morbosos de la inteligencia (1) en que ter-

(1) La conclusión hipotética de Gibbon referente á los

mina un noble entusiasmo, de los que son castigo de la ambición, de la avaricia ó de la intemperancia.

30. Abandonando por el momento las cuestiones de esta naturaleza, mis jóvenes lectores deben recordar siempre que, durante todo el cuarto siglo, la muchedumbre de los abnegados ha hecho vida

efectos de la auto-mortificación y la subsiguiente apreciación histórica, debe de considerarse como conteniendo ya todos los sistemas de los filósofos ó de los políticos modernos, que han convertido luego en barracas los monasterios de Italia y en almacenes las iglesias de Francia. «Este martirio voluntario, por fuerza ha tenido que destruir gradualmente la sensibilidad del espíritu como del cuerpo; pues *no puede suponerse* que los fanáticos que á sí mismos se atormentan, sean capaces de sentir vivo afecto por el resto de la humanidad. *Una especie de insensibilidad cruel ha caracterizado á los monjes de todos los tiempos y lugares.*

El grado de penetración ó de juicio que revela esta sentencia espero que se revelará al lector á medida que yo le exponga la verdadera historia de su fe; pero supongo que siendo yo mismo uno de los últimos testigos supervivientes de la vida reclusa tal como aún existía en los comienzos de este siglo (el XIX), puedo recomendarle la descripción perfecta y digna de fe—así en la letra como en el espíritu—que Scott coloca en la introducción de «El Monasterio». Cuanto á mí, puedo decir que los caracteres más dulces, refinados, amables en el más profundo sentido que he encontrado, han sido de monjes ó de sirvientes que se han educado en la fe católica. (Y conste que cuando escribí esto aún no conocía la Miss Alejandra de Eldwige.—Nota de la reedición del año 1885.)

de extremada pobreza y miseria, esforzándose así por llegar al conocimiento más íntimo del Sér y de la Voluntad de Dios. Ignoramos con precisión lo que sufrieron y lo que aprendieron. No podemos apreciar la influencia edificante ó reprobadora sobre el mundo cristiano, menos apasionado que ellos, y sólo Dios sabe hasta qué punto sus exhortaciones fueron oídas y sus personas aceptas. Solo podemos afirmar con reverencia, que entre su gran muchedumbre ni uno solo parece haberse arrepentido de escoger este género de existencia; ninguno ha fenecido de melancolía ó suicidio: los sufrimientos á que personalmente se condenaron, jamás se los infligieron en la esperanza de abreviar las vidas que hicieron amargas y que también purificaron; y las horas de ensueño ó meditación en la montaña ó en la gruta, rara vez parece que se les han deslizado más lentas que las pasadas por nosotros, sin visión ni reflexión, en el embarcadero ó bajo el túnel.

31. Pero sea cualquiera el juicio que tras un postrero y honrado examen pueda formarse sobre las locuras ó virtudes de la vida anacoreta, seríamos injustos con San Jerónimo si le considerásemos como su introductor en el Occidente europeo. Cier-to es que lo ha cruzado como una fase de la disciplina espiritual; pero también representa en su íntegra naturaleza y en su obra final, no la inactividad malhumadora del Eremita, sino el trabajo entusiasta de un tutor ó conductor benevolente. Su

corazón hierve de continuo de admiración ó esperanza—persistiendo hasta el fin tan impetuoso como el de un niño, y como el de un niño cariñoso;— y las discrepancias del punto de vista protestante, que han desnaturalizado ó alterado su carácter, se reconocerán en un oscuro retrato de su real personalidad cuando lleguemos á comprender lo ingenuo de su fe y simpatizar un poco con la ardiente caridad, que si degenera á veces en indignación, nunca puede ser reprimida por la fuerza ó el cálculo.

32. La escasa confianza que deben inspirarnos los libros modernos que de él nos hablan, se demuestra con sólo leer los dos pasajes en que Milman ha expuesto de manera completamente distinta los principios directores de su conducta política. «Jerónimo comienza (!) y remata su carrera como monje de Palestina; no obtiene, *no aspira* á ninguna dignidad en la Iglesia. Aunque ordenado de presbítero contra su voluntad, elude la dignidad episcopal que se impuso á sus contemporáneos más distinguidos. (*Historia del Cristianismo*, Libro III.)

»Jerónimo abrigaba la secreta esperanza—si no era el objeto declarado de su ambición—de suceder á Dámaso como Obispo de Roma. La negativa que se le opuso, considerándole como un aspirante impropio para el caso por sus pasiones violentas, su manera insolente de tratar á los adversa-

rios, su falta de dominio sobre sí mismo, su facultad casi incomparable de encender los odios, ¿debe atribuirse á la sabiduría sagaz é intuitiva de Roma?» (*Historia del Cristianismo Latino*, libro I, cap. II.)

33. Como carácter ordinario que distingue á la «sagaz sabiduría» del clericalismo protestante, podéis observar que supone instintivamente que *el deseo de poder y jerarquía no solamente es universal* en el Sacerdocio, pues siempre resulta *puramente egoísta* en sus motivos. La idea de que sea posible desear el poder por el uso bienhechor que pueda hacerse de él, no se ofrece ni una sola vez en las páginas de los historiadores eclesiásticos contemporáneos. En nuestros estudios de los tiempos pretéritos, abstraeremos con permiso del lector todos los relatos de las «esperanzas abrigadas en secreto» y concederemos escasa atención á las razones de conducta medioeval que parezcan lógicas á los racionalistas y probables á los políticos (1). Sólo

(1) El hábito de atribuir á la conducta de los hombres sensatos y de corazón motivos explicables para los insensatos y posible para los perversos, ha arraigado en todos los historiadores vulgares: en parte por satisfacción y en parte por orgullo. Es horrible contemplar la abundancia de falsos testimonios que contra sus vecinos se hacen eco los escritores medianos, solo por redondear y fortificar sus triviales sentencias. «En efecto, Jerónimo admite con *humildad es-peciosa, pero sujeta á engaño*, la inferioridad del monje sin

nos ocuparemos en lo que estós singulares y fantásticos cristianos de los tiempos pasados dijeron ciertamente y seguramente hicieron.»

34. La vida de Jerónimo, de ningún modo «empieza como la de un monje de Palestina». Dean Milman no nos la explica como la de cualquier hombre; pero la infancia de Jerónimo fué en todo caso muy distinta de la que impone la reclusión ó la precocidad religiosa. Nació de padres ricos, que vivían de sus propias rentas. El nombre de su ciudad natal, Stridon, en el Norte de Iliria: nombre que se ha dulcificado hasta convertirse en Strigi, cerca de Aquileya. Se crió, pues, en el clima veneciano, en presencia de los Alpes y del mar. Tenía un hermano y una hermana, un excelente abuelo y un preceptor desagradable. Cuando Juliano murió, el año 363, todavía era un joven que estudiaba gramática.

35. Un joven de diez y ocho años, que se había distinguido en todos los centros de estudios clásicos; pero, muy lejos de ser monje, todavía no había abrazado el cristianismo;—ni siquiera esta-

ordenar en relación con el sacerdote ordenado», dice Milman en su capítulo undécimo, continuando su duda gratuita sobre la humildad de Jerónimo con una afirmación no menos gratuita sobre la ambición de sus adversarios. «El clero, *no hay duda*, tuvo el acierto de presentir al rival *peligroso* por su influencia y autoridad, que aparecía en la sociedad cristiana.»

ba preparado para cumplir los severos deberes que la vida romana le imponía!—aunque sí contemplaba con aversión los esplendores mundanos ó sagrados que brillaban ante sus ojos durante los días de estudiante que pasaba en la capital.

Pues como «el prestigio y la majestad del Paganismo todavía estaban concentrados en Roma, las divinidades de la fe antigua habían encontrado su postrer refugio en la capital del Imperio. Roma aún ofrecía para el extranjero aspecto de ciudad pagana. Contenía 152 templos y 180 altares ó capillas más pequeñas, consagrados á sus dioses tutelares, que servían para el ejercicio público del culto. El Cristianismo jamás se atrevió á apoderarse de estos edificios, que podía haber transformado para sus prácticas; todavía menos pudo destruirlos. Los edificios religiosos estaban bajo la custodia del prefecto de la ciudad, y el prefecto solía ser pagano; en ningún caso hubiese permitido que se alterase el orden de la ciudad, ni que se violase la propiedad pública. Dominando á la ciudad con sus torres estaba el Capitolio, en su majestad invulnerable y solemne, con sus 50 templos ó altares, que ostentaban los nombres más sagrados de los anales romanos, religiosos y civiles: los de Júpiter, de Marte, de Rómulo, de César, de la Victoria. Algunos años después de la exaltación de Teodosio al Imperio de Oriente, todavía se realizaban los sacrificios á expensas del público, como

ritos nacionales; *los pontífices hacían sus ofrendas en nombre de la humanidad entera*. El orador pagano llegaba hasta declarar que el Emperador hubiese temido acarrear peligros al Estado con su abolición. El Emperador aún ostentaba el título é insignias de Soberano Pontífice; los Cónsules subían al Capitolio antes de entrar en funciones; las procesiones religiosas pasaban á lo largo de las calles, repletas de gente, y el pueblo se aglomeraba en las fiestas y representaciones, que también formaban parte del culto pagano» (1).

36. Allí debió de oír Jerónimo que todas las sectas cristianas confiaban en el juicio de Dios para decidir entre ellas y su mayor enemigo—la muerte del Emperador Juliano. Pero yo no dispongo de ningún medio para trazar—ni siquiera conjeturar—el curso de sus propios pensamientos, hasta que la norma de su vida cambió totalmente con el bautismo. El candor, que forma la raíz de su carácter, nos ha legado una frase auténtica, que vale por varios volúmenes de confesiones corrientes respecto á esa mudanza: «No sólo abandonó padres y familia; *pero también los hábitos fastuosos de una vida refinada.*» Estas palabras vierten una luz meridiana sobre lo que nuestros ánimos menos vale-

(1) Milman. *Historia del Cristianismo*, vol. III, página 162.—Fijáos en las frases subrayadas, pues denotan el verdadero origen del Papado.

rosos consideran como una exagerada interpretación por parte de los neófitos de las palabras de Cristo:—«El que ame á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí». ¡Por intereses mucho más subalternos *somos* capaces de abandonar padre y madre, y no concebimos la necesidad de mayor sacrificio! Más sabríamos de nosotros mismos y del cristianismo, si con frecuencia hubiésemos de sostener la prueba que San Jerónimo consideraba más difícil. En sus biógrafos encuentro dispersas algunas muestras de su desdén, porque no pudo renunciar á una satisfacción:—el estudio: y las ordinarias burlas sobre la ignorancia y pereza de los monjes recaen, tratándose de él, en la flojedad de un elegante peregrino, que no podía llevar su biblioteca. Sería interesante saber (sin preocuparse absolutamente de la idea de Dios como ahora está en moda) si, prescindiendo del entusiasmo literario, que era en parte una flaqueza en el carácter de este anciano, la Biblia pudo convertirse en la Biblioteca de Europa.

37. Pues obsérvese que tal es el significado real y primordial de la palabra Biblia. No libro sencillamente, sino «Biblioteca», Tesoro de los Libros: y, lo repito, sería curioso saber hasta qué punto el espíritu de la Biblia hubiese penetrado en el corazón de los godos, francos y sajones bajo Teodórico, Clodoveo y Alfredo, si Jerónimo, en el momento mismo que su preceptora Roma quedó

despojada del poder material, no hubiese convertido á su lengua en el oráculo de la profecía hebráica, no se hubiese servido de ella para formar una literatura original y una religión exenta de los terrores de la ley mosaica.

38. El destino lo había dispuesto de otro modo, y Jerónimo fué un instrumento tan pasivo en sus manos, que sólo comenzó el estudio del hebreo como disciplina, sin presumir la misión que había de realizar: menos aún la transcendencia de tal realización. Contento creería que las palabras de Cristo, «Si no oyen á Moisés y á los Profetas, menos se persuadirán aunque resucitase á un muerto», repercutieron en el espíritu del recluso hasta el momento de resolverse á que la voz de Moisés y de los Profetas resonase en las Iglesias de toda la tierra; pero en tanto que nos es lícito juzgar, parece ser que tal voluntad y esperanza no alteraron los tranquilos instintos de su naturaleza estudiosa: en parte por docto ejercicio y en parte por distracción de viejo suavizó, al modo de un cristal veneciano, la severidad de la lengua latina al fuego cambiante del pensamiento hebráico; y el «Libro de los Libros» adoptó esa forma inmutable, que todo el arte futuro de Occidente se ha ocupado luego en interpretar prolijamente.

39. Y á este propósito debéis de tener en cuenta que el punto principal no consiste en traducir las Escrituras del griego y del hebreo á una lengua

más fácil y difundida, sino *en presentarlas á la Iglesia con carácter de autoridad universal.*

Los primeros gentiles conversos al Cristianismo propendían á difundir oralmente, pero exagerándola ó alterándola, la enseñanza del Apóstol de los Gentiles, hasta que su liberación de la servidumbre impuesta por la ley judáica dejó la puerta abierta á la duda sobre su inspiración, y tras la caída de Jerusalén llegó á sentir invencible terror por su observancia. De modo que pocos años después de elegir obispo al Gentil Marco el resto de los judíos desterrados en Pella, y de obtener permiso para volver á Elia Capitolina, edificada por Adriano en la montaña de Sión, «se convirtió en objeto de duda y de controversia el saber si un hombre que sinceramente reconociese á Jesús como el Mesías, pero que continuase observando la ley mosáica, podría salvarse» (1). De otro lado, los más cultos y ricos de entre los cristianos, designados generalmente con el apelativo de «conocedores» (Gnósticos), habían debilitado de un modo insidioso la autoridad de los Evangelistas, dividiéndose durante el decurso del siglo III «en más de cincuenta sectas distintas que puedan enumerarse, dando así origen á una muchedumbre de obras en que los dichos y hechos de Cristo y sus Apóstoles se adaptaban á sus doctrinas respectivas» (2).

(1) Gibbon, cap. XV (II, 277).

(2) Ibid., II, 283.—Su expresión, «los más cultos y ricos»

40. Sería empeño tan ímprobo como de inútil provecho el determinar en qué grado el consentimiento general de la Iglesia y en qué medida la vida é influencia de Jerónimo contribuyeron á fijar en su armonía y majestad—desde entonces inalterables—los cánones de las Escrituras, Mosáica y Apostólica. Lo único que al joven lector importa saber es, que cuando Jerónimo murió en Belén, este gran suceso estaba ya virtualmente realizado, y las series de libros históricos y didácticos que forman nuestra Biblia actual (sin excluir los apócrifos) reinaron desde entonces en el pensamiento naciente de los hombres más ilustres que han habitado el globo, como un mensaje que directamente les comunicase su Hacedor, conteniendo en sí lo que necesitaban saber cuanto á Sus designios posteriores sobre ellos, y ordenándoles ó aconsejándoles con divina autoridad y sabiduría infalible, lo mejor que podían hacer y lo más dichoso de desear.

41. Y solo quienes han obedecido sinceramente la ley pueden decir hasta qué punto han visto realizada la esperanza que en ellos infundió el Dictador de la Ley. Los peores «niños de la desobediencia» son los que aceptan del Verbo lo que les

debería recordarse como confirmación perdurable de que en el cristianismo las mentes modestas en concepciones, y las vidas desinteresadas, son las más idóneas para recibir lo que hay de eterno en los principios cristianos.

place y rechazan lo que les enoja: esta perversidad no siempre es consciente en ellos; pues la mayor parte de los pecados de la Iglesia los ha engendrado el entusiasmo que, en la meditación y defensa acalorada de las partes de la Escritura fácilmente comprensibles, ha desdeñado el estudio del resto y luego destruido su equilibrio. Qué formas reviste y qué caminos sigue el espíritu sectario antes de forzar el sentido de las Escrituras para perder á un hombre, debe ser objeto de estudio propio de los directores espirituales, no nuestro. La historia que nos importa aprender sepárase en absoluto de tal debate, y la influencia de la Biblia debe ejercerse exclusivamente sobre los que reciben el Verbo con alegría y lo obedecen con exactitud.

42. Sin embargo, siempre ha habido mayor dificultad en discernir la influencia de la Biblia que en diferenciar á los lectores honrados de los que profesan mala fe. El arraigo del Cristianismo en las almas de los hombres debe considerarse—para cuando estudiemos este punto más de cerca—de las siguientes maneras primordiales:—existe ante todo el poder de la Cruz misma (y de la doctrina de la salvación) sobre el corazón;—luego la acción de las Escrituras griegas y hebráicas sobre el espíritu;—y, en fin, las influencias morales de la enseñanza y el ejemplo que emanan de la jerarquía existente. Y cuando se quiere comparar á los hombres, tales como son y como podían haber sido, es-

tos tres problemas se ofrecen á la inteligencia:—primero, cuál hubiera sido el carácter de Europa sin la caridad y el trabajo significados por la frase «llevar la Cruz»;—segundo, qué forma hubiese revestido la intelectualidad europea sin la literatura bíblica;—y, por último, qué forma revestiría el orden social europeo sin su jerarquía.

43. Observaréis que he reunido las palabras «caridad» y «trabajo» en el término general de «llevar la cruz».—«Si alguno quiere seguirme que renuncie á sí mismo (por caridad), que tome su cruz (por el trabajo) y que me siga.»

La idea ha sido *exactamente* invertida por el protestantismo moderno, que ve en la cruz, no un patíbulo en el que ha de estar enclavado, sino una almadía donde él y todas sus propiedades (1) han de ser transportadas por las olas hasta el Paraíso.

44. Sólo, pues, cuando la Cruz se reciba con valor, la Escritura se medite honradamente y se escuche con fe al Pastor, podrá reconocerse la pura palabra de Dios y la brillante espada del Espíritu en el corazón y en la diestra de la Cristiandad. El efecto de la poesía y de la leyenda bíblicas en el pensamiento puede observarse á lo lejos, al través

(1) ;Uno de los aspectos más curiosos del pensamiento evangélico moderno, es la agradable conexión que establece entre la verdad del Evangelio y la extinción del comercio lucrativo! Véase más adelante la nota de la página 143.

de las edades de decadencia y de los campos sin límites;—produciéndonos el *Paraiso Perdido*, no menos que *La Divina Comedia*;—el *Fausto*, de Goethe, y el *Cain*, de Byron, no menos que la *Imitación de Cristo*.

45. Todavía más; el escritor que desea comprender lo más posible la influencia de la Biblia en la humanidad, necesita leer las interpretaciones que de ella han comunicado las grandes artes europeas en su época de apogeo. En cada provincia de la Cristiandad—en proporción al grado de potencia artística que poseía—aparecieron de un modo progresivo diversas series de ilustraciones de la Biblia: comenzando por las viñetas que ilustran los manuscritos, y pasando por la escultura de tamaño natural, acabaron por alcanzar toda su expresión en una pintura llena de vigor y de realidad. Estas enseñanzas y predicaciones de la Iglesia por medio del arte, no sólo es una de las partes más importantes de la universal Acción Apostólica del Cristianismo, pero también su estudio es una parte necesaria del estudio bíblico, aunque ningún hombre pueda comprender el sentido recóndito de la Biblia hasta que no haya aprendido á leer estos comentarios nacionales sobre ella ni apreciado su valor colectivo. El lector protestante que se imagine ser el más independiente de pensamiento y juicio al estudiar las Escrituras, está, sin embargo, á merced del primer predicador que posea una voz agra-

dable y una ingeniosa fantasía: agradecido y hasta respetuoso recibirá alguna interpretación de los textos que la voz agradable ó el ingenio alerta puedan recomendarle; pero al mismo tiempo ignorará completamente, y—si se abandona á su voluntad—hasta destruirá como injuriosas las interpretaciones de las Escrituras, profundamente meditadas, que han sido sancionadas en su esencia por el consentimiento de toda la Iglesia Cristiana desde hace mil años, y cuya forma ha llegado á su más alta expresión gracias al arte tradicional y á la imaginación inspirada de las almas nobilísimas clausuradas en mortal arcilla.

46. Hay pocos padres de la Iglesia Cristiana cuyos comentarios sobre la Biblia, ó cuyas personales teorías sobre el Evangelio, no hayan sido—en la exaltación constante de los enemigos de la Iglesia—alterados ó envilecidos por las cóleras de la controversia, ó debilitados y desnaturalizados por la irreconciliable heregía. Por lo contrario, la enseñanza de las Escrituras, dadas con arte por hombres como Orcagna, Giotto, Angélico, Luca della Robbia y Luini, está literalmente exenta de cualquier mácula terrestre que hubiese podido depositar en ella una pasión momentánea; su paciencia, su dulzura y su calma, son incapaces de errar por temor ó por cólera; sin peligro pueden decir lo que quieren; están encadenados por la tradición á una especie de fraternidad, que representan, sir-

viéndose de escenas inalterables, doctrinas no corrompidas; y están constreñidos, por la naturaleza misma de su obra, á meditar y emplear un procedimiento de composición, que conduce al más puro estado y al empleo más franco del poder intelectual.

47. Desde luego—y sin necesidad de volver sobre este punto—puedo determinar la diferencia que en dignidad y en seguridad existe entre la influencia mental de la literatura y del arte, transcribiendo un pasaje que pone hermosamente de manifiesto el carácter dulce y sencillo de San Jerónimo, aunque no sea tan favorable la intención en el lugar donde lo encontramos: en la preciosa carta de la reina Sofía Carlota (abuela de Federico el Grande) al jesuíta Vota, reproducida en parte por Carlyle en su primer volumen, cap. IV.

«¿Cómo San Jerónimo, por ejemplo, puede servir de clave para la Escritura?», insinúa ella; citando esta notable confesión de Jerónimo sobre su manera de componer los libros;—singularmente de su método en este libro: *Comentarios sobre los Gálatas*, donde acusa á Pedro y á Pablo de simulación y aun de hipocresía. El gran San Agustín le atribuyó esta deplorable acusación (dice Su Majestad, que cita el capítulo y el párrafo), y Jerónimo replica: «He seguido en este punto los comentarios de Orígenes, de...» (aquí cinco ó seis diferentes personajes, que más adelante cayeron en la he-

rejía, antes de que Jerónimo rompiese con ellos). «Y para deciros la verdad honrada», continúa Jerónimo, «he leído todo eso, y luego de haber atestado mi cabeza con una porción de cosas, he llamado á mi amanuense y le he dictado tanto mis propios pensamientos como los ajenos, sin preocuparme del orden, á veces ni de las palabras, ordinariamente ni del sentido!» En otro lugar (en el mismo libro, más adelante) (1), dice: «No escribo personalmente: tengo un amanuense y le dicto lo que me acude á los labios. Si quiero reflexionar un instante, ó expresar mejor el concepto, ó una cosa mejor, frunce las cejas y me dice con toda su fisonomía que no puede soportar la espera.» «Hé aquí un viejo y sagrado caballero del que no debemos fiarnos para interpretar las Escrituras»—piensa Su Majestad, aunque no lo diga—y deja al P. Vota en sus reflexiones. ¡Ah, no, Reina Sofía: ni á los del viejo San Jerónimo, ni á ningún otro labio ó mente humana, debemos de fiarnos en tales negocios, sino á la Eterna Sofía, al Poder de Dios y á la Sabiduría de Dios! Pero sí podéis advertir en vuestro viejo intérprete que es completamente franco, inocente, sincero; y que, al través de semejante persona, olvidado de su autor ó apresurado por el escriba, es muy probable que entendáis lo que el

(1) *Comentarios sobre los Gálatas*, cap. III.

Cielo considera de mejor para vos, y grandemente improbable que os pervirtáis, aunque sea en mínimo grado; mientras que un maestro prudente y experimentado en los artificios del arte literario, reticente en sus dudas y hábil en sus decires, puede inocularos todo linaje de prejuicios y errores; y esto de un modo aceptable, á veces fatalmente, aunque en ningún momento os haya requerido para que confiéis en su inspiración.

48. Pues, en verdad, la única confianza y la seguridad única que en tales materias podemos poseer ó esperar, radican en nuestro propio deseo de ser rectamente guiados y en nuestra buena voluntad de seguir con ingenuidad el camino propuesto. Pero todas nuestras concepciones y discursos á propósito de la inspiración, están adulteradas por nuestros hábitos: primero de distinguir falsamente—ó, al menos, innecesariamente—entre la inspiración de las palabras y de los actos; y luego por nuestra propensión á atribuir una fuerza ó sabiduría infusas á ciertas personas ó escritores, en lugar de referirlas al cuerpo total de creyentes, en tanto que participan de la Gracia de Cristo, del Amor de Dios y de la Comunión del Espíritu Santo. Según el grado con que cada cristiano participe ó rechace los múltiples dones expresados en esta bendición general, entrará en la herencia de los Santos ó de ella se despojará; en la medida exacta con que reniegue á Cristo, encolerice al Padre ó

enoje al Espíritu Santo, perderá la inspiración y la santidad; y en la medida con que crea en Cristo, obedezca al Padre y se someta al Espíritu Santo, advendrá inspirado en el sentimiento, en la palabra, en la acción, en la recepción de la palabra, según las potencias de su naturaleza. No se encontrará dotado de más insignes aptitudes, ni llamado al ejercicio de una función nueva; pero se sentirá capaz de emplear las facultades naturales que se le han concedido, donde sea preciso y para el fin mejor. Un niño está inspirado como niño; una jovencita, como jovencita; los débiles, en su debilidad misma; pero los sabios sólo en sazón oportuna.

Esta es la sencilla y bien determinada *teoría* de la inspiración para todos los verdaderos miembros de la Iglesia: su verdad solo puede conocerse sometiéndola á prueba; pero creo que no hay memoria de hombre que la haya probado y declarado vana (1).

(1) Léase el último párrafo de la pág. 45 en *El Altar de los Esclavos*. Es curioso que en el momento de revisar esta página para enviarla á la imprenta se me remita un recorte del periódico *The Christian*, donde hay un comentario del editor evangélico ortodoxo que podría servir, andando el tiempo, para diferenciarnos la herejía de su secta; en su extrema audacia *opone* actualmente el poder del Espíritu Santo á la obra de Cristo. (Hubiese deseado encontrarme en Matlock para oír el amable sermón del médico.)

49. Por encima de esta teoría de la inspiración general existe la de una apelación y orden especial, que dicta los actos inmediatos que han de realizarse, ó de las palabras que deben pronunciarse. No

«El sábado pasado ha podido presenciarse en el Derbyshire un espectáculo interesante y poco común:—Dos Amigos ataviados á la antigua usanza, con el vestido original de los Cuáqueros, predicaron junto al camino á un numeroso y atento auditorio de Matlock. Uno que posee como médico buena clientela en el condado, su nombre Dr. Carlos A. Fox, dirigió enérgica exhortación á sus oyentes para que cada cual viviese conforme á la luz del Espíritu Santo, que reside en la persona. Cristo, *dentro* de nosotros, era la esperanza de la gloria, y porque estaba secundado en su ministerio por el Espíritu Santo nos hemos salvado gracias á Él, que se convirtió así en principio y fin de la ley. También recomendó á su auditorio que no edificase en la arena, creyendo en el libre y cómodo Evangelio que habitualmente se predica en los caminos, cual si hubiésemos de salvarnos «creyendo» esto ó aquello. Nada, excepto la acción del Espíritu Santo sobre el alma de cada individuo, puede salvarnos; y predicar otra cosa es abusar sencillamente de los sencillos y de los crédulos del modo más terrible.

»[Sería desleal criticar un discurso sirviendo de elemento tan breve resumen; pero debemos expresar nuestra convicción: y es, que la obediencia á Cristo hasta la muerte, la muerte en la Cruz, mejor que la influencia del Espíritu Santo sobre nosotros, constituye la nueva para los pecadores.—ED.]»

Frente á tal fragmento de la moderna prensa teológica de Inglaterra colocaré los versículos 4.º, 6.º y 13.º de los Romanos, VIII, marcando con itálicas las expresiones que en-

quiero entrar por ahora en el examen de los testimonios de tan efectiva elección; ésta no la han reivindicado los Padres de la Iglesia para ellos ni para la colectividad de los escritores Sagrados; solo la han atribuído á algunos pasajes dictados en ciertos momentos por necesidades especiales; y no es posible asociar la idea de verdad infalible á ninguna forma del lenguaje humano en que se nos han comunicado esos pasajes excepcionales. Pero del volumen entero que los contiene—tal como lo poseemos y leemos, y tal como cada uno puede traducirlo á su lengua propia—puede afirmarse que, aunque mezclado de un misterio que no se nos exige descifrar ó de dificultades que sería imprudente resolver, contiene la plena enseñanza para todos los hombres de cualquier rango anímico ó posición social: enseñanza que, si honrada é implícitamente acatan, los hará felices ó inocentes en la íntegra fuerza de su naturaleza y aptos para vencer todas las adversidades que radican en la tentación ó en el dolor.

cierran mayor importancia y suelen desdeñarse: «Para que *la justicia de la LEY* pueda realizarse *en nosotros*, que marchamos, no según la carne, sino conforme al Espíritu... Pues tener la mente *convertida* á las cosas carnales es muerte, pero pensar en las cosas espirituales es vida y paz... Pues, si vivís según la carne, moriréis; pero si mortificáis *en provecho del Espíritu* los actos del cuerpo, viviréis.»

Sería útil á la Cristiandad que se explicase el servicio bautismal á los que se proponen abjurar.

50. En efecto, sólo los Salmos, que prácticamente fué el libro de oficios de la Iglesia durante varios siglos, contiene en su primera mitad la suma de la sabiduría individual y social. Los salmos 1.º, 8.º, 12.º, 14.º, 15.º, 19.º, 23.º y 24.º, bien aprendidos y creídos, bastan para la conducta personal; los 48.º, 72.º y 75.º, contienen la ley y la profecía del gobierno justo, y cada descubrimiento de la ciencia natural está previsto en el 104.º

51. Cuanto al contenido del volumen entero, considerad si puede comparársele, ni tiene tanta transcendencia cualquier otro ciclo de literatura histórica y didáctica.

Contiene:

I. La historia de la Caída y del Diluvio, las grandes tradiciones humanas fundadas en el horror del pecado.

II. La historia de los Patriarcas, cuya permanente verdad aun hoy resulta visible en la historia de las razas judía y árabe.

III. La historia de Moisés, con sus resultados para la ley moral del universo civilizado.

IV. La historia de los Reyes—virtualmente la de todo Reinado, en David, y de toda Filosofía, en Salomón: que llega á su más alta expresión en los Salmos y Proverbios, con la sabiduría aún más intensa y práctica del Eclesiastés y del Hijo de Sirach.

V. La historia de los Profetas—virtualmente la del misterio más arcano, más trágico, más fatalmente perpetuo, de la existencia nacional.

VI. La historia de Cristo.

VII. La ley moral de San Juan, que encuentra en el Apocalipsis su realización.

Preguntáos si podéis comparar ese cuadro de materias, no ya con ningún «libro», sino con ninguna «literatura». Intentad, en tanto que os sea posible,—adversarios ó defensores de la fe—de emancipar vuestra inteligencia de la asociación que el hábito ha establecido entre ella y el sentimiento moral sustentado en la Biblia, y preguntáos qué literatura podría haber ocupado su puesto ó realizado su función, aunque todas las bibliotecas del universo hubiesen permanecido incólumes y escritas todas las palabras de los maestros más llenos de sabiduría.

52. No siento ninguna aversión por la literatura profana. Tan poca siento, que me figuro que ninguna interpretación de la religión griega haya sido tan afectuosa, ninguna de la religión romana tan reverente, como la que forma la base de mi enseñanza del arte y circula por el conjunto de mis obras. Pero los símbolos de Homero y la fe de Horacio los he aprendido en la Biblia. El deber que desde niño me impusieron de leer cada palabra del Evangelio y de las profecías como si la hu-

biese escrito la mano de Dios, me prestó el hábito de una atención respetuosa, que más adelante dió á muchos pasajes de escritores profanos, frívolos para un lector irreligioso, profunda gravedad para mí. Hasta qué extremo se ha paralizado mi espíritu con las faltas y tristezas de la vida—hasta dónde llega mi breve conocimiento de la vida, comparado con el que podía haber adquirido de seguir fielmente en el camino de la luz que se me ofreció—no puedo conjeturarlo ó confesarlo; pero como nunca he escrito para mi propia satisfacción ó para mi fama, me he preservado—como se preservarán siempre los hombres que escriben así—de los errores peligrosos para los demás; y las expresiones fragmentarias de sentimientos ó doctrinas que de tiempo en tiempo me he permitido comunicar, podrán ofrecerse ahora á un lector atento relacionándose á un sistema general de la interpretación de la literatura sagrada, cristiana y clásica á la vez—que le hará capaz de simpatizar sin injusticia con la fe de las almas cándidas y generosas de todos los tiempos y países.

53. De que *hay* una literatura clásica Sagrada, que corre paralela con la hebrea y se incorpora á las leyendas simbólicas de la Cristiandad medioeval, se demuestra del modo más tierno y expresivo en la influencia independiente y, sin embargo, análoga de Virgilio en el Dante y en el obispo Gwayne Douglas. En épocas más remotas, la ense-

ñanza de cada maestro formado en las escuelas de Oriente, estaba necesariamente inspirada en la sabiduría de los mitos griegos; y así, la historia del León de Nemea vencido con la ayuda de Atenea, es la raíz verdadera de la leyenda del compañero de San Jerónimo, vencido por la bondad curativa del Espíritu de la vida.

54. Sólo la denomino leyenda. Si Hércules mató, ó San Jerónimo curó á la bestia salvaje ó herida, tiene muy poca importancia para enseñarnos lo que los griegos pretendían representar en el gran combate grabado en sus vasos, ó los pintores cristianos en la firmeza del Amigo del León, tema asiduo de sus cuadros. Una tradición más antigua corre siempre paralela en simbolismo con la fábula dórica en la historia de Sansón—el Profeta desobediente—la primera victoria inspirada de David, y finalmente, del milagro obrado en la defensa del más favorecido y fidedigno de los grandes profetas; pero la leyenda de San Jerónimo vivifica la profecía del Milenario, y predice con la Sibila de Cumas y con Isaías un día en que al Temor del Hombre no corresponderá el odio, sino la bendición en los séres inferiores,—cuando ya no exista el mal ni la destrucción en toda la Santa Montaña, y la Paz de la Tierra se aleje tanto de su actual tristeza como el glorioso universo animado lo está del desierto naciente, cuyas oquedades eran la morada de los dragones y sus montañas las cúpulas del fuego.

Ese día no lo conoce ningún hombre; pero el Reinado de Dios ha venido ya para los que han domado en sus propios corazones lo que es rampante en la naturaleza inferior, y han aprendido á amar lo que es amable y humano en los hijos errantes de las nubes y los campos.

AVALLON. - 28 Agosto, 1882.

CAPÍTULO IV

INTERPRETACIONES

I. Es privilegio reconocido á todo sacristán que ama su catedral, el desdeñar en sus comparaciones á las otras catedrales del país que se parecen á la suya, y á todos los edificios del globo que se le diferencian. Pero yo amo demasiadas catedrales—aunque no haya tenido la fortuna de ser sacristán en ninguna—para permitirme ese fácil y tradicional ejercicio de semejante privilegio, y necesito exponer, ante todo, mi sinceridad y juicio, confesando que la catedral de AMIENS no tiene por qué envanecerse de sus torres,—que su fachada central es, sencillamente, el gracioso capricho de un carpintero de aldea,—que su total estructura arquitectónica es inferior, en dignidad, á Chartres; en sublimidad, á Beauvais; en decorativo esplendor, á Reims, y en la gracia de las figuras esculpidas, á Bourges. Nada tiene de semejante con el

hábil mamposteo y las molduras de las arcadas de Salisbury;—nada con el vigor de Durham;—nada con las incrustaciones dedalianas de Florencia, ni con el resplandor de mística fantasía de Verona. Y, sin embargo, en conjunto es superior á ellas: á todas supera en fuerza y magnificencia la catedral de Amiens, mereciendo el nombre que Viollet-le-Duc le dió, de «El Partenón de la Arquitectura Gótica» (1).

2. De la Arquitectura Gótica, entendedlo bien: Gótica exenta de tradición romana y de influencia arábica; Gótica pura, autónoma, insuperable é impugnable;—apenas se comprenden y aceptan sus principios propios de construcción.

No existe hoy viajero culto sin noción de lo que desea significarse con lo que común y justamente se llama «pureza de estilo» en las modalidades del arte que han cultivado las naciones civilizadas, y son muy pocos los que ignoran las intenciones distintivas y el carácter propio del gótico. El propósito de un buen arquitecto gótico era erigir, con la piedra misma del sitio donde iba á edificar, un edificio tan alto y espacioso como fuese posible, con calculada y visible seguridad, sin in-

(1) Más exactamente de la arquitectura francesa, al menos en el pasaje citado: *Diccionario de la Arquitectura*, vol. I, pág. 71; pero en el artículo *Catedral*, se le llama (vol. II, pág. 330) «l'église ogivale par excellence».

vertir un tiempo prolongado y fatigoso, ni gastar excesivo y agobiador trabajo humano.

No quiso agotar por el orgullo de una ciudad las energías de una generación ó los recursos de un reinado: erigió para Amiens y con la hacienda de Amiens; con las rocas del Soma (1) y bajo la dirección sucesiva de dos obispos: uno que echó los cimientos del edificio, y otro que dió gracias por su realización. Su objeto como artista—así como el de todos los arquitectos sagrados del Norte—era admitir tanta luz en el edificio como fuese compatible con su solidez, hacer una estructura admirable á la razón—pero no por curiosa ó confusa,—y enriquecer y fortificar esa estructura con

(1) Era un principio generalmente admitido por los arquitectos franceses de las grandes épocas, el emplear las piedras de sus canteras como de ellas las extraían; si los yacimientos eran rudos, las piedras se empleaban en su plena rudeza—y si eran delgados, en su inevitable delgadez, ajustándolas con admirable cuidado y siguiendo el sentido del centro de gravedad. Los bloques naturales jamás se pulían; sólo se les escuadraba para adaptarlos exactamente; todo el vigor ingénito y la cristalización de la piedra se conservaban así incólumes—*«ne dédoublant jamais une pierre. Cette méthode est excellent, elle conserve à la pierre tout sa force naturelle,—tous ses moyens de résistance.»* Véase M. Viollet-le-Duc, Artículo «Construction» (Materiaux), volumen IV, p. 129.—Y añade el dato verdaderamente notable de que *todavía hoy se desconoce en setenta departamentos franceses el empleo de la piedra serrada.*

ornamentos suficientes para embellecerla, sin dejarse arrastrar por un entusiasmo excesivo, ni pretender mostrar su habilidad en un momento de egoísmo ó de insolente embriaguez artística; y, finalmente, quería hacer con la escultura de sus muros y puertas un alfabeto y un epítome de la religión, cuyo conocimiento é inspiración permitiese tributar dentro un culto acepto al Señor, cuyo Temor residía en Su Santo Templo y Su Trono en el Cielo.

3. No es fácil para los habitantes de esos modernos agregados de malas construcciones y peores vidas tenidas en respeto por los arquitectos—pues hemos convenido en que las calles anchas están consagradas á estimular el vicio, y las estrechas á encubrir la miseria—no es fácil, repito, que el habitante de una ciudad tan despreciable comprenda el sentimiento que á un burgués de los tiempos cristianos inspiraba la suya. Para él, el texto es sencillo y francamente creído. «Donde dos ó tres se congregan en Mi nombre, allí estoy entre ellos», contenía una superior promesa aplicándose á mayor número de honradas y laboriosas personas congregadas en su nombre.—«Ese será mi pueblo, y yo seré su Dios»;—estas palabras recibían para ellos un sentido mucho más profundo por la creencia amablemente local é ingenuamente simpática de que Cristo, siendo judío entre los judíos y galileo entre los galileos, era también un compatriota don-

dequiera que tuviese un grupo de discípulos—por pobres que fuesen—y que su propio «Beau Christ d'Amiens» era tan su compatriota como si hubiese nacido de una virgen picarda.

4. Sin embargo, conviene recordar—y este es un punto teológico en que se funda el proceso arquitectónico de las basílicas septentrionales—que la parte del edificio donde se creía constante la presencia divina, como en el Santo de los Santos judío, era el coro cerrado, ante el cual las naves y los cruceros podrían convertirse en la Sala de Justicia del Rey como en la Sala del Trono de Cristo, y cuyo altar mayor estaba siempre protegido de naves que lo rodeaban al Este por una verja del más fino trabajo artístico, mientras que de estas naves irradiaba una serie de capillas ó celdas consagradas á santos particulares. Esta concepción de Cristo rodeado de sus Santos (la capilla del extremo Este pertenecía á la Virgen) inspiraba la completa disposición del ábside con sus soportes y separaciones de arbotantes y entrepaños; y las formas arquitectónicas no podrían deleitarnos si no simpatizásemos con la concepción espiritualista de que han emanado. Hablamos locamente de los símbolos y alegorías: en la antigua arquitectura cristiana, cada parte debe entenderse *literalmente*: la catedral *es* para sus constructores la Casa de Dios;—está circundada, como la de un rey terreno, de edificios más pequeños para sus servidores; y

las gloriosas esculturas que al exterior ornan sus muros y en el interior las tallas del coro que un rector inglés casi instintivamente creería destinadas á la glorificación de los canónigos, eran en realidad la manera con que el carpintero amienés hacía agradable la casa de su Maestro-Carpintero (1) y mostraba su ingénito é insuperable talento de carpintero ante Dios y los hombres.

5. Sea lo que quiera lo que hayáis de ver ó dejar de ver en Amiens, si las responsabilidades abrumadoras de vuestra existencia y la acelerada locomoción á que ésta obliga os dejan un sólo cuarto de hora tranquilos para la contemplación de la capital de Picardía, consagradlo plenamente al coro de la catedral. Naves y pórticos, ventanas ojivales y rosetones, podréis verlos en otra parte lo mismo que aquí—pero este trabajo de ebanistería no lo encontraréis fuera. Es lo flamígero en su pleno

(1) El lector filósofo podrá «descubrir» y «alegar» todos los motivos carnales que guste:—competencia con el vecino de Beauvais—reposo para las cabezas soñolientas—solaz y alivio para los riñones, y otros muchos. A la postre advertirá que ninguna cantidad de competencia ni grado de comodidad podrán producir nada que igualase á esta escultura;—todavía menos su propia filosofía, cualquiera que fuese el sistema, y que fué, en verdad, el granito de mostaza de la fe, juntamente con una cantidad notabilísima de honradez en las costumbres y en el carácter, lo que contribuyó á que todo lo demás se inclinase á lo mejor.

desarrollo, hasta que el siglo quince expira: tiene algo de la pesadez flamenca y del amable fuego francés; pero tallar la madera es la alegría picarda desde su juventud, y—al menos que yo sepa—nada se ha tallado tan hermoso en los buenos árboles del mundo entero.

Este trabajo se realiza en madera suave y granulosa, la encina *preparada* y escogida para tal obra, que al golpearla ahora resuena como hace cuatrocientos años. Bajo la mano del tallista parece modelarse como barro, plegarse como seda, brotar como vivientes ramas, surgir como animadas llamas. Los doseles coronando á los doseles, los pináculos surgiendo de los pináculos—todo esto nace y se entrelaza con una nitidez encantadora, inextricable, imperecedera, más llena de follaje que ningún bosque y más rica de historia que ningún libro (1).

(1) Arnolde Boulín, carpintero (menuisier) en Amiens, solicitó el trabajo y lo obtuvo en los primeros meses del año 1508. Se signó un contrato, acordando que construiría ciento veinte sillas de coro sobre motivos históricos, altos respaldos, doseles piramidales. Se dispuso que el principal trabajador ganaría siete *sous* de Tournay (un poco menos que el *sou* de Francia), diarios para él y para su aprendiz, y el superintendente de la obra entera doce coronas al año, á razón de veinticuatro *sous* la corona. El salario de cada obrero montaba á tres *sous* al día. Para tallar las sillas de coro y los motivos históricos que debían tratar, se concertó precio separado con Antonio Avernier, grabador de imáge-

6. Jamás he sido capaz de decidir cuál sería la mejor manera de acercarse por primera vez á la catedral. Si gozáis de plena libertad, si el día es

nes, residente en Amiens, á razón de treinta y dos *sous* la pieza. La mayor parte de la madera procedía de Clermont-en-Beauvoisis, cerca de Amiens; las mejores, destinadas á los bajorrelieves, de Holanda, por Saint-Valery y Abbeville. El Capítulo designó á cuatro de sus miembros para vigilar el trabajo: Juan Dumas, Juan Fabres, Pedro Vuaille y Juan Lenglaché, á quienes mis autores (ambos canónigos) atribuyen la elección de los motivos, del sitio en que había de colocárseles y de la iniciación de los obreros «au sens véritable et plus élevé de la Bible ou des legendes, et portant quelque fois le simple savoir-faire de l'ouvrier jusqu'à la hauteur du génie du théologien».

Sin pretender determinar la parte que en cada cosa corresponde al *savoir-faire* y á la teología, nos limitaremos á notar que toda la muchedumbre, maestros, aprendices, trabajadores, grabadores de imágenes y los cuatro canónigos, se pusieron manos á la obra el día 3 de Julio del año 1503 en la gran sala del episcopado, que había de servir á la vez de gabinete de trabajo para los artistas y de taller para los obreros mientras durase la empresa. Al año siguiente, otro carpintero, Alejandro Huet, se asoció á la corporación para hacer las sillas que hay á la derecha del coro, mientras Arnoldo Boulín continuaba las de la izquierda. Dejando que su nuevo asociado dirigiese algún tiempo, Arnoldo fué á Beauvais y Saint Riquier para ver las ensambladuras; y en Julio de 1511 ambos maestros se dirigieron á Roán «pour étudier les chaires de la cathédrale». Además, el año precedente fueron llamados por el Capítulo de Amiens dos franciscanos, frailes de Abbeville, «expertos y famosos en trabajos de madera», para que diesen su consejo sobre las

bello y no os asusta una hora de marcha, lo que debéis hacer es descender por la calle principal de la antigua ciudad, cruzar el río y dirigiros en

obras en realización, obteniendo cada uno veinte *sous* por su dictamen y los gastos de viaje.

En 1516 otro nombre importante aparece en la relación de las cuentas:—el de Juan Trupin, «un sencillo obrero con salario de tres *sous* al día», pero sin duda un buen escultor lleno de fuego, al que corresponde de fijo el retrato exacto, hecho de su propia mano, el brazo de la 85.ª silla (á la derecha, el más próximo al ábside); al pie se lee su nombre, JHAN TRUPIN, y también se le encuentra bajo la 92.ª silla con la invocación: «Jan Trupin, Dios té ayude» (*Dieu te pourvoie*).

La obra íntegra quedó terminada el día de San Juan, 1522, sin sufrir ninguna interrupción (al menos, que sepamos) por desacuerdo, muerte, mala fe ó incapacidad entre los que trabajaban juntos, maestros ó criados. Y cuando las cuentas fueron revisadas por cuatro miembros del Capítulo, resultó que el gasto total era de 9.488 libras, 11 *sous* y 3 óbolos (décimas), ó 474 napoleones, 11 *sous*, 3 décimas de la moneda francesa moderna, ó en cifras redondas 400 libras esterlinas inglesas [diez mil pesetas].

Por tal suma un grupo, probablemente de seis ú ocho buenos obreros, viejos y jóvenes, se ha regocijado y trabajado durante catorce años, y lo que ahora estáis contemplando (el coro de la catedral) es lo que os han dejado como resultado y presente.

No he analizado las tallas hasta el punto de poder designar con alguna precisión la obra de los diferentes maestros; pero, en general, el motivo de la flor y de la hoja en los ornamentos pertenecen á dos principales carpinteros y á sus aprendices; el trabajo tan acabado que se inspira en

seguida á la colina calcárea donde la ciudadela echa sus cimientos y de la que á medias recibe sus murallas:—ascendedla hasta la cúspide y mirad hacia abajo, hacia el foso seco de la ciudadela—ó mejor, seco valle de la muerte, casi tan profundo como una cañada del Derbyshire (ó para ser todavía más exactos, como la parte superior del «Valle feliz», en Oxford, sobre el Bajo Hincksey); y luego, elevad los ojos hasta la catedral, remontando las pendien-

los relatos de la Escritura pertenece á Avernier, y está intercalado de algunas obras maestras incidentales, debidas á Trupin; los enlaces y ensambladuras están hechos por los trabajadores ordinarios. No se han empleado los clavos—todo está hecho como con mortero, y tan hermosamente, que las juntas aún no se han dilatado y son todavía casi imperceptibles. Las cuatro pirámides terminales «las tomariais por pinos gigantes olvidados durante seis siglos en el lugar donde se erigió la iglesia: al primer golpe de vista puede verse únicamente un derroche inaudito de esculturas y de confusa ornamentación; pero vistas y analizadas de cerca resultan maravillas de orden y sistema en la construcción, asociando toda la ligereza, fuerza y gracia de las flechas más celebradas en la última época de la Edad Media».

Los anteriores detalles se han extractado—ó sencillamente traducido—de la excelente descripción hecha en *Stalles et les Clôtures du Chœur* de la Catedral de Amiens, por MM. los Canónigos Jourdain et Duval (Amiens, Viuda de Alfredo Caron, 1867). Los diseños litográficos que la acompañan son superiores, y el lector encontrará en ellos las series enteras de motivos indicados con precisión y brevedad, así como todos los informes sobre el coro, de que no puedo hablar en este resumen destinado á los viajeros.

tes de la ciudad: así os daréis cuenta de la altura y relación que existen entre la torre y la ciudad;— luego, tornando á ésta, buscad el camino que conduce á su Monte Sión por no importa qué serie de callejuelas y puentes que encontréis—cuanto más tortuosas y sucias aquéllas, mejor—y cuando así lleguéis ante la fachada Oeste ó al ábside, los encontraréis dignos de todas las fatigas que os hayáis previamente impuesto.

7. Pero si el día está melancólico, como suele ocurrir (aun en Francia) desde hace algunos años—ó si no queréis ó no podéis andar, lo que es muy fácil, á causa de nuestros deportes atléticos y *lawn-tennis*—ó si realmente deseáis ir á París esta misma tarde y sólo deseáis ver lo que en una ó dos horas sea posible,—en ese caso, y á pesar de tantas contrariedades, seréis relativamente felices y os convendrá saber el camino que debéis de tomar para contemplar algo útil. *Creo* que el mejor camino es empezar desde el «Hôtel de France» ó la Plaza de Perigord, subir por la Calle de los Tres Guijarros en busca de la estación. Paráos un momento en el camino para tomar aliento, y comprad algunas tortas ó bombones para los niños en cualquiera de las encantadoras pastelerías que hay á la izquierda. Apenas las hayáis rebasado, preguntad por el teatro, y enseguida encontraréis—también á la izquierda—tres arcadas abiertas por las que podréis pasar: á vuestra espalda quedará el Palacio

de Justicia y os encontraréis ante el crucero Sur, que, en verdad, es digno de ser admirado. Es sencillo y severo en su base, delicadamente trabajado en la parte superior, y parece de una sola pieza—aunque no lo sea. Todos *deben* de amar la audaz y transparente cinceladura de la flecha que lo corona y que parece inclinarse al viento Oeste—aunque no ocurra así—pues la inclinación es un largo hábito contraído gradualmente, con graciosa y progresiva sumisión, durante los últimos trescientos años. Y apenas se llega al pórtico, todos deben de amar á la linda Madona francesa que ocupa el centro, con su cabeza un poco ladeada y lo mismo su limbo, como un sombrerito. Una Madona de la decadencia, á pesar—ó mejor dicho, á causa—de su lindeza y de su alegre sonrisa de doncella: nada tiene que hacer en este sitio, pues es el pórtico de San Honorato, no el suyo. Rudo y gris, San Honorato tenía costumbre de esperar allí para recibirnos: ahora se encuentra en el pórtico Norte, por donde nadie entra. Ocurrió este cambio hace tiempo, en el siglo XIV, cuando el pueblo empezó á encontrar el cristianismo demasiado grave, é imaginó para Francia una fe más alegre, y quiso tener en todas partes Madonas doncellas de miradas brillantes, dejando que á su Juana de Arco, la de los ojos sombríos, la quemasen por hechicera. Desde entonces las cosas fueron alegremente, «ça allait, ça ira», hasta los más alegres días de la guillotina.

Peró en el siglo décimocuarto aún sabían esculpir, y la Madona y su florida hornacina son dignas de que las contempléis, y todavía más las esculturas tan delicadas y tranquilas que hay encima, las cuales nos cuentan la historia de San Honorato, de que tan poco se habla en el arrabal parisién que ostenta su nombre.

8. No os quiero entretener contándoos la historia de San Honorato (sólo deseo comunicaros á este propósito alguna curiosidad, si es posible)(1), pues, sin duda, estáis impacientes de entrar en la iglesia, y no hay mejor manera de entrar que por esta puerta. Pues todas las catedrales de alguna importancia producen casi el mismo efecto cuando entráis por la puerta Oeste; pero yo no conozco otra que ofrezca tanta nobleza desde el crucero interior Sur; el rosetón de enfrente es de una exquisita finura y de una transparencia encantadora; los pilares de las naves del crucero forman grupos maravillosos con los del coro y la nave. Os daréis más precisa cuenta de la altura del ábside, si se os ofrece á medida que vais del crucero á la nave central, en lugar de verla súbitamente desde la extremidad Oeste de la nave; una persona irreverente es muy posible que desde aquí considere más estrecha la nave que alto el ábside. Ahora

(1) Véanse los §§ 36, 112-114, en la edición de *The Two Paths*.

bien; si me permitís que os sirva de guía, entrad por esta puerta del crucero Sur (y depositad una moneda en la alcancía de cada mendigo que allí implora;—poco os importa saber si deben estar allí ó no, ni si son dignos de la moneda;—sabad sólo si tenéis derecho á que haya alguien al que podáis dar, y dadle benévolamente, y no como si la limosna os abrasase los dedos). Luego, una vez dentro, procurad recibir una primera impresión de conjunto, que habrá de agradaros, prometiendo al sacristán que volveréis para ver más convenientemente (pensad sólo en cumplir vuestra promesa), y, durante el primer cuarto de hora, sólo veáis lo que el capricho os aconseje;—pero, al menos, contemplad el ábside desde el centro de la nave, y todas las partes transversales del edificio. Cuando hayáis dejado aquel lugar, sabréis con qué fin ha trabajado el arquitecto y lo que significan los contrafuertes y primores de cristalería; pues es preciso representarse el exterior de una catedral francesa—excepto las esculturas—como el reverso de una tela, que os ayuda á comprender cómo los hilos van trazando el dibujo tejido ó bordado por el anverso. Y si no sentís admiración por este coro y el círculo de luz que lo rodea cuando eleváis los ojos hacia él desde el centro de la cruz, entonces no tendréis necesidad de proseguir vuestro viaje á la busca de catedrales, pues la sala de espera de cualquier estación debe ser un paraje preferido por

vosotros; pero si la primera inspección os confunde y arrebatá, cuanto más analicéis, más vuestra admiración progresará. Pues no es posible que la imaginación y las matemáticas unidas hagan con piedra y cristal nada más noble ó fuerte que esta procesión de ventanales, ni nada que mejor dé la impresión de altura, ni que la altura real esté determinada por un cálculo tan reflexivo y prudente.

9. Desde el pavimento á la bóveda sólo hay 132 pies franceses—sobre 130 ingleses. ¡Pensad, pues,—los que hayáis estado en Suiza—que la caída del Staubbach cuenta 900 pies! Todavía más claro; la roca de Douvres por debajo del castillo—donde termina el Paseo de la Marina—resulta dos veces más alta, y los gomosillos que se deslizan sobre el asfalto al ritmo de una polka militar, supongo que se creerán tan altos;—pero con los pequeños albergues, chozas y chociles que han puesto alrededor, han conseguido que parezca tan grande como un mediano horno de cal. ¡Sin embargo, tiene doble altura que el ábside de Amiens!—y se necesita edificar muy sólidamente para que, no empleando más que trozos de cal como los que pueden extraerse en la vecindad del Soma, durase seiscientos años una obra que solo tuviese la mitad de su altura.

10. Esto implica una buena edificación, repito, y aun podéis afirmar vosotros que la mejor que jamás se vió ó en mucho tiempo podrá verse sobre

la tierra inmutable y fecunda, donde podía calcularse que una columna bien hecha se sostendría perennemente, y donde las naves de álamos, los bosques de manzanos y los haces de sarmientos administraban el modelo de lo que podía convertirse en magníficamente sagrado por la permanencia de la piedra esculpida. Desde el bloque bruto colocado en la extremidad del Béthel druídico, hasta la azul cristalería de *esta* Casa del Señor y Puerta del Cielo, encontraréis el curso entero y la realización de todo el amor y el arte todo de los arquitectos religiosos del Norte.

II. Pero, observad todavía—y muy atentamente—que este ábside de Amiens, no sólo es la mejor, pero también la *primera* cosa ejecutada *perfectamente* en este género por la Cristiandad del Norte. En las páginas 323 y 327 del sexto volumen de Viollet-le-Duc encontraréis la exacta historia del progreso de estas ojivas, al través de las cuales brilla en este momento ante vuestros ojos la luz de Oriente: historia que comienza en las formas menos perfectas, en las primeras tentativas de Reims. Y el apogeo de la perfecta justeza fué tan efímero, que aquí mismo, desde la nave al crucero—construido sólo diez años después—se observa un ligero cambio, no en sentido de la decadencia, sino de una precisión mayor de lo que es absolutamente necesario. El momento en que comienza la decadencia no se puede fijar exactamente entre las

encantadoras fantasías que sucedieron; pero sabemos precisa é indubitablemente que este ábside de Amiens es la primera obra original y perfecta—el Partenón en este sentido—de la Arquitectura Gótica.

12. ¿Quién lo erigió, preguntaremos? Dios y el hombre,—es la primera y más exacta respuesta. Las estrellas en su curso, y también las naciones, la erigieron. La Atenea griega trabajó aquí—y el romano Padre Jove—y Marte el Custodio. El galo ha trabajado aquí; también el francés: el caballero normando,—el fuerte ostrogodo—el anacoreta consumido en Idumea.

El Hombre que realmente erigió esa obra no se preocupó mucho de que lo conociérais, ni de que el historiador lo glorificase. Todos los blasones de los necios y de los holgazanes podréis encontrarlos en lo que llaman su «historia»; pero esta es, probablemente, la primera vez que leéis el nombre de Roberto de Luzarches. He dicho que «no se preocupó mucho»—probablemente no se preocupó mucho ni poco. En ninguna parte inscribió su nombre, al menos que yo sepa. Quizás encontréis aquí y allá algunas iniciales, dispersas por el edificio y grabadas recientemente por distinguidos visitantes ingleses, ávidos de inmortalidad; pero Roberto el constructor—ó por lo menos el Maestro de la construcción—no fijó las *suyas* en ninguna piedra. Sólo cuando ya muerto se descubrió entre

aclamaciones la piedra angular de la catedral; para celebrar este suceso se escribió la siguiente leyenda, recordando el nombre de cuantos habían tenido su parte ó lote de trabajo. Conviene que la leáis rápidamente: fué rimada para vosotros, por la pura alegría francesa, que no se parece en nada á la del «Théâtre des Folies».

«En l'an de Grâce mil deux cent
Et vingt, fut l'œuvre de cheens
Premièrement encomenchie.
A donc y ert de cheste evesquie
Evrart, évêque bénis;
Et, Roy de France, Loys
Qui fut fils Philippe le Sage.
Qui maistre y est de l'œuvre
Maistre Robert estoit només
Et de Luzarches surnomés.
Maistre Thomas fu après lui
De Cormont. Et après, son filz
Maistre Regnault, qui mestre
Fist a chest point chi cheste lectre
Que l'incarnation valoît
Treize cent, moins douze, en faloit.»

13. He escrito las fechas en letra porque de otro modo el metro no hubiese resultado claro: realmente estaban escritas así: «II C. et XX», «XIII C. moins XII.» Cito la inscripción según se encuentra en el admirable librito de M. el abate Rozé: «Visite á la Cathédrale d'Amiens»—Sup. Lib. de Monseñor el Obispo de Amiens, 1877—

que cada viajero debía de adquirir complacido, pues yo solo me propongo hurtarle algunos fragmentos en diversos sitios. Sólo desearía que hubiese tenido una traducción de la leyenda para hurtársela también; pues hay uno ó dos puntos—que por igual pertenecen á la doctrina y á la cronología—sobre los cuales hubiera querido conocer la opinión del abate.

Sin embargo, el sentido general, verso por verso, creemos que es:—

«En el año de Gracia, doscientos
Veinte, habiéndose arruinado la obra
Se empezó á reconstruir.
Entonces era de este episcopado
Everardo, el Obispo bendito.
Y Rey de Francia, Luis,
Que era hijo de Felipe, *el Sabio*.
El que era maestro de la obra
Se llamaba el maestro Roberto,
Por sobrenombre de Luzarches.
Maestro Tomás venía tras él,
De Cormont. Y tras éste su hijo,
Maestro Reginaldo, que para ser colocado
En este punto hizo la presente carta,
Cuando se realizó la Encarnación,
Mil trescientos menos doce, que hacía falta.»

Mientras os encontréis en el lugar donde primitivamente estuvo esta leyenda (pues se trasladó á otra parte—para sustituir el pavimento con otro más lujoso—el año de mi primer viaje al continen-

te (con tristeza lo recuerdo) en 1825, cuando aún no había prestado atención á la Arquitectura Religiosa) debéis de tener presente sobre ella los siguientes puntos—si todavía os queda alguna paciencia.

14. «La obra», la Obra genuina de Amiens, su catedral, estaba «déchéant» cayendo en ruinas por la—no puedo decir desde luego si la—cuarta, quinta ó cuál otra vez—en el año 1220. Pues era cosa admirablemente difícil para la pequeña Amiens ejecutar bien semejante trabajo: tanto el Diablo se conjuraba contra ella. Su primera iglesia episcopal la erigió (apenas pasó de la tumba-capilla de San Fermín) hacia el año 350, precisamente al lado del sitio donde está la estación del ferrocarril, en el camino de París (1); pero habiendo quedado casi destruída Amiens, la capilla y todo lo demás, por la irrupción franca, se rehizo y convirtió á los francos, construyendo una catedral propiamente dicha bajo el obispo San Sabas (San Sauve ó Salve) donde está emplazada la actual. Pero esta verdadera catedral era toda de madera, y los normandos la quemaron en 881. Reedificada, duró 200 años; pero quedó en gran parte destruída por un rayo, en 1019. Reedificada otra vez, ella y la ciudad que

(1) En San Aqueolo. Véase el primer capítulo de este libro y la «Descripción histórica de la Catedral de Amiens», por A. P. M. Gibbert, en 8.º Amiens, 1833, págs. 5-7.

daron más ó menos quemadas por otro rayo en 1107,—mi autor dice tranquilamente: «un incendie provoqué par la même cause détruisit la ville, et une partie de la Cathédrale.» Reconstruída otra vez la «partie», el todo quedó nuevamente «réduite en cendre par le feu du ciel en 1218, ainsi que tous les titres, les martyrologies, les calendriers, et les Archives de l'Evêché et du Chapitre.»

15. Según mi cuenta, era esta la quinta catedral que se reducía á «cenizas», conforme dice Monseñor Gilbert—en ruinas, propiamente—*déchéante*—y unas ruinas que hubiesen sido el absoluto desencanto para una ciudad menos animosa—en 1218. Pero sirvió de eficaz estimulante al obispo Everardo y á su pueblo el espectáculo desolador que se les ofrecía; y al rayo (fuego del infierno, no del cielo, considerado como una plaga diabólica semejante á la de Egipto) había que combatirlo hasta el último instante. Sólo dos años necesitaron para reponerse—ya lo habéis visto—y el 1220 recomenzaron la obra: ellos, su obispo, su rey y su Roberto de Luzarches. Y esta catedral, que os recibe bajo sus cúpulas, fué lo que el poder de sus manos supo hacer.

16. Su rey era «â-donc», «en esta época» Luis VIII, al que todavía se le designa con el nombre de hijo de Felipe-Augusto, ó Felipe el Sabio, porque su padre aún no había muerto, en 1220; pero tuvo que resignarse á entregar la gobernación

del reino á su hijo, como su propio padre hizo con él: el viejo y sabio rey se retiró á su palacio, para guiar desde allí silenciosamente las manos de su hijo, durante tres años gloriosos.

Pero enseguida—y sobre este punto hubiese deseado conocer la opinión del abate—Luis VIII murió de fiebre en Montpensier, año 1226. Y la dirección completa de los trabajos esenciales á la catedral, y el principal honor de su consagración—como veremos muy pronto—emanó de *San Luis* durante un período de cuarenta y cuatro años. Y la inscripción se colocó «á ce point-ci» por el último arquitecto, seis años después de la muerte de San Luis. ¿Cómo es posible que no se nombre al grande y santo rey?

17. En este resumen para viajeros no debo de perder el tiempo con respuestas conjeturales á las preguntas que se suscitan á cada paso por el templo devastado. Pero ésta es solemne, y debemos tenerla muy presente hasta que nos sea posible encontrarle explicación. Sólo de una cosa estamos seguros: que, al menos, se rinde el *debido* honor (así por los hijos de los reyes como por los hijos de los artesanos) á sus padres; y que, al parecer, se rinde aquí el más grande honor de todos á Felipe el Sabio. De su casa—no parlamentaria, sino de paz—salió, el mismo año en que comenzaron los trabajos de la catedral, un edicto de verdadera pacificación: «Que sería criminal para cualquier hom-

bre el tomar venganza de un insulto ó una injuria antes de pasar cuarenta días, á contar del en que se recibió la ofensa, y aun entonces con la aprobación del Obispo de la Diócesis.» Lo que tal vez era un esfuerzo más sabio para poner fin al sistema feudal en su sentido sajón (1), que todos nuestros recientes proyectos para poner término al sistema feudal en el sentido normando.

18. «A ce point-ci.» Singularmente el punto del laberinto incrustado en el pavimento de la catedral: emblema de muchas cosas, consagrado por el pueblo, el cual sabía que el suelo que pisaba era santo, como la cúpula que cobijaba su cabeza. Sobre todo, era para él un emblema de noble vida humana—puertas angostas, fuertes paredes, con infinita oscuridad y el «inextricabilis error» por todas partes,—y en su profundidad, la brutal naturaleza que debe someterse.

19. Desde los días más violentamente heroicos y de mayor pureza legislativa que tuvo Grecia, es tal el sentido revelado siempre por este símbolo á los hombres que conocen sus tradiciones: para las escuelas de artesanos implica además la nobleza de su

(1) Feudo, en sajón «faedh»; en bajo latín Faida (derivado escocés, «fae»; inglés, «foe», Johnson. Recordad también que la radical de feudo, en su sentido normando de partición de tierras, es *foi*, no *fee*, lo que no advierte Johnson en su calidad de viejo tory, ni, en general, los modernos antifederalistas.

arte y su filiación directa con el arte divinamente terrestre de Dédalo, el constructor de laberintos, y el primer escultor á quien debemos una representación *patética* (1) de la vida humana y de la muerte.

20. El signo más hermoso del poder de la verdadera fe católico-cristiana consiste en el persistente reconocimiento de la fraternidad—ó, mejor todavía, de la paternidad—con los pueblos más antiguos que no habían visto al Cristo, pero que estaban plenos del Espíritu de Dios, y habían conocido, en relación con su conocimiento, Su ley no escrita. La pura caridad y humildad de este carácter se advierten en todo el arte Cristiano, según la fuerza y pureza de su estirpe; pero nadie lo ha percibido é interpretado con tanta precisión como los tres grandes poetas Cristiano-paganos, Dante, Douglas de Dunkeld (2) y Jorge Chapman. La oración con que el último termina la obra de su vida es—que yo sepa—la expresión más perfecta y profunda de la Religión Natural que se nos haya comuni-

(1) «Tu quoque magnam

Partem opere in tanto, sineret dolor, Icare, haberes

Bis notatus erat casus effingere in auro,—

Bis patriæ cecidere manus.»

Nada existe deliberadamente patético en la escultura primitiva. Sus héroes conquistan sin alegría y mueren sin tristeza.

(2) Véase «Fors Clavigera», Carta LXI, pág. 22.

cado literariamente; y si os es posible, recitadla aquí, en esta catedral—colocándoos en el sitio mismo donde el arquitecto escribió antaño la historia del Partenón cristiano.

21. «Te suplico, Señor, Padre y Guía de nuestra razón, que podamos recordar la nobleza con que nos has adornado, y que te encuentres siempre á nuestra diestra é izquierda (1) manos cuando las muevan nuestras voluntades; de modo que podamos quedar purgados del contagio del Cuerpo y de los Afectos del Bruto, dominándolos y regulándolos, y usando de ellos como de instrumentos, según conviene á hombres. Y luego, que no nos abandones, para encaminar rectamente nuestra razón y asociarla, mediante la luz de la verdad, á las cosas que verdaderamente existen.

»Y, en tercer lugar, te ruego á Tí, el Salvador, que disipes enteramente las tinieblas que aprisionan los ojos de nuestra alma, para que podamos conocer quién debe ser tenido por Dios y quién por Mortal. Amén» (2).

(1) Así, la orden á los hijos de Israel «que marchen adelante» según sus propios deseos. Obedecen; la mar se retira, *pero no antes* de que hayan osado marchar. *Entonces* las aguas forman murallas á su diestra y siniestra manos.

(2) El original sólo está escrito en latín. «Supplico tibi, Domine, Pater et Dux rationis nostræ, ut nostræ Nobilitatis recordemur, quâ tu nos ornasti: et ut tu nobis presto sis, ut iis qui per sese moventur; ut et a Corporis contagio, Bruto-

22. Y luego de haber recitado esta oración ó, al menos, de haberla leído con el deseo de ser mejor (si no lográis serlo, tampoco hay esperanza de que al presente recibáis placer en ninguna obra humana de alta inspiración, lo mismo si es poesía, que pintura ó escultura), podemos dirigirnos un poco al Oeste de la nave—en el centro de la cual, y sólo á algunas yardas de su extremidad,—hay dos piedras llanas (el sacristán os las mostrará), la una algo más atrás que la otra, colocadas sobre las tumbas de dos grandes obispos, que consagraron toda la fuerza de su vida, juntamente con la del arquitecto, en erigir este templo. Sus verdaderas tumbas no han sufrido alteración; pero los panteones construídos sobre ellas, diversas veces removidos, se encuentran ahora á vuestra diestra y á vuestra izquierda, según miráis hacia atrás, en dirección del ábside y bajo el tercer arco.

23. Ambos panteones son de bronce, fundidos en una sola pieza y con maestría insuperable: en ciertos sentidos, hasta inimitables en el arte de fundir.

rumque affectuum repurgemur, eosque superemus, atque regamus; et, sicut decet, pro instrumentis iis utamur. Deinde, ut nobis adjuncto sis; ad accuratam rationis nostræ correctionem, et conjunctionem cum iis qui verè sunt, per lucem veritatis. Et tertium, Salvatori supplex oro, ut ab oculis animorum nostrorum caliginem prorsus abstergas; ut novimus bene, qui Deus, aut Mortalis habendus. Amén.»

«Chef-d'œuvres de fonte,—le tout fondu d'un seul jet, et admirablement» (1). Sólo dos panteones semejantes hay todavía en Francia, los de los hijos de San Luis. Todos los del mismo género—y eran numerosos en las grandes catedrales francesas—se han arrancado de las sepulturas que cubrían para quitarle á Francia la memoria de sus muertos, y fundidos en *sous* y céntimos para comprar á los vivos pólvora de cañón y ajenjo:—todo esto por espíritu de Progreso y de Civilización, en su primera llamarada de entusiasmo y de nueva luz, desde 1789 á 1800.

Los panteones de los hijos de San Luis, colocados á cada lado del altar de San Dionisio, son mucho más pequeños que éstos, aunque de superior trabajo artístico. ¡Estos otros, á cuyo lado estáis ahora, son *los dos únicos panteones de bronce pertenecientes á los Hombres de las grandes épocas*, que subsisten en Francia!

24. Y son las tumbas de los pastores de su

(1) Viollet le Duc, vol. VIII, pág. 256. Y añade: «L'une d'elles est comme art» (en el sentido de arte general de la escultura) «un monument de premier ordre»; pero esto solo parcialmente es cierto;—también encuentro una nota en el estudio de M. Gilbert (pág. 126): «Les deux doigts qui manquent á la main droite de l'évêque Godefroy paraissent un défaut survenu á la fonte.» Véase más adelante sobre estos monumentos y los de los hijos de San Luis, Viollet le Duc, vol. IX, pág. 61, 62.

pueblo, que erigieron el primer templo perfecto consagrado á su Dios. La del obispo Everardo está á vuestra derecha, y tiene grabada alrededor de la orla esta inscripción—(I):

«El que alimentó al pueblo, el que echó los cimientos de este Monumento, á cuya solicitud la Ciudad se confió
Aqui, en el eterno bálsamo de la fama, reposa Everardo,
Hombre compasivo con el afligido; de la viuda
Protector; del huérfano
Guardián. Á los que podía ayudábalos con sus dones.
Á las palabras de los hombres
Si dulces, un cordero; si violentas, un león; si orgullosas,
un acero mordaz (líma).»

El inglés de los mejores tiempos—los de Isabel

(I) Todavía hurto al abate Rozé las dos inscripciones, — con su advertencia preliminar sobre la más inspirada intervención de que habían sido objeto.

«La tombe de Evrard de Fouilloy (muerto en 1222), coulée en bronze en plein-relief, était supportée, dès le principe, par des monstres engagés dans une maçonnerie remplissant le dessous du monument, pour indiquer que cet évêque avait posé les fondements de la Cathédrale. Un *architecte malheureusement inspiré* a osé arracher la maçonnerie, pour qu'on ne vit plus la main du prélat fondateur, à la base de l'edifice.

»On lit, sur la bordure, l'inscriptions uivant en beaux caractères du XIII^e siècle:

»Qui populum pavit, qui fundamenta locavit
Huius Structure, cuius fuit urbs data cure
Hic redolens nardus, famâ requiescit Ewardus
Vir pius afflictis, viduis tutela, relictis

—era una lengua más noble que jamás lo fué el latín; pero su mérito radica en el color y en el acento, no en lo que podría llamarse condensación metálica ó cristalina, y así es imposible traducir el último verso de esta inscripción en un número tan limitado de palabras inglesas. Observad desde luego, que los amigos y enemigos del obispo están, como tales, mencionados en palabras, no en actos; pues las palabras orgullosas, burlonas ó adulatoras

Custos, quos poterat recreabat munere; v̄bis,
Mitib agnus erat, tumidis leo, lima supbis.

»Geoffroy d'Eu (muerto en 1237) est représenté comme son prédéceseur en habits épiscopaux, mais le dessous du bronze supporté par des chimères est évidé, ce prelat ayant élevé l'édifice jusqu'aux voûtes. Voici la légende gravée sur la bordure:

»Ecce premunt humile Gaufridi membre cubile.
Sen minus aut simile nobis parat omnibus ille;
Quem laurus gemina decoraverat, in medicinâ.
Lege q̄ divina, decuerunt cornua bina;
Clare vir Augensis, quo sedes Ambianensis
Crevit in imensis; in cœlis auctus, Amen, sis.

»Tout est à étudier dan ces deux monuments: tout y est d'un hant intérêt, quant au dessin, à la sculpture, à l'agencement des ornements et des draperies.»

Al decir más arriba que Godofredo de Eu dió gracias en la catedral por su remate, sólo quiero significar que dejó el coro, por lo menos, apto para el servicio: «Jusque'aux voûtes» puede significar ó no significar que las bóvedas estaban terminadas.

de los hombres, son precisamente las que deben soportar y tolerar las personas dulces;—de sus actos deben preocuparse los reyes—y los caballeros: no que los obispos se abstengan de mover las manos con frecuencia, pues en la batalla se les permite herir con la maza, pero no con la espada ni la lanza—esto es, no «¡derramar sangre!» Pues suponíase que un hombre siempre podía curar de un golpe dado con la maza (lo que ordinariamente dependía de la intención del obispo que lo asestaba). La batalla de Bonvines, que fué en realidad una de las más importantes de la Edad Media, se ganó contra los ingleses (y además contra las tropas auxiliares alemanas mandadas por su emperador Otón) por dos obispos franceses: Senlis y Bayeux—pues ambos mandaban las huestes del Rey de Francia, y ordenaron sus cargas. Nuestro Conde de Salisbury se rindió personalmente al obispo de Bayona.

25. Obsérvese, además, que uno de los más mortales y diabólicos poderes de las malas palabras, ó por mejor decir, de la blasfemia, se ha manifestado en los tiempos modernos en los efectos de la «jerga», por lo común de intención inocente y alegre. Hay dos especies esenciales de jerga: una el Latín de los «Ladrones»—lenguaje especial de los pícaros que no quieren ser entendidos; y la otra, cuya mejor denominación es el Latín de los «Palurdos»—compuesto de palabras depresivas ó humi-

llantes, inventadas por los villanos para que las cosas por ellos reputadas de buenas desciendan á su propio nivel, ó todavía más bajo. El mayor mal positivo que puede inferir este linaje de blasfemia, consiste en que suele ser imposible emplear palabras comunes sin asociarles un sentido degradante ó risible:—por eso no he podido terminar mi traducción del epitafio como lo compuso el viejo latinista, con la imagen perfectamente exacta: «Al orgulloso, una lima»,—por el abuso que de la palabra (*file*) se ha hecho en el bajo inglés, que todavía conserva la perversa significación del siglo XIII. Pero el *exacto* vigor del símbolo hace aquí alusión al trabajo del joyero que talla las facetas. Un hombre orgulloso suele ser con frecuencia un hombre precioso, que puede hacerse más brillante en la superficie gracias á una buena *limadura*.

26. Tales como son, esos seis versos latinos resumen—*au mieux mieux*—el perfecto deber de un obispo, comenzando por su oficio pastoral—*Sustentar* mi rebaño—*qui pavit populum*. Y está bien seguro, buen lector, que aquellos tiempos jamás te hubiesen podido decir cuál era el deber de un obispo, ó de otro personaje, si cada hombre no se hubiese mantenido en su puesto, y vistole mantenerse dignamente en él. La tumba del obispo Godofredo está á vuestra izquierda, y su inscripción reza:

«Contemplad los miembros de Godofredo repoaando en su humilde lecho

Quizás se nos prepara otro menor ó igual.

Al que adornaron los dos laureles gemelos de la medicina
Y de la ley divina, ambos ornamentos convinieron.

Brillante hombre de Eu por quien el trono de Amiens

Surge hacia la inmensidad, que todavía puedas ser *tú* más grande en el Cielo. Amén.»

Y para terminar—rendido este tributo y pagada esta deuda de gratitud—nos separaremos de estas tumbas, encaminándonos á una de las puertas del Oeste—y así veremos elevarse sobre nuestras cabezas la inmensidad de los tres pórticos y de los pensamientos en ellos esculpidos.

27. De las desgracias ó alteraciones que hayan sufrido, nada os diré hoy, sino es la pérdida «ines-
timable» de las grandes y antiguas gradas que daban de la fundación: francas, extendiéndose de uno á otro extremo para todos los que venían, sin murallas, sin separaciones, plenamente soleadas por la luz del Oeste, sólo iluminadas durante la noche por la luna y las estrellas, descendiendo suaves y numerosas la pendiente de la colina—rematando una á una, anchas y escasas al acercarse al suelo, gastadas por los pies de los peregrinos durante seiscientos años. Así las he visto por primera y segunda vez:—hoy ya no podrán verse tales cosas.

Ni siquiera en la fachada Oeste, en la parte superior, queda gran cosa de la antigua construcción: sólo los pórticos, casi íntegramente—excepto el ac-

tual revestimiento exterior, con su moldura de rosas, de la que subsisten algunas dispersas flores (1). Pero la escultura se ha conservado cuidadosa y dignamente, ó se ha restaurado á tiempo;—los pedestales ú hornacinas se han recompuesto en distintos sitios con arcilla; y algunos que veréis blancos y crudos, están completamente reesculpidos. Sin embargo, la impresión que de la totalidad podéis recibir aún es la misma que deseó el constructor, y yo os referiré el orden de su sentido teológico sin invertir más tiempo hablando de su obra.

28. Para admirar cualquier catedral haréis bien en orientaros previamente, y recordar que al entrar miráis y avanzáis hacia el Este, y que si hay tres pórticos de entrada, el que está á vuestra izquierda, es el pórtico Septentrional; el de la derecha, el pórtico Meridional. Siempre que en adelante escriba sobre arquitectura, pondré cuidado en observar la sencilla regla de llamar constantemente á la puerta del crucero Norte, puerta Norte, y á la que en la fachada Oeste corresponde á este mismo lado Norte, puerta Septentrional, y así para las demás. Esto logrará evitar circunloquios y confusiones; pues una catedral gótica tiene casi siempre estas cinco grandes entradas, que son fáciles de reconocer si al principio se pone algún cuidado, con el

(1) Compárense éstas con las nuevas de la parte superior, y podréis comprender lo que la «Restauración significa».

nombre de puerta Central (ó pórtico), puerta Septentrional, puerta Meridional, puerta Norte y puerta Sur.

Pero cuando empleamos los términos derecha é izquierda, siempre debemos suponer como saliendo de la catedral y descendiendo por la nave—todo el lado Norte del edificio no es, pues, su lado derecho y Sur, sino el izquierdo,—pues solo podemos emplear estos términos de derecha é izquierda en relación con la imagen de Cristo que se encuentra en el ábside ó en la cruz, ó en relación con la estatua central de la fachada Oeste, sea la de Cristo, de la Virgen ó de otro santo. Esta estatua, colocada en el «trumeau» ó columna que sostiene y divide en dos el pórtico central, es en Amiens la del Cristo Manuel—Dios *con* nosotros. A su derecha é izquierda, cubriendo la totalidad del muro del pórtico central, están los apóstoles y los cuatro grandes profetas. Los doce profetas menores están colocados frente por frente en la fachada, tres en cada uno de sus grandes pilares (1).

El pórtico Septentrional está dedicado á San Fermín, el primer misionero cristiano que llegó á Amiens.

El pórtico Meridional, á la Virgen.

Pero ambos fueron concebidos como secunda-

(1) Consúltese ahora el plano colocado al final de este capítulo.

rios ante la gran fundación de Cristo y sus profetas, y los estrechos alojamientos en que se refugian, disimulan su valor como escultura hasta el momento en que entráis. Lo que desde luego debéis leer y meditar son las inscripciones del gran pórtico central y de la fachada misma.

29. En el centro de la fachada tenéis la imagen de Cristo recibiendoos: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.» Y la mejor manera de comprender el orden de los poderes subalternos, estriba en considerarlos como colocados á la derecha ó á la izquierda de Cristo; este es también el orden que el arquitecto adoptó al estampar en la fachada la historia de la Escritura; de suerte que debe leerse de izquierda á derecha, es decir, de la izquierda de Cristo á la derecha del mismo, como *El* los ve. Así, pues, siguiendo el orden de las grandes estatuas: primero, hay en el pórtico central seis Apóstoles á la diestra mano de Cristo y otros seis á Su siniestra. A la siniestra, y á su lado, Pedro; y alejándose sucesivamente, Andrés, Santiago, Juan, Mateo, Simón; á Su diestra, y al lado, Pablo; y sucesivamente, Santiago el obispo, Felipe, Bartolomé, Tomás y Judas. Estas opuestas hileras de Apóstoles ocupan lo que puede llamarse el ábside ó el hueco vacío del pórtico, y forman un grupo semicircular, claramente perceptible al aproximarse. A ambos lados del pórtico, en la parte superior y sin ocupar la misma línea que los Apóstoles,

están los cuatro grandes profetas, que no pueden verse distintamente hasta entrar en el pórtico. A la izquierda de Cristo, Isaías y Jeremías; á la derecha, Ezequiel y Daniel.

30. Algo más al frente, tomando la fachada en toda su anchura—y leyendo de izquierda á derecha de Cristo,—siguen las series de los doce profetas menores, tres en cada uno de los cuatro grandes pilares del templo, comenzando en el ángulo Sur con Oseas y terminando con Malaquías.

Cuando contempláis íntegramente la fachada colocándoos ante ella, las estatuas que llenan los pórticos secundarios están obscurecidas en sus estrechísimas hornacinas, ó disimuladas unas detrás de otras, hasta el punto de no vérselas. Y la masa entera de la fachada se percibe como si literalmente estuviese forjada en la misma fundición de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo la piedra angular. Y *esto* literalmente, repito, pues á medida que el Pórtico se abre, forma un «angulus» profundo, y el pilar que ocupa el centro es como el «Vértice del Angulo».

Edificada sobre los Apóstoles y Profetas: esto es, de los Profetas que han anunciado el advenimiento *de Cristo* y de los Apóstoles que lo han declarado. Aunque Moisés haya sido un Apóstol de Dios, no se encuentra aquí;—aunque Elías haya sido un Profeta de *Dios*, tampoco está aquí. El grito del monumento entero es el del Cielo y de la

Transfiguración: «Este es mi Hijo bienamado, escuchadle».

31. Aún hay otro profeta, y todavía más grande, que á la primera inspección no se encuentra aquí. ¿Entrará el pueblo entero por las puertas del templo entonando el «Hosana al Hijo de *David*» y no verá la imagen de Su padre?—Cristo mismo declara: «Yo soy la raíz y la florecencia de *David*», ¿y no ha de conservar la Raíz ningún recuerdo de la Tierra que la albergó?

No es eso. *David* y su Hijo están juntos. *David* es el pedestal de Cristo.

32. Comenzaremos, pues, nuestro examen de la fachada del Templo por este hermoso y pétreo pedestal. La estatua de *David*, que solo tiene dos tercios de la altura natural, ocupa la hornacina que precede al pedestal. Tiene el cetro en la diestra, el royo en la izquierda: Rey y Profeta, prototipo eterno de la realeza, que obra siempre conforme á la Divina justicia, que la exige y la proclama.

El pedestal de que esta estatua forma el frente, ó escultura occidental, es cuadrado, y á ambos lados se ven flores en vasos: al lado Norte, el lirio; al Sur, la rosa. Y el monolito entero es uno de los mejores ejemplares de escultura cristiana que hay en el mundo.

Sobre este pedestal hay otro más pequeño, que ostenta al frente un pámpano, completando así el simbolismo floral del conjunto. La planta que he

llamado lirio, no es la Flor de Lis, ni el lirio de la Madona, sino una flor ideal con campanillas, como la corona imperial (el tipo de Shakespeare, en los «lirios de todas especies»); representando la *moda creciente* de los lirios del valle, que no podía esculpirse tan grande en su forma literal sin parecer monstruoso, y que también se encuentra representado en esta obra escultórica, donde realiza con sus compañeras la rosa y la viña la triple palabra de Cristo: «Yo soy la Rosa de Sarón y el Lirio del Valle.» «Yo soy la verdadera Viña».

33. A los lados de este zócalo hay unos soportes de diferente carácter. Soportes—no cautivos ni víctimas: el Basilisco y el Aspid.—Estos representan los más activos principios malhechores de la tierra por su extremada malignidad: sin embargo, son Pedestales de Cristo, y aun en su vida ponzoñosa realizan Su voluntad final.

Ambos monstruos están fielmente representados en la forma tradicional de la Edad Media: el basilisco, mitad dragón y mitad gallo; el dragón sordo, colocando una oreja en tierra y obturándose la otra con la cola.

El primero representa la infidelidad del Orgullo. El basilisco—serpiente-rey ó la más insigne serpiente—dice que *es* Dios y que Dios *será*.

El segundo es la infidelidad de la Muerte. El áspid (la más ruin serpiente) dice que *es* lodo, y que lodo *será*.

34. Finalmente, superándolo todo, á los pies de la estatua de Cristo, están el león y el dragón, imágenes del pecado Carnal ó *humano*, diferenciándose del pecado Intelectual ó Espiritual, que engendra el Orgullo, causa de la caída de los ángeles.

Preferir reinar á servir—pecado del Basilisco—ó la Muerte sorda á la Vida alerta—pecado del Aspid—son pecados posibles á todas las inteligencias del universo. Pero los pecados distintivamente Humanos—cólera y codicia—son simientes en nuestra vida de perenne tristeza. Cristo, en Su propia humanidad, los ha vencido, y aun los vence en Sus discípulos. Por eso Su planta se posa sobre la cabeza de ellos, y la profecía: «Inculcabis super Leonem et Aspidem», se considera realizada en Él y en sus verdaderos servidores, según la altura, autoridad y realidad de su poder.

35. En este sentido místico empleó la frase Alejandro III, al restablecer la paz en Italia y conceder perdón, bajo el pórtico de San Marcos (1), al más mortal enemigo de este país. Pero el sentido de cada acción y de cada arte de los tiempos Cristianos, perdido desde hace trescientos años, sólo al revés puede leerse en nuestros días—en caso de

(1) Véase mi resumen de la historia de los Bárbaros y Alejandro, en «Fiction, Fair and Foul», *Nineenth Century*, Noviembre, 1880, págs. 752 y sig. (Véase «On the Old Road», vol. II, pág. 3.)

poderlo leer íntegramente—al través del espíritu contradictorio como, al presente, es el nuestro; pues glorificamos al Orgullo y la Avaricia como virtudes por las que todas las cosas existen y se mueven; seguimos nuestros deseos como únicos guías que nos conducen á la salud, y exhalamos el hervor de nuestra propia vergüenza, que es cuanto pueden producir sobre la haz de la tierra nuestras manos y nuestros labios.

36. Respecto á la estatua de Cristo no hablaré aquí extensamente, pues ninguna escultura satisface ni debía satisfacer la esperanza de un alma amante que ha aprendido á creer en Él; pero en aquella época, esa escultura había superado todo lo que hasta entonces representó la ternura esculpida, y se la conoció en todas partes con el nombre de «Beau Dieu d'Amiens». Obsérvese que esa escultura sólo era un transparente símbolo de la Divina Presencia, como los pobres reptiles enroscados al pie sólo eran símbolos de la presencia demoníaca. No un *ídolo*, en el sentido que damos á la palabra: sólo una cifra, un signo del Espíritu Viviente, que cada fiel concebía como si saliese á recibirlo á la puerta del templo: Palabra de Vida, Rey de la Gloria, Señor de los Ejércitos (1).

(1) Véase lo que dice—y también los exactos grabados que reproduce—Viollet le Duc (artículo «Cristo», *Dic. de Arquitectura*, III, 245.)

«*Dominus virtutum*», «Señor de las Virtudes», es la mejor traducción de la idea que sugería á un culto discípulo del siglo XIII las palabras del Salmo vigésimocuarto.

37. Así, á los pies de Sus apóstoles en los cuadrifolios de la fundación apostólica, están representadas las virtudes que cada uno enseñó ó manifestó en vida;—quizás alguna virtud que en él sufrió dura prueba por faltarle la necesaria fuerza de carácter, y que por lo mismo elevó á la perfección. Tal San Pedro, negando por temor y enseguida convirtiéndose en el Apóstol de la firmeza; y San Juan, que con su hermano incendia la ciudad inhospitalaria, y enseguida se vuelve el Apóstol del Amor. Comprendiendo esto, veréis que á ambos lados del pórtico están los apóstoles con sus virtudes peculiares, dispuestos en dos correspondientes hileras.

Ahora observaréis cómo estas virtudes se corresponden mutuamente en sus hileras. Recordad que el lado izquierdo es siempre el primero, y ved cómo las virtudes de la izquierda conducen á las de la derecha:

Valor	á	Fe.
Paciencia	á	Esperanza.
Dulzura	á	Caridad.
Amor	á	Castidad.
Obediencia	á	Sabiduría.
Perseverancia	á	Humildad.

SAN PABLO,	Fe.	Valor,	SAN PEDRO.
SANTIAGO EL OBISPO,	Esperanza.	Paciencia,	SAN ANDRÉS.
SAN FELIPE,	Caridad.	Dulzura,	SANTIAGO.
SAN BARTOLOMÉ,	Castidad.	Amor,	SAN JUAN.
SANTO TOMÁS,	Sabiduría.	Obediencia,	SAN MATEO.
SAN JUDAS,	Humildad.	Perseverancia,	SAN SIMÓN.

38. Observad, además, que todos los Apóstoles están tranquilos, casi todos con libros, algunos con cruces; pero todos con el mismo mensaje:— «La paz sea en esta casa. Y si el Hijo de la Paz está aquí, etc. (1)».

Pero los Profetas se ofrecen todos inquisitivos, ó pensativos, ó atormentados, ó errabundos, ú orantes, excepto Daniel. El *más* atormentado es Isaías, *aserrado* espiritualmente en dos. El bajo-relieve no representa ninguna escena de su martirio, pero lo muestra contemplando al Señor en Su templo; aunque tiene el sentimiento de que sus labios están impuros. Jeremías también lleva su cruz —pero con mayor serenidad.

39. En precisa sucesión comunico ahora el orden de las estatuas que ocupan toda la fachada con los motivos de los cuadrifolios colocados al pie de cada una, designando el cuadrifolio colocado más alto con una A y el inferior con una B. Los seis profetas que están de pie en el ángulo de los pórticos, Amós, Abdías, Miqueas, Nahúm, Sofonías y Haggeo, tienen cuatro cuadrifolios cada uno, designados los superiores con A y C; los inferiores con B y D.

Comenzando, pues, por el lado izquierdo del

(1) La frase moderna que el pueblo emplea en Francia para designar á un sacerdote, es la de un «Pax Vobiscum», ó más breve, un «Vobiscum.»

pórtico central, y leyendo de lo interior á lo exterior, tenéis:—

1. SAN PEDRO.
 - A. Valor.
 - B. Cobardía.
2. SAN ANDRÉS.
 - A. Paciencia.
 - B. Cólera.
3. SANTIAGO.
 - A. Dulzura.
 - B. Grosería.
4. SAN JUAN.
 - A. Amor.
 - B. Discordia.
5. SAN MATEO.
 - A. Obediencia.
 - B. Rebelión.

Ahora, de la derecha del pórtico, leyendo hacia afuera:—

7. SAN PABLO.
 - A. Fe.
 - B. Idolatría.
8. SANTIAGO, Obispo.
 - A. Esperanza.
 - B. Desesperación.
9. SAN FELIPE.
 - A. Caridad.
 - B. Avaricia.

- 10.** SAN BARTOLOMÉ.
 A. Castidad.
 B. Lujuria.
- 11.** SANTO TOMÁS.
 A. Prudencia.
 B. Locura.
- 12.** SAN JUDAS.
 A. Humildad.
 B. Orgullo.

Ahora, recomenzando por la izquierda—las dos estatuas más distantes del centro:

- 13.** ISAÍAS.
 A. «Yo soy el Señor sentado en un trono.» VI, 1.
 B. «Mira, éste ha tocado tus labios.» VI, 7.
- 14.** JEREMÍAS.
 A. El Entierro del Cinto. XIII, 4, 5.
 B. La Ruptura del Yugo. XXVIII, 10.

A diestra mano:—

- 15.** EZEQUIEL.
 A. La rueda dentro de la rueda. I, 16.
 B. «Hijo del Hombre, convierte tu rostro hacia Jerusalém.» XXI, 2.
- 16.** DANIEL.
 A. «Ha cerrado las bocas de los leones.» VI, 22.
 B. «En la misma hora salieron unos dedos de la mano de un hombre.» V, 5.

40. Comenzando ahora por la izquierda (lado Sur) de la fachada entera y leyendo á lo largo sin entrar en los pórticos, excepto para los cuadrifolios adaptados á las estatuas, tendréis:—

17. OSEAS.

A. «Así, la compré para mí por quince monedas de plata». III, 2.

B. «Así seré también para tí». III, 3.

18. JOEL.

A. El Sol y la Luna sin luz. II, 10.

B. La Higuera y la Viña sin hojas. I, 7.

19. AMÓS.

Al frente.	}	A. «El Señor clamará desde Sión.»	
			I, 2.
		B. «Las estancias de los pastores se enlutarán.»	I, 2.

En el interior del pórtico.	}	C. El Señor con la plumada del bañil.	VII, 8.
		D. El lugar donde no llueve.	VI, 7.

20. ABDÍAS.

En el interior del pórtico.	}	A. «Los oculté en una cueva.»	I Reyes XVIII, 13.
		B. «Cayó de cara.»	XVIII, 7.
Al frente.	}	C. El capitán de los cincuenta.	
		D. El mensajero.	

21. JONÁS.

- A. Escapado del mar.
 B. Bajo el calabazar.

22. MIQUEAS.

- | | | | |
|--------------------------------|---|--|--------|
| Al frente. | } | A. La Torre de los Rebaños. | VI, 8. |
| | | B. Cada cual reposa y «nadie los
asustará». | IV, 4. |
| En el interior
del pórtico. | } | C. «Las espadas convertidas en aza-
dones.» | IV, 3. |
| | | D. «Las lanzas en hoces.» | IV, 3. |

23. NAHÚM.

- | | | | |
|--------------------------------|---|---------------------------------|----------|
| En el interior
del pórtico. | } | A. «Nadie mirará detrás.» | II, 8. |
| | | B. «Profecía contra Nínive.» | I, I. |
| Al frente. | } | C. Tus príncipes y tus grandes. | III, 17. |
| | | D. Higos prematuros. | III, 12. |

24. HABACUC.

- A. «Velaré para ver lo que dirá.»
 II, I.
 B. El ministro á Daniel.

25. SOFONIAS.

- | | | | |
|------------|---|--------------------------------|---------|
| Al frente. | } | A. El Señor castiga á Etiopía. | II, 12. |
| | | B. Las bestias en Nínive. | II, 15. |

- | | | | |
|--------------------------------|---|---------------------------------|-------------|
| En el interior
del pórtico. | } | C. El Señor visita á Jerusalem. | I, 12. |
| | | D. El Herizo y el Alcaraván. | II, 14. (1) |

26. HAGGEO.

- | | | | |
|--------------------------------|---|--|--------|
| En el interior
del pórtico. | } | A. La casa de los príncipes, <i>ornées
de lambris.</i> | I, 4. |
| | | B. «El cielo retiene el rocío.» | I, 10. |
| Al frente. | } | C. El templo del Señor desolado. | I, 4. |
| | | D. «Así dice el Señor de los Ejérci-
tos.» | I, 7. |

27. ZACARÍAS.

- | | |
|-----------------------------------|---------|
| A. La Iniquidad levanta el vuelo. | v, 6-9. |
| B. «El ángel que me habló.» | IV, 1. |

28. MALAQUÍAS.

- | | |
|---|--------|
| A. «Habéis ofendido al Señor. | II, 7. |
| B. «Este mandamiento es para <i>vos-
otros</i> ». | II, 1. |
41. Brevemente expuesto así ante el especta-
dor el orden de las estatuas y sus cuadrifolios (en

(1) Véase la versión de los Setenta.

caso de que le apremie la hora del tren, quizás sea útil advertirle que debe tomar por el extremo Este de la catedral la calle que se dirige hacia el Sur (la calle de San Dionisio), por ser el camino más breve para ir á la estación)—recomenzaré por San Pedro é interpretaré con más amplitud las esculturas de los cuadrifolios. Conservando las cifras adoptadas para las estatuas, los cuadrifolios de San Pedro se designarán I A y I B, y los de Malaquías 28 A y 28 B.

1. A. VALOR, con un leopardo en su escudo: franceses é ingleses están de acuerdo en la lectura de este símbolo hasta el tiempo en que el Príncipe Negro grabó el leopardo en la moneda de Aquitania.

1. B. COBARDÍA, un hombre asustado por un animal se lanza fuera de un matorral, mientras que un pájaro sigue cantando. El cobarde ni siquiera tiene el corazón de un tordo.

2. A. PACIENCIA, ostenta un buey en el escudo (jamás retrocede) (I).

(I) En la catedral de Laón existe un lindo homenaje rendido á los bueyes que transportaron las piedras de sus torres hasta la cumbre de la montaña en que está erigida. La tradición cuenta que los mismos bueyes se aparejaron,—pero la tradición no dice cómo un buey pudo enjarse «por mucho que lo desease». Probablemente la primer

- 2, B.** CÓLERA, una mujer atraviesa á un hombre con la espada. La cólera es un vicio esencialmente femenino:—un hombre digno de llamarse así puede ser arrebatado hasta el furor ó la demencia por la *indignación* (el Príncipe Negro en Limoges), pero no por la cólera. Puede ser entonces bastante infernal—«Inflamado de indignación, Satán continuaba *sin miedo*»;—en estas dos últimas palabras radica la diferencia, pues hay tanto temor en la Cólera como en el Odio.
- 3, A.** DULZURA, ostenta un cordero en el escudo.
- 3, B.** GROSERÍA, todavía una mujer dando un puntapié á su coperò. Las últimas formas de la grosería francesa se encuentran en los gestos del cancán. Véanse los grabados favoritos de la moda en los establecimientos de París.
- 4, A.** AMOR, el divino, no el humano amor: «Yo en ella y Tú en mí.» En el escudo hay un árbol con numerosas ramas injertas en el tronco abatido. «En estos días el Mesías era abatido, pero no por sí mismo.»

forma del cuento es que irían contentos, «mugiendo». Pero, sea de ello lo que quiera, sus estatuas están erigidas en lo alto de las torres: son ocho, colosales, mirando desde sus galerías al través de las llanuras francesas. Véase el grabado en Viollet le Duc, artículo «Clocher».

- 4, B.** DISCORDIA, un marido y una mujer querellándose. Ella ha dejado caer su rueca. (Manufactura de lana de Amiens; véase más adelante **9. A.**)
- 5, A.** OBEDIENCIA, lleva un escudo ostentando un camello. Actualmente, la más desobediente de las bestias que pueden servir al hombre, la de peor carácter; sin embargo, pasa la vida en penosísimo servicio. Ignoro hasta qué punto ha comprendido su carácter el escultor del Norte; pero creo que lo ha tomado como tipo de porta-cargas, que no goza de alegría ni de simpatías como el caballo, ni tiene el poder de manifestar su cólera como el toro. Su mordedura es bastante mala (véase lo que Mr. Palgrave dice de ella), pero probablemente poco conocida de los amieneses, ni siquiera de los cruzados, que querían montar sus propios caballos de guerra, ó nada.
- 5, B.** REBELIÓN, un hombre crugiéndose los dedos ante su obispo. (Como Enrique VIII ante el Papa, y los necios modernos franceses é ingleses ante cualquier género de sacerdotes.)
- 6, A.** PERSEVERANCIA, la gran forma espiritual de la virtud, comunmente llamada «Fortaleza». Ordinariamente se la representa

domando ó despedazando á un león; aquí *acariciándolo* y *sosteniendo* su corona. «Tente firme para que ningún hombre coja tu corona.»

6. B. ATEISMO, deja su calzado á la puerta de la iglesia. El insensato descreído se representa siempre descalzo en los manuscritos de los siglos doce y trece—el cristiano «tiene sus pies calzados con la preparación del Evangelio de la Paz». Compárese: «¡Cuán hermosos son tus pies calzados, oh Hijo de Príncipe!»
7. A. FE, tiene un cáliz coronado por una cruz, símbolo de la fe aceptado por toda la antigua Europa. Es también un símbolo de tolerancia, pues,—prescindiendo de las diferencias de iglesia—las palabras: «Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros», continúan en el misterio para ser comprendidas solo de los que han aprendido el carácter sagrado del alimento en todos los tiempos y países, y las leyes de la vida y del espíritu que dependen de su admisión, rehusamiento y distribución.
7. B. IDOLATRÍA, arrodillándose ante un monstruo. Lo *contrario* de la Fe—no la *falta* de Fe. La idolatría es fe en falsas cosas, y

completamente distinta de la fe en *todo* (6, B), el «Dixit Insipiens». Los hombres sapientísimos pueden ser idólatras, pero no ateos.

- 8 A. ESPERANZA, con un Gonfalón y una corona, *distante*, en oposición á la corona que la Fortaleza tiene en sus manos (6, A).

El Gonfalón («Gund,» guerra; «fahr,» estandarte, según el diccionario de Poitevin) es la enseña que en la batalla significa *adelante*, y es esencialmente sagrado; de ahí el nombre constante de «Gonfaloner», dado al porta-estandarte en los ejércitos de las repúblicas italianas.

La Esperanza lo ostenta porque siempre combate ante ella, ó al menos con la alegría de acercársele. La Fe y la Fortaleza esperan, como San Juan en la prisión, pero sin recibir agravio. Sin embargo, la Esperanza está colocada bajo Santiago, en razón de los versículos 7.^o y 8.^o de su último capítulo, que terminan así: «Fortificad vuestros corazones, pues la venida del Señor se acerca.» A él interroga Dante sobre la naturaleza de la Esperanza. *Paraiso*, c. XXV; véase también las notas de Cary.

- 8, B. DESESPERACIÓN, está apuñalándose. El suicidio no se reputó de heroico ni de senti-

mental en el siglo XIII, ni se le erigió una *Morgue* gótica á orillas del Soma.

- 9, A. CARIDAD, ostenta en el escudo un vellón lanoso, y ofrece un manto á un mendigo desnudo. La antigua manufactura amienesa se inspiraba en el sentido de que primero se debe vestir al pobre y luego al rico. En aquellos tiempos no se decía ninguna tontería sobre las malas consecuencias de la caridad indiferenciada.
- 9, B. AVARICIA, con un cofre y dinero. El moderno símbolo, común á ingleses y amieneses, del Divino resultado de la manufactura lanera.
- 10, A. CASTIDAD, escudo con el Fénix (1).
- 10, B. VOLUPTUOSIDAD, un beso muy apasionado.
- 11, A. SABIDURÍA, escudo con una raíz comestible, según creo: significa sobriedad, como principio de la sabiduría.

(1) Para hacerse cargo de cómo su religión, gloriosa antaño, la ha profanado y traducido al revés el moderno espíritu francés, vale la pena que el lector solicite, en casa de M. Goyer (Plaza de San Dionisio), el *Journal de Saint-Nicolas*, de 1880, y vea cómo está representado el «Fénix» en la pág. 610. La historia quiere ser moral, y el Fénix simboliza la Avaricia; pero la completa destrucción de la tradición sagrada y poética en el espíritu de un niño, mediante tal imagen, es una inmoralidad que neutralizará la predicación de un año.

- 11**, B. LOCURA, el tipo ordinario empleado en todos los Salmos de un glotón armado de rebenque. Esta virtud y este vicio son la sabiduría y la locura terrestres completando la sabiduría espiritual y su correspondiente locura, que se encuentran bajo San Mateo. La Sobriedad, complemento de la Obediencia, y la Avaricia con violencia, complemento del Ateísmo.
- 12**, A. HUMILDAD, en el escudo una paloma.
- 12**, B. ORGULLO, cayendo de su caballo.

42. Todos estos cuadrifolios son más simbólicos que representativos, y como su objeto estaba suficientemente realizado si se comprendía su simbolismo, se les había confiado á un obrero muy inferior al que esculpió la serie colocada bajo las estatuas de los Profetas. La mayoría de estos cuadrifolios representan un hecho histórico ó una escena de que habla el profeta, como si fuese una visión real; el arquitecto ha encargado de su ejecución á las manos más hábiles.

Con la interpretación, doy también el nombre del profeta cuya vida ó profecía ilustran.

13. ISAÍAS.

- 13**, A. «He visto al Señor sentado en un trono»
(VI. 1.)

La visión del trono «alto é insigne» entre serafines.

- 13, B.** «Mira, éste ha tocado tus labios» (VI. 7).

El ángel permanece ante el profeta y tiene—ó mejor dicho, tenía—el carbón con las tenacillas artísticamente esculpidas, hoy destrozadas. Sólo un fragmento le queda en la mano.

14. JEREMÍAS.

- 14, A.** La ocultación del cinto (XIII. 4, 5).

El profeta está á punto de abrir un agujero á orillas del Eufrates, representado por sinuosidades verticales, que descienden serpenteando hasta el centro del bajorelieve. Obsérvese que la traducción debe ser «hoyo en la tierra» y no en la «roca».

- 14, B.** La ruptura del yugo (XXVIII. 10).

Del golpe del profeta Jeremías: está representado por doble cadena redoblada.

15. EZEQUIEL.

- 15, A.** La rueda dentro de la rueda (I. 16).

El profeta está sentado; ante él dos ruedas semejantes, una metida en la circunferencia de la otra.

- 15, B.** «Hijo del Hombre, vuelve tu rostro hacia Jerusalén» (XXI. 2).

El profeta ante la puerta de Jerusalén.

16. DANIEL.

- 16, A.** «Ha cerrado la boca de los leones» (VI. 22).

Daniel sostiene un libro; los leones están representados como soportes heráldicos. El motivo adquiere mayor animación en las siguientes series (24, B).

- 16. B.** «En el mismo instante aparecieron los dedos de una mano de hombre» (V. 5).

El festín de Baltasar, representado nada más que por el rey, sentado ante una mesita oblonga. A su lado el joven Daniel, que sólo aparenta quince ó dieciséis años, gracioso y dulce, interpreta los caracteres trazados. Al lado del cuadri-folio, saliendo de un diminuto torbellino de nubes, aparece una mano encorvada, escribiendo, cual si fuese con una pluma invertida, sobre un fragmento del muro gótico (1).

Para la hinchazón moderna, opuesta á la antigua sencillez, véase el «Festín de Baltasar», del pintor John Martín.

(1) Temo que esta mano se haya roto desde que la describí; de todos modos, su forma no puede discernirse en la fotografía.

43. El siguiente motivo inicia la serie de los profetas menores.

17. OSEAS.

17, A. «Así la compré para mí por quince monedas de plata y una medida de cebada» (III. 3).

El profeta vierte el grano y el dinero en las rodillas de la mujer «amada de su amigo». Las monedas de plata esculpidas ostentan una cruz con inscripción, que, según creo, pertenece á las monedas francesas de la época.

17, B. «Así seré yo también para tí» (III. 3).
Coloca un anillo en el dedo de ella.

18. JOEL.

18, A. El sol y la luna sin luz (II. 10).

El sol y la luna como dos bolitas aplastadas sobre la moldura exterior.

18, B. La higuera descortezada y la viña desnuda (I. 7).

Obsérvese la insistencia de la vegetación desolada como Signo del castigo divino (XIX. D).

19 AMÓS.*En la fachada.***19, A.** «El Señor clamará desde Sión» (I. 2).

Cristo aparece con un nimbo atravesado por una crucecilla.

19, B. «Las estancias de los pastores se enlutarán» (I. 2).

Amós ante su tienda, con el nudoso callado de los pastores y una garrafa. (La arquitectura de la hoja derecha se ha restaurado.)

*Interior del pórtico.***19, C.** El Señor con la plomada (VII. 8).

También ahora, y siempre en adelante. Cristo ostenta una crucecita en el limbo, y en la mano una gran llana, que apoya en la parte superior de un muro semide-ruído. Parece tener un cordel enrollado alrededor del mango.

19, D. El lugar donde no llovía (IV. 7).

Amós se dispone á recoger las hojas de la viña sin fruto para dar de comer á sus ovejas, que no encuentran yerba. Uno de los más hermosos trozos escultóricos.

20. ABDÍAS.*Interior del pórtico.*

- 20, A.** «Los ocultaré en una cueva» (I Reyes XVIII. 13).

Tres profetas en el brocal de un pozo, á quienes Abdías lleva panes.

- 20, B.** «Cayó de cara» (XVIII. 7).

Se arrodilla ante Elías, que lleva un manto de largos pelos.

Fachada.

- 20, C.** El capitán de los cincuenta.

Elías (?) hablando á un hombre armado que está bajo un árbol.

- 20, D.** El mensajero.

Un mensajero de rodillas ante un rey. —No puedo interpretar estas dos escenas (20 C y 20 D). La primera puede significar el diálogo de Elías con los capitanes (2 Reyes I. 9) y la segunda el retorno de los mensajeros (2 Reyes I. 5).

21. JONÁS.

- 21, A.** Escapado del mar.

- 21, B.** Bajo la calabacera.

Una bestezuela parecida á la langosta roe el tronco de una calabacera. ¡Desea-

ría conocer los insectos que *atacan* á los calabazares de Amiens! Esto puede servir para un estudio entomológico al que lo desee.

22. MIQUEAS.

Fachada.

22, A. La Torre del Rebaño (IV. 8).

La torre está envuelta en nubes y Dios aparece por encima.

22, B. Cada cual descansará y «nadie podrá asustarlos» (IV. 4).

Un hombre y una mujer «bajo su vid y su higuera».

Interior del pórtico.

22, C. «Las espadas en azadones» (IV. 3).

¡Sin embargo, doscientos años después que estos medallones se labrasen, una de las principales industrias de Amiens era la fabricación de espadas! ¡Y no en su provecho!

22, D. «Las lanzas en serpientes» (IV. 3).

23. NAHÚM.

Interior del pórtico.

23, A. «Nadie mirará hacia atrás» (I. 8).

23, B. «La maldición de Nínive» (I. 1)(1).

En la fachada.

23, C. Tus príncipes y tus grandes (III. 17).

23, A, B y C, no son susceptibles de exacta interpretación. ¿El profeta colocado en A, indica con el dedo una colina, que según el P. Rozé está cubierta de langostas? Yo sólo puedo copiar lo que él dice.

23, D. Los higos prematuros (III. 12).

Tres personas bajo una higuera recogen con la boca el fruto que cae.

24. HABACUC.

24, A. «Velaré para ver lo que Él me dice» (II. 1).

El profeta escribe en su tableta lo que Cristo le dicta.

(1) La estatua del profeta que está encima es la mayor de la serie: reparad sobre todo en la «diadema» de su cabellera lujurante, trenzada como la de una jovencita, indicando la fuerza aquileya de este profeta, el más terrible de todos (Véase *Fors Clavigera*, Carta LXV, pág. 157). Por lo demás, esta lengua cabellera flotante ha sido siempre uno de los rasgos distintivos de los reyes francos, y la manera de arreglar su cabellera y barba puede observarse de más cerca y con mayor precisión en las esculturas angulares del gran baptisterio—en la nave Norte—la parte más interesante de toda la catedral desde el punto de vista histórico, así como por su gran valor artístico. (Véase el capítulo II.)

24, B. El ministerio cerca de Daniel.

La visita tradicional á Daniel. Un ángel transporta á Habacuc por los cabellos: el profeta tiene un pan en cada mano. Ambos pasan al través del techo de la caverna. Daniel acaricia el lomo de un león joven; la cabeza de otro pasa tranquilamente bajo su brazo. Otro roe un hueso en el fondo de la caverna.

25. SOFONÍAS.*En la fachada.***25, A.** El Señor castiga á Etiopía (II. 12).

Cristo hiere á una ciudad con su espada. Obsérvese que todas las acciones violentas están representadas en este bajo-relieve de una manera débil ó ridícula; en cambio, están bien las acciones tranquilas.

25, B. Las bestias en Nínive (II. 15).

Muy hermoso. Todo linaje de bestias rampantes entre los muros ruinosos, y saliendo por las grietas y hendiduras. Un mono acurrucado ante un diablo representa el reverso de la teoría darwiniana.

*Interior del pórtico.***25, C.** El Señor visita á Jerusalén (I. 12).

Cristo atraviesa las calles de Jerusalén con una linterna en cada mano.

25, D. El erizo y el alcaraván (II. 14).

Con un pájaro que canta en una jaula colocada en la ventana.

26. HAGGEO.

Interior del pórtico.

26, A. Las casas de los príncipes, *ornées des lambris* (I. 4).

Una casa perfectamente construída de piedras cuadradas, tristemente sólidas. La puerta (¿de una prisión?) en la fachada del basamento.

26, B. «El cielo retiene el rocío» (I. 10).

Los cielos como la masa de una erupción, con estrellas, sol y luna en la superficie. Debajo, dos árboles marchitos.

En la fachada.

26, C. El templo del Señor desolado (I. 4).

La caída del templo; «ni una piedra sobre otra»; ruina grandiosa. Exámínese el texto (I. 6).

26, D. «Así dijo el Señor de los Ejércitos» (I. 7).

Cristo señala con el índice su templo destruído.

27. ZACARÍAS.

- 27. A.** La Iniquidad levanta el vuelo (V. 6 al 9).
La Maldad en el Efah.
- 27. B.** «El ángel que me habló» (IV. 1).
El profeta recostado: un glorioso ángel
alado sale volando de la nube.

28. MALAQUÍAS.

- 28. A.** «Habéis herido al Señor» (II. 17).
Los sacerdotes atraviesan á Cristo de
parte á parte con una lanza arpada, cuya
punta asoma por la espalda.
- 28. B.** «Este mandamiento es para vosotros»
(II. 1).
En estos trabajos la parte inferior sue-
le ser una introducción y explicación de
la superior. Quizás en el cap. I, versícu-
lo 6, se encuentre la significación de lo
que aquí indica la figura de Cristo diri-
giéndose á los sacerdotes que lo menos-
precian.

44. Con este bajo-relieve termina la serie de las esculturas destinadas á ilustrar las enseñanzas apostólicas y proféticas que integran lo que llamo la «Biblia» de Amiens. Pero los dos pórticos laterales contienen motivos suplementarios que son indispensables para realizar la íntegra enseñanza pasto-

ral y tradicional dirigida en este día á su pueblo.

El pórtico Septentrional consagrado á San Fermín,—el primero que evangelizó en Amiens—sostiene en su estribo central la estatua del Santo: por encima, sobre el tímpano, la historia del encuentro de su cuerpo; á los lados del pórtico, los santos y los ángeles sus compañeros en el siguiente orden:—

ESTATUA CENTRAL

SAN FERMÍN

Lado Sur (izquierda).

- 41.** San Fermín, el Confesor.
- 42.** San Domicio.
- 43.** San Honorato.
- 44.** San Sabas.
- 45.** San Quintín.
- 46.** San Gentiano.

Lado Norte (derecha).

- 47.** San Godofredo.
- 48.** Un ángel.
- 49.** San Fusciano, mártir.
- 50.** San Victórico, mártir.
- 51.** Un ángel.
- 52.** Santa Ulfia.

45. Entre estos santos—excepto San Fermín y

San Honorato, de quienes ya he hablado—(1) San Godofredo es más real para nosotros que los demás: nació el año de la batalla de Hastings, en Molincourt del Soisonado, y fué obispo de Amiens del 1104 al 1150. Hombre de vida sencilla, justa y pura: uno de los más severos ascetas; pero nada sombrío, siempre dulce y misericordioso. Se recuerdan de él numerosos milagros, y todos revelan una vida que fué singularmente milagrosa por su justicia y amor á la paz. Consagrado en Reims y acompañado á su diócesis por un cortejo compuesto de otros obispos y nobles, descendió de su caballo en San Aqueolo, lugar donde estuvo la primera tumba de San Fermín, y fué descalzo desde Amiens hasta Picquigny para suplicar al vidamo de Amiens la libertad del castellano Adam. Ayudado de Luis el Gordo, defendió los privilegios de los habitantes de la ciudad contra el conde de Amiens, lo derrotó y arrasó su castillo. Sin embargo, no habiendo obedecido el pueblo sus preceptos de vida en la medida que él deseaba, censuró su propia debilidad antes que la de aquél, y se retiró á la Gran Cartuja, creyéndose inepto para ser obispo. El superior de los cartujos le interrogó sobre los motivos de su retirada, y le preguntó si

(1) Véase en el cap. I, la historia de San Fermín. Para San Honorato, el § 8 de este capítulo, con las referencias que en él se dan.

había traficado con los cargos de la Iglesia. El obispo le contestó: «Padre mío, mis manos están puras de simonía; pero el elogio me ha seducido un millar de veces.»

46. San Fermín el Confesor era hijo del senador romano que recibió el cuerpo de San Fermín. Piadosamente conservó la tumba del mártir en el jardín de su padre, y luego erigió sobre ella una iglesia consagrada á Nuestra Señora de los Mártires, que fué la primera sede episcopal de Amiens, en San Aqueolo, según dijimos oportunamente. Santa Ulfia fué una joven amienesa, que vivía en una cueva calcárea, sobre los pantanos del Soma: si alguna vez Mr. Murray os proveyese de una guía cómica para ir á Amiens, no puede dudarse que este distinguido escritor contará con el placer que ha de causaros la historia de esta santa que, distraída en sus devociones por las ranas, las hacía callar á fuerza de oraciones. Por supuesto, vosotros os encontraréis hoy muy por encima de esas extravagancias, y estáis seguros de que Dios no puede ó no quiere cerrar en vuestro obsequio la boca de una rana. Recordad, pues, que si también hoy deja abierta la boca del mentiroso, del blasfemo y del traidor, lo menos que podéis hacer es cerrar vuestros oídos á *sus* voces.

De su nombre procede San Wolf (Lobo)—ó Guelfo;—véanse otra vez los nombres cristianos de Miss Yonge. Nuestra pétreo torre de Wolf, Ul-

verstone; y la iglesia de Ulfah, creo que ignoran su parentesco picardo.

47. Los demás santos que hay en este pórtico son análogamente provinciales, amigos personales de los amienenses, por decirlo así; y al pie de ellos los cuadrifolios representan el orden encantador del año que protegieron y santificaron—los signos del Zodiaco encima, y los trabajos de los meses debajo, diferenciándose poco de la manera como todos están representados—excepto Mayo; véase la página próxima. La Libra también es algo rara en la mujer que sostiene la balanza; el león ostenta buen humor, y la «cosecha» es una de las más hermosas figuras en todas las series de esculturas, aunque algunas son singularmente bellas. En las fotografías de Mr. Kaltenbacher, tal como las he ordenado, pueden estudiarse los bajo-relieves tan bien como en el mismo pórtico. Su orden es el siguiente, empezando por Diciembre, que ocupa el extremo ángulo izquierdo del pórtico:

41. DICIEMBRE.—Matando y escaldando el cerdo.

Encima Capricornio, con una cola que se adelgaza súbitamente; no puedo descifrar los accesorios.

42. ENERO.—Doble cabeza de triste ejecución.

El Acuario es lo más flojo de toda esta serie.

43. FEBRERO.—Hermosísimo; calentándose los

pies y echando carbón al fuego. El pez en la parte superior, bien trabajado, pero sin interés.

- 44.** MARZO.—Trabajando en los surcos de la viña. Aries cuidado, pero demasiado estúpido.
- 45.** ABRIL.—Dando de comer á su halcón, muy hermoso. Tauro encima, con encantadoras hojas para comer.
- 46.** MAYO.—Singularísimo: un hombre de la Edad Media sentado bajo los árboles para oír cantar á los pájaros. Géminis encima: novio y novia. Sus cuadrifolios unen los trabajos del ángulo interior con los de Sofonías.
- 52** JUNIO.—Enfrente, uniendo los trabajos del ángulo interior donde está Aggeo.
Obsérvense las admirables flores esculpidas entre la yerba. Cáncer encima, con su caparazón soberbiamente modelado.
- 51.** JULIO.—La siega. Hermosísimo. El León, risueño, confirma que todas las estaciones y todos los signos se consideran como una bendición igual y providencialmente bienhechora.
- 50.** AGOSTO.—Trillando. Encima, Virgo con una flor; su atavío parece muy moderno é impropio del siglo XIII.
- 49.** SEPTIEMBRE.—No estoy muy seguro de su acción. Parece podar ó en cualquier otra for-

ma coger el fruto del árbol lleno de hojas.
Libra encima; primorosa.

48. OCTUBRE.—Pisando la uva. Escorpión, figura tradicionalísima y en actitud pacífica—con su rabo ahorquillado, es verdad; pero sin aguijón.

47. NOVIEMBRE. — Sembrando, con Sagitario. Cuando se sacó la fotografía estaba casi oculto, gracias al encantador desorden que reina en las catedrales francesas, donde para realizar cualquier trabajo no dejan nada quieto durante diez minutos.

48. Ahora bien, para terminar—si os tomáis la molestia de llegar al término—entraremos en el pórtico de la Madona; pero si vienes, buena protestante, lectora mía, ven cortésmente, y recuerda—si en tu historia conocida hay materia digna del recuerdo—y si no recuerdas, recibe al menos la solemne seguridad de que ni el culto de la Madona ni el culto de ninguna Señora, muerta ó animada, ha aburrido nunca á la criatura humana,—pero que el culto del dinero, el culto de la Peluca, el culto del Sombrero-Tricornio con Plumas, el culto del Plato, el culto del Pichel y el culto de la Pipa, han hecho y hacen mucho más daño, y que todos ofenden millones de veces más al Dios del Cielo, de la Tierra y de las Estrellas, que los más absurdos y adorables errores cometidos por las generaciones

de Sus ingenuos hijos sobre lo que la Virgen-madre podría, querría, haría, ó intentaría por ellos.

49. Y enseguida tomaros la molestia de observar este sencillo hecho histórico sobre las tres clases de Madonas.

Primero. La Madona-Dolorosa: tipo bizantino de Cimabue. Es el más noble de todos y el más antiguo por su reconocida influencia popular (1).

Segundo. La Madona-Reina, que es esencialmente la franca y normanda, coronada, apacible, llena de vigor y dulzura. Es la representada en este pórtico.

Tercero. La Madona-Nodriza, que es la rafaesca y, en general, la más reciente y de decadencia. De ella se ve un buen modelo francés aquí, en el pórtico del Sur, como ya hemos dicho.

En Viollet-le-Duc (el artículo «Vierge» de su diccionario es digno de atento estudio) encontraréis una admirable comparación entre esta estatua de la Madona-Reina del pórtico Sur y la Madona-Nodriza del crucero. Quizás podría obtener una fotografía de ambas para reproducirlas frente á frente; pero el lector podría observar que la Reina resultaba algo mejorada y la Nodriza algo vulgarizada, lo cual no es cierto. La estatua de este pórtico pertenece al estilo del siglo trece, y es muy

(1) Véase la inscripción de la Madona de Murano en el vol. II de «Stones of Venice».

hermosa; pero no puede concedérsele mayor importancia:—los antiguos tipos bizantinos ostentaban mayor grandeza.

50. La historia de la Madona en sus incidentes capitales se refiere en la serie de estatuas que circundan el pórtico y en los cuadrifolios que están debajo:—sin embargo, muchos se inspiran en una leyenda sobre los Magos, que no he podido explicarme ni estoy seguro de su interpretación.

Las grandes estatuas están á mano izquierda. Leyendo hacia afuera, como hemos dicho, resultan:—

- 29.** El Arcángel Gabriel.
- 30.** La Anunciación de la Virgen.
- 31.** La Visitación de la Virgen.
- 32.** Santa Isabel.
- 33.** La Presentación de la Virgen.
- 34.** San Simeón.

A mano derecha, leyendo hacia afuera:—

- 35, 36, 37.** Los tres Reyes.
- 38.** Herodes.
- 39.** Salomón.
- 40.** La Reina de Saba.

51. No estoy seguro en atinar qué papel desempeñan aquí estas dos estatuas; pero creo que la idea del autor fué virtualmente que la Reina María visitase á Herodes enviándole—ó haciéndole en-

viar—á los Magos para anunciarle su presencia en Belén: y el contraste entre la acogida que Salomón dispensa á la Reina de Saba y la conducta de Herodes determinando la huida á Egipto de la Madona, está insistentemente descrito á todo lo largo de este lado del pórtico, con las consecuencias diversas para ambos Reyes y para el mundo.

Los cuadrifolios que se encuentran debajo de las grandes estatuas observan este orden:

29. Bajo Gabriel—

- A. Daniel contemplando la piedra caída en sus manos.
- B. Moisés y la zarza ardiendo.

30. Bajo la Anunciación de la Virgen—

- A. Gedeón y el rocío en el vellón.
- B. Moisés retirándose con las tablas de la ley. Aarón, dominando, indica con el dedo su vara florida.

31. Bajo la Visitación de la Virgen—

- A. El mensaje á Zacarías: «No temas, pues tu oración ha sido oída.»
- B. El sueño de José: «No temas en tomar á María por mujer» (?).

32. Bajo Santa Isabel—

- A. El silencio de Zacarías: «Advirtió que había visto una visión en el templo.»
- B. «Nadie hay en tu parentela que se

llame de este nombre.» «Escribió,
diciendo: Su nombre es Juan.»

33. Bajo la Presentación de la Virgen—

- A. Huída á Egipto.
- B. Cristo con los Doctores.

34. Bajo San Simeón—

- A. Caída de los ídolos en Egipto.
- B. El retorno á Nazareth.

Estos dos últimos se entrelazan con los cuadri-folios tan hermosos C y D de Amós.

Luego, por el opuesto lado y bajo la Reina de Saba, enlazándose con los A y B de Abdías, se ven—

40. A. Salomón departiendo con la Reina de Saba. La copa de la Gracia.

- B. Salomón instruye á la Reina de Saba.
«Dios está en lo alto.»

39. Bajo Salomón—

- A. Salomón en su trono de Juez.
- B. Salomón orando ante la puerta del templo.

38. Bajo Herodes—

- A. Degollación de los Inocentes.
- B. Herodes ordena que se incendie el barco de los Reyes.

37. Bajo el tercer Rey—

- A. Herodes hace buscar á los Reyes.
- B. Incendio del barco.

36. Bajo el segundo Rey—

A. ¿La Adoración en Belém?—no estoy seguro.

B. El viaje de los Reyes.

35. Bajo el primer Rey—

A. La Estrella de Oriente.

B. «Avisados en un sueño que no debían de volver á Herodes.»

No dudo de encontrar algún día el nexo real de estos motivos; pero esto importa poco;—este grupo de cuadrifolios tiene menos interés que lo demás, y el de la Degollación de los Inocentes es curiosamente demostrativo de la incapacidad del escultor para expresar acciones ó pasiones violentas.

Pero yo no pretendo entrar ahora en el examen de las cuestiones referentes al arte de estos bajo relieves. Jamás han tenido otro objeto que servir de símbolos ó guías al pensamiento. Y si el lector quiere dejarse conducir dulcemente por ellos, aún puede crear por sí mismo mejores cuadros en su corazón, y en todo caso, reconocer las siguientes verdades generales como su mensaje unificado.

52. En primer lugar, que en todo el Sermón de esta Montaña de Amiens, Cristo jamás aparece como Crucificado ni como Muerto, sino como el Verbo Encarnado—como el Amigo presente—como el Príncipe de la Paz en la Tierra—y como

el Eterno Rey de los Cielos. Lo que Su vida *es*, lo que Sus mandamientos son, y lo que Su juicio será: esto es lo que aquí se enseña: no lo que hizo un día y lo que sufrió otro, sino lo que al presente hace y lo que nos ordena que hagamos. Esta es la pura, gozosa, hermosa lección del Cristianismo, y las causas de la decadencia de esta fe y todas las corrupciones de sus inútiles prácticas, pueden resumirse brevemente diciendo que son el hábito de contemplar la Muerte de Cristo en lugar de Su Vida y de sustituir la meditación de Su pasado doloroso á la de nuestros deberes presentes.

53. En segundo lugar, aunque Cristo no lleve Su cruz, los profetas sombríos—los apóstoles perseguidos—los discípulos que han sufrido martirio, sí *lleven* la suya. Pues si os conviene recordar lo que vuestro inmortal Creador *ha hecho* por vosotros, también os conviene no olvidar lo que vosotros semejantes *han hecho*: podréis, según vuestro capricho, negar ó renegar á vuestro Creador—al Mártir sólo podréis olvidarlo, pero no podéis negarlo. Cada piedra de este edificio está cimentada con su sangre, y no hay juntura en sus pilares que no la haya rellenado con sus sufrimientos.

54. Conservando, pues, estas cosas en vuestros corazones, volvéos ahora hacia la estatua central de Cristo; oid su mensaje, y meditadlo. Sostiene el Libro de la Ley Eterna en Su mano izquierda: con la derecha bendice,—pero bendice condicional-

mente. «Haz esto, y vivirás», ó en sentido más estricto y riguroso: «*Sé* esto, y vivirás»: mostrar Piedad, no es nada—tu alma debe estar henchida de piedad; ser puros en las acciones, no es nada—también tu corazón debe de estar puro.

Y esta otra frase de la ley no abolida:—«Si *no* haces esto, si *no* eres esto, morirás».

55. Morir (sea cualquiera vuestro sentido de la Muerte) total é irrevocablemente. No hay palabra de perdón en la Teología del siglo trece (perdón, en nuestro sentido moderno) para los pecados, y tampoco se habla del Purgatorio para ellos. Encima de esta imagen de Cristo *con* nosotros, nuestro Amigo, está colocada la imagen de Cristo *sobre* nosotros, nuestro Juez. Para esta vida presente—hé aquí Su Presencia eficaz. Después de esta vida—ahí está Su venida para exigirnos cuenta de nuestros actos y de las intenciones de nuestros actos, y para separar al Obediente del Desobediente, al Amante del Perverso, sin dar al último esperanza de ayuda ni reconciliación. Ignoro qué comentarios ó atenuantes doctrinas fueron escritos en espantosas minúsculas por los Padres, ó formulados en murmullos dubitativos por los prelados de la Iglesia moderna. Pero sé que el lenguaje de cada piedra esculpida y de cada reluciente ventanal,—cosas diariamente vistas y universalmente comprendidas por el pueblo—eran única y absolutamente la enseñanza de Moisés en el Sinaí, la de

San Juan en Patmos, empezando en aquél y terminando en éste la Revelación de Dios á Israel.

Así fué la enseñanza—sencilla—severa—y sin interrupción—durante tres grandes siglos del Cristianismo en su plenitud (siglos once, doce y trece) en toda la extensión de su dominio, desde Jonia hasta Cirene,—y desde Calpe hasta Jerusalén. En qué época fué francamente adoptada la doctrina del Purgatorio por los Doctores Católicos, ni lo sé ni me curo de saberlo. Primero la formuló el Dante, pero no fué aceptada ni un sólo instante por los maestros del arte sagrado de su tiempo—ni por los de ninguna gran escuela ó período cualquiera (I).

(I) El origen más auténtico de la teoría del Purgatorio en la enseñanza comunicada por el arte, se encuentra en las interpretaciones posteriores al siglo XIII del versículo «también fué á predicar á las almas que estaban en prisión», que gradualmente se transformó en la idea de la liberación del poder de la tumba por la intercesión de los santos.

Literaria y tradicionalmente, creo que esta idea es de origen platónico; homérico de ningún modo. Egipcio, es posible;—pero todavía no he leído nada sobre los recientes descubrimientos hechos en Egipto. Sin embargo, no gustándome dejar los asuntos en la desnudez de mis propios recursos, he buscado el concurso de mi eximio informador Mr. Anderson (Jaime R.), que me escribe lo siguiente:—

«No hay duda sobre la existencia de la doctrina y de su universal inculcación en los tiempos anteriores al Dante. De un modo muy curioso se la menciona en la «Summa Theologica» en una de las traducciones más recientes que tenemos; pero encuentro por referencias que Santo Tomás

56. Ignoro—y me curo poco de saberlo—en qué época la idea de la Justificación por medio de la Fe, en su sentido moderno, se fijó distintamente

la enseñaba en otra parte. Alberto Magno la desarrolla extensamente. Si abris la «Leyenda Dorada» por el Día de las Animas, veréis que la idea reviste los caracteres de lugar común en una obra destinada al uso del pueblo del siglo XIII. San Gregorio (Papa) la defiende (Dial. IV, 38) en dos citas de la Escritura (1); el pecado que no se ha perdonado «in hōc sæculo» ni en el que ha de venir, y (2) el fuego que soportará cada acción del hombre. Creo que la filosofía platónica y los misterios griegos habrán encontrado mucha dificultad para imponer al principio la idea; pero en ellos—como en Virgilio—formaba parte de la visión oriental de la circulación de un río de vida, del cual solo algunas gotas caían á intervalos en un Eliseo permanente y definitivo ó en un Infierno definitivo y permanente. Lo cual se acuerda mejor con esta teoría que con el sistema cristiano, que asigna en todos los casos una importancia infinita á los resultados de la vida «in hōc sæculo».

»¿Conocéis alguna representación del Cielo ó del Infierno que no esté conexionada con el Juicio Final? Yo no recuerdo ninguna, y como el Purgatorio había pasado por aquel tiempo, esto explica la falta de pinturas que lo representen.

»Además, el Purgatorio precede á la Resurrección:—materia de continua polémica para los teólogos es saber qué clase de fuego pueda ser el del Purgatorio, que afecta al alma sin tocar al cuerpo;—quizás el Cielo y el Infierno, como opuestos al Purgatorio, parecieron aptos para ser pintados, pues no sólo implican la representación de las almas, pero también las de los cuerpos exaltados.

»En el comentario que da Bede de la visión del profeta

en el espíritu de las sectas y escuelas heréticas del Norte. En realidad, su vigor lo sustentaron los primeros autores en un ascetismo que se diferenciaba de la regla monástica en ser apto para destruir, no para crear, y se esforzaba en imponer á todos la severidad que creía deberse imponer á sí mismo, luchando también para hacer del mundo un monasterio sin artes, sin piedad y sin letras. Su violento esfuerzo estalló en medio de las furias de una reacción disoluta é incrédula, y se recuerda hoy como la más despreciable de las reconquistas populares y de los zurcidos hechos á cada desgarradura de la ley y de la conciencia, que el interés puede provocar ó la hipocresía disfrazar.

57. Para las subsiguientes disputas entre las dos grandes sectas de la iglesia corrompida, referentes á las oraciones para los Muertos y las Indulgencias para los Vivos, á la supremacía papal, ó á las libertades populares, ningún hombre, mujer ó niño debe de perder el tiempo en estudiar la histo-

Ayrshire, háblase del Purgatorio en términos semejantes á los del Dante cuando describe el segundo círculo del Infierno, y el ángel que acaba por salvar al escocés del demonio cruza el Infierno «quasi fulgor stellæ micantis inter tenebras»—«qual sul presso del mattino,—Per gli grossi vapor Marte rosseggiá.» El nombre de Bede tenía mucha autoridad en la Edad Media. Dante lo encuentra en el Cielo, y confío en que le habrá sido útil el encuentro con mi compatriota, que vivió más de seiscientos años antes.»

ria del Cristianismo: esas cosas solo son disputas de los hombres, y risas de los demonios entre sus ruinas. La Vida, el Evangelio y su Poder, están admirablemente impresos en las obras de los verdaderos creyentes: en Normandía y en Sicilia, en las isletas ribereñas de Francia y en las márgenes cubiertas de césped de los ríos ingleses, en las rocas de Orvieto y en las arenas del Arno. Pero entre todas las obras, la que comunica lección más sencilla, más completa é imponente al espíritu curioso del Norte europeo, es la edificada con las piedras de Amiens.

58. Lector, puedes creer ó no creer esto; pero advierte que hubo un tiempo en que *fué* creído, y que todas las bellas cosas se hicieron, y todas las nobles acciones se realizaron cuando la fe se encontraba en su plenitud antes de que llegase lo que podemos llamar «tiempos presentes», en que el problema de saber si la Religión ejerce alguna influencia sobre la moralidad preocupa á algunas personas que no tienen ninguna idea esencial sobre lo que significa Religión y Moralidad.

Por lo que á este debate concierne, quizás tengáis la paciencia de leer este final—mientras la Flecha de Amiens se desvanece en la lejanía y vuestro tren os conduce á la Isla de Francia, que ofrece hoy las más admiradas muestras del arte, de la inteligencia y de la vida europea.

59. Todas las criaturas humanas—en todos

los tiempos y lugares—que tienen amores ardientes, sentido común y dominio sobre sí mismas, han sido y son Naturalmente Morales. La naturaleza humana en su plenitud es necesariamente moral—sin amor es inhumana—sin sentido (1) inhumana—sin disciplina, inhumana.

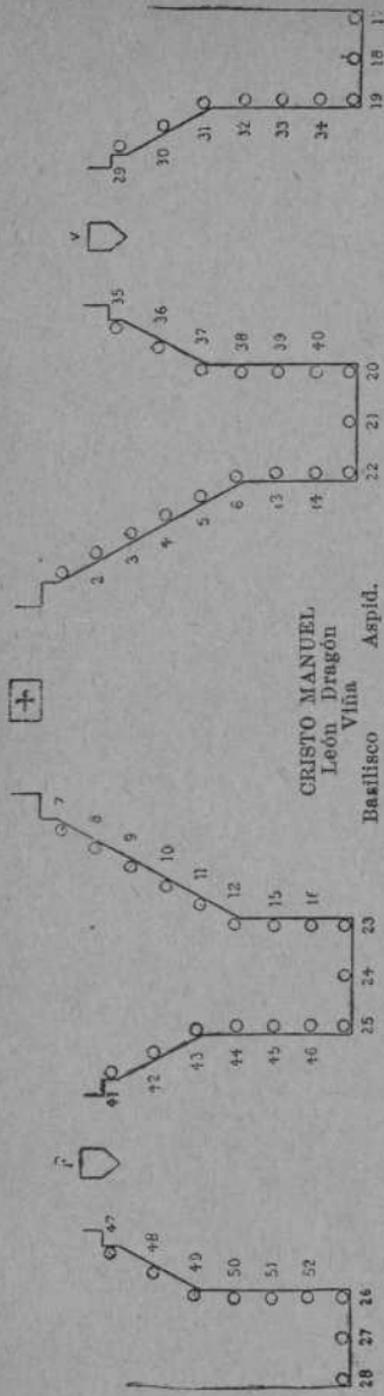
En relación exacta con la aptitud de los hombres para realizar estas cosas, ó en la que se les ha enseñado á amar, pensar ó resistir, ganan en nobleza,—viven felices,—mueren tranquilos: su raza los recuerda con perenne honor y gratitud. Todos los sabios han sabido y saben esto desde que la forma humana se elevó del polvo. Su conocimiento y arraigo nada tiene que ver con la Religión: un hombre bueno y cuerdo difiere de otro malo é idiota, en lo que un buen perro de otro malo, y un perro cualquiera de un lobo ó de una comadreja. Y si habéis de creer—ó predicar sin creer—la fe en un mundo ó ley espiritual—sólo con la esperanza de justificar lo que hagáis (ú otros hagan) eso será insensato ó indigno y podrá ser enmendado y rectificado y perdonado gracias á esas doctrinas:—preferible es que creáis menos en un mundo espiritual—pero que habléis menos y con más respeto.

60. Pero si amando á las criaturas que son

(1) No quiero decir *æsthesis*—sino *νοῦς*, si es preciso que hablemos en la jerga griega.

vuestros semejantes, advertís que amaríais con mayor intensidad á las criaturas mejores que vosotros, si os fuesen reveladas; si, esforzándoos con todo vuestro poder en mejorar cerca y alrededor vuestro lo que es malo, pensáis en el día en que el Juez de toda la Tierra discernirá con entera justicia y agrupará todas las colinas (1); si, separados de los compañeros que os proporcionaron los mejores días que gozásteis en la Tierra, deseáis encontrar de nuevo sus miradas y estrechar sus manos—donde las miradas no se nublen ni las manos desfallezcan;—si, preparándoos vosotros mismos para reposar bajo la yerba en el silencio y la soledad, sin ver la belleza, sin sentir la alegría—queréis preocuparos de la promesa que se os ha hecho de que un tiempo vendrá en que volveréis á ver la luz de Dios y conoceréis las cosas que aspiráis á conocer, y marcháis en la paz del perdurable Amor—*entonces*, la Esperanza de estas cosas será para vosotros Religión y su Sustancia en vuestra vida, Fe. Y en su virtud se nos ha prometido que los reinos de este mundo serán un día los reinos de Nuestro Señor y de Su Cristo.

(1) Salmo LXV. 13.



CRISTO MANUEL
León Dragón
Vña Aspíd.

SAN FERMIN

- 47 S. Godofredo.
- 48 Un Angel.
- 49 S. Fusciano Mártir.
- 50 S. Victorico Mártir.
- 51 Un angel.
- 52 Sta. Ulfa.
- 41 S. Fermín Conf.
- 42 S. Domicio.
- 43 San Honorato.
- 44 S. Sabas
- 45 S. Quintin.
- 46 San Gentiano.

DAVID

- Lirio
- Rosa
- 1 Valor
- 2 Paciencia
- 3 Bondad
- 4 Amor
- 5 Obediencia
- 6 Persever
- 13 ISAIAS
- 14 JEREMIAS

MADONA

- 35 Rey Mago.
- 36 Rey Mago.
- 37 Rey Mago.
- 38 Herodes.
- 39 Salomón.
- 40 Reina de Saba.

- 26 Haggeo.
- 27 Zacarias.
- 28 Melaiquias.

- Nabum.
- 24 Habacuc.
- 25 Sofonias.

- 20 Abdias.
- 21 Jonás.
- 22 Miqueas.

- 17 Oseas.
- 18 Joel.
- 19 Amós.

A MIENS
Plano del Tórtico Oeste

APÉNDICES

APÉNDICE I

LISTA CRONOLÓGICA DE LOS PRINCIPALES SUCESOS QUE SE MENCIONAN EN LA «BIBLIA DE AMIENS».

Anno Domini.		Ca- pitulo.	Sección
250.	Origen de los francos.	II	17
301.	San Fermín llega á Amiens. . .	I	6
332.	San Martín.	I	22
345.	Nacimiento de San Jerónimo. . .	III	12
350.	Primera iglesia de Amiens, sobre la tumba de San Fermín.	IV	15
358.	Los francos vencidos por Juliano cerca de Estrasburgo. . . .	II	35
405.	La Biblia de San Jerónimo. . . .	II	81
420.	Muerte de San Jerónimo. . . .	III	40
421.	Nacimiento de Santa Genoveva. Fundación de Venecia. .	II	3
445.	Los francos pasan el Rhin y toman á Amiens.	I	10
447.	Meroveo, rey de Amiens. . . .	I	12
451.	Batalla de Chalón. Atila derrotado por Aecio.	I	10

Anno Domini.		Ca- pítulo	Sección
457.	Muerte de Meroveo. Childerico rey de Amiens.	I	12
466.	Nacimiento de Clodoveo.	II	83
476.	Fin del imperio romano en Ita- lia, bajo Odoacro.	I	12
481.	Fin del imperio romano en Francia.	II	83
	Clodoveo coronado en Amiens. }	I	12
		II	2
	Nacimiento de San Benito.	II	3
485.	Batalla de Soissons. Clodoveo derrota á Siagrio.	II	83
486.	Siagrio muere en la corte de Alarico.	II	83
489.	Batalla de Verona. Teodorico vence á Odoacro.	II	88
493.	Clodoveo en casa de Clotilde. . .	II	84
496.	Batalla de Tolbiac. Clodoveo derrota á los alemanes.	II	86
	Clodoveo coronado en Reims por San Remigio.	I	13
	Clodoveo bautizado por San Remigio.	I	20
508.	Batalla de Poitiers. Clodoveo derrota á los visigodos á las órdenes de Alarico. Muerte de Alarico.	I	13

APÉNDICE II

PLAN GENERAL DE «LO QUE NOS HAN CONTADO NUESTROS PADRES»

(Este Apéndice corresponde al tercero del original inglés. El segundo contiene una lista de fotografías de la Catedral de Amiens hechas por Mr. Kaltembacher á instancias de Ruskin, pero que éste no pudo incluir en su obra por faltarle los recursos á que alude más adelante. Refiérense á los cuadrifolios descritos en el cap. IV, y esto hace innecesario su reproducción).

La primera parte de «Lo que nos han contado nuestros padres» que ahora se somete al público, basta para mostrar el plan y la tendencia de la obra. En contra de mis hábitos, recurro á la suscripción para editarla, pues conforme al número de los que se presten á sufragar los gastos haré más provechosa su lectura ilustrándola con grabados.

En el estado actual de mi salud no advierto ningún signo que me haga temer la debilidad de mis facultades generales, tanto en concepción como en trabajo—excepto el natural y obligado

enfriamiento del entusiasmo en un viejo. Sin embargo, siento que éste sobrevive en mí, hasta el punto de poder garantizar á los lectores que no abandonaré un proyecto acariciado veinte años.

La obra, si vivo lo necesario para terminarla, constará de diez partes (I), cada una de las cuales se referirá á un aspecto local de la Historia Cristiana, y todas juntas propenderán á mostrar el influjo de la iglesia en el Siglo Trece.

El presente volumen realiza la primera parte, describiendo los comienzos del poderío franco y el apogeo artístico á que llegó en la Catedral de Amiens.

La segunda parte, «Ponte della Pietra», creo que hará más por Tegdorico y Verona de lo que he podido hacer por Clodoveo y la primera capital de Francia.

La tercera, «Ara Cœli», se ocupará en los fundamentos del poder papal.

La cuarta, «Ponte-a-Mare», y la quinta, «Ponte Vecchio», solo ensamblarán en breve forma y con gran dificultad los materiales que poseo referentes á Pisa y á Florencia.

La sexta, «Valle Crucis», se ocupará en la arquitectura monástica de Inglaterra y el país de Gales.

La séptima, «Las fuentes del Euro», estará com-

(1) Sólo publicó ésta.—(N. del T.)

pletamente consagrada á la catedral de Chartres.

La octava, «Domrémy», á la de Roán y á las escuelas arquitectónicas que representa.

La novena, «La Bahía de Uri», á las formas Pastorales del Catolicismo hasta nuestros días.

Y la décima, «Las Campanas de Clusio», al protestantismo Pastoral de Saboya, de Ginebra y de la frontera escocesa.

Cada parte se compondrá de cuatro capítulos, y uno de ellos, el cuarto generalmente, contendrá la descripción de una ciudad ó de una catedral histórica considerada como resultante y vestigio de la influencia religiosa estudiada en los capítulos precedentes.

Cada capítulo tendrá una ilustración por lo menos, y se harán otras para depositarlas en el Museo de Sheffield, y que el público pueda confrontarlas. Se intercalarán en el texto si se me ofrece la necesaria ayuda.

Mi propósito es que esta obra se reserve exclusivamente para los suscriptores.



ÍNDICE ALFABÉTICO

«Siguiendo el método observado por Ruskin en las últimas ediciones de sus libros, las referencias de este índice se hacen á los capítulos y secciones, no á las páginas.

Ast: IV. 51, quiere decir: Capítulo IV., § 51.)

- Aarón, la vara de, IV. 51.
Admiración, el testimonio de la, IV. 8.
Afgana, la guerra, II. 43.
Afrodita, II. 3.
Agrícola, III. 21.
Alarico, derrotado y muerto por Clodoveo en Poitiers, I. 14; II. 49.
» el Joven, II. 49.
Albofleda, hermana de Clodoveo, II. 48.
Alejandro III y Barbarroja, IV. 35.
Alemania (Germania), II. 19.
Alfabeto, el, en Mesia, III. 22.
Alfredo, Rey de Inglaterra, el sentimiento religioso bajo, I. 34 n.
Alpes, los, III, 29.
AMIENS. (1) Historia; (2) Ciudad; (3) Catedral.
(1) *Historia de:*—
su antiguo pueblo y los dioses romanos, I. 6.
tomada por los francos bajo Clodión, I. 10.
manufacturas antiguas de, I. 2, 3.
» de espadas, IV. 43.
» de lana, IV. 41.

AMIENS. Historia de:—

religión y cristianismo:—

el Bello Cristo de Amiens, I. 3, 36.

San Fermín es el que primero predica en, I. 6, 7
y sig.

el primer episcopado de Francia, I. 8.

la primer iglesia, I. 8, 9; IV. 14.

bajo San Godofredo, IV. 45.

(2) La Ciudad:—

el país circundante, I. 3.

las colinas y tierras vecinas, I. 22.

las chimeneas de fábricas, I. 4, 8.

la estación del ferrocarril, I. 1-4.

la puerta romana, I. 22.

San Aqueolo, la chimenea de, I. 8, 22.

ríos y orillas de, I. 2.

la «Venecia de Francia», I. 2.

(3) La Catedral:—**(a) Historia:—**

libros sobre, IV. 5 n.

erección de, IV. 2.

» ¿por quién?, IV. 12.

historia de las primeras iglesias, IV. 14.

(b) aspecto general de:—

comparada con otras catedrales, IV. 1.

consumación del carácter francés, II. 38.

el «Partenón de la Arquitectura Gótica», IV. 1.

(c) examen detallado de:—

cerca, cuanto más mejor, IV. 6.

ábside, su altura, IV. 9.

» la primera obra perfecta de la arquitec-
tura del Norte, IV. 11.

Coro, IV. 5 y n.

fachada, IV. 28 y sig.

» pórtico central:—

» » los apóstoles del, IV. 29.

» » Cristo Manuel, David, IV. 28.

» » los profetas del, IV. 29.

» » Norte (San Fermín), IV. 44.

» » Sur (Madona), IV. 48.

flecha, desde la estación, I. 4, 5; IV. 7, 58.

el pavimento, IV. 27.

restauración de la, IV. 27, 43.

AMIENS. *Historia de:*—

- molduras, IV. 27.
- esculturas, IV. 51.
 - » de los profetas, mejor que de las virtudes, IV. 42.
 - » crucero de la, IV. 7, 8, 43 n.
- Amós, figura y cuadrifolios, IV. 43.
- Anacoretas, antiguos, III. 29, 30.
- Anderson, J. R., sobre el Purgatorio, IV. 55 n.
- Angélico, enseñanza espiritual de, III. 46.
- Angulema, leyenda de sus valles, II. 47 n.
- Apócrifo, los evangelios, III. 40.
- Apóstoles y virtudes, IV. 37 sig.
- Arabe, Gótico y Clásico, III. 13.
- Arabia, III. 13.
 - » influencia y religión de, III. 19.
 - » libro de F. Palgrave sobre, III. 17-18.
- Arlés, derrota de Clodoveo en, II. 47, 53.
- Armadura antigua de los francos, II. 33.
- Arquitectura, origen egipcio de la, III. 27.
 - » carácter literal de la antigua y cristiana, IV. 4.
 - » y naturaleza, IV. 10.
 - » del Norte, pedía la mayor cantidad de luz, I. 139; IV. 2.
 - » del Norte, pasión de la, IV. 10.
 - » «pureza de estilo» en la, IV. 2.
- Arte, la Biblia influyendo é influida por el cristianismo, III. 45-46.
 - » es lo todo gran, pref.
 - » y literatura, acción mental del, III. 47.
- Arrianismo de los visigodos, I. 13.
- Ascetismo, su influencia rectamente practicado, III. 29.
- Asia, las siete iglesias de, III. 12.
 - » Menor, mal nombrada, III. 12.
 - » sentimiento religioso de los asiáticos, I. 35.
- Asiría, antiguo reino de, y los judíos, III. 18.
- Aspid, IV. 33-34.
- Astronomía de los egipcios, III. 27.
- Ateísmo, representado en una figura de la Catedral de Amiens, IV. 41.
 - » y el sabio, IV. 41.
 - » moderno. Véase «Infidelidad».

- Atenas, influencia de, en Europa, III. 12.
 Atenea, III. 53.
 Atila, derrotado en Chalons, I. 10.
 Atlántico, cable, III. 8.
Attuarii, II. 18. 28 n.
 Augures, Colegio de, III. 26 n.
 Aureliano, el Emperador, en Dacia, II. 15.
 Aator, el:—
 su amor á las catedrales, III, 52.
 es conservador, pref.
 sobre los mitos griegos, III. 52.
 » Homero y Horacio, III. 52.
 la religión del, IV. 55 y sig.
 sobre la religión romana, III. 52.
Citas de sus libros:—
 «Ariadna Florentina», sobre la «franqueza», II. 28.
 «Ficción, Fair and Foul», IV. 35.
 «Fors Clavigera», Carta 61, IV. 20 n.
 » » 65, IV. 43 n.
 «Leyes de Fiésolo», pref., III. 7.
 «Pintores modernos», plancha 73, d. 31.
 «Reposo de San Marcos», III. 48; IV. 36.
 «Piedras de Venecia», IV. 49 n.
 «Dos pasados», IV. 8 n.
 «Valle del Arno», II. 28 n.
 Avaricia, IV. 35, 41.
 » figura de la, IV. 41.
 Báltico, tribus del, II. 11, 12.
 Barbarrosa, IV. 35.
 Bautismo, no es esencial para la salvación, I. 29.
 Bayeux, obispo, IV. 24.
 Beauvais, Catedral de, IV. 1.
 «Biblia de Amiens», significación del título, IV. 44.
 BIBLIA, la Santa:—
 » el arte, influido por la, III. 45.
 » y Clodoveo, II. 47.
 » desobediencia al aceptar lo que sólo vemos en
 la, III. 41.
 » historia de la, y su aceptación por la Iglesia, IV.
 39 y 40.
 » influencia de la, III. 42.
 » inspiración de la, III. 48.
 » la «Biblioteca de Europa», III. 36.

BIBLIA, la Santa:—

- » la literatura y la, III. 44.
 - » de San Jerónimo, III. 26.
 - » estudio de la, por el autor, III. 52.
 - » » de la, honesto y deshonesto, III. 42.
 - » enseñanza de la, III. 49.
 - » Gótica de Ulfilas, III. 22.
 - » significación de la palabra «Biblia», III. 37.
- Biblioteca, III. 37.
- Bizancio, influencia de, III. 12.
- Blasfemia, IV. 25.
- Boulin, Arnaldo, IV. 5.
- Bouvines, Catedral de, IV. 24.
- Bretaña, dió al cristianismo sus primeras leyendas, II. 15.
- » divisiones de, III. 24.
 - » y el imperio romano, II. 9.
- Bretones, en Francia, I. 9, 12, 16.
- Brocken, cima del, II. 22.
- Bructeri*, los antiguos, II. 18.
- Bunyan, Juan, I. 25.
- Burgundios, y Francia, I. 9, 12, 16.
- » extienden el reino, II. 49.
 - » el rey de los, II. 50.
- «Bussey and Gaspey», Historia de Francia de, II. 50.
- Butler, el coronel, pref., I. 35 n.
- Byron, el «Cain» de, III. 44.
- Caballería, II. 33; II. 54.
- » su origen egipcio, III. 27.
- Calais, camino á Paris, I. 16.
- Canarias, islas, III. 13.
- Cancán, el, IV. 41.
- Canterbury, Iglesia de San Martín, y San Agustín, I. 29.
- Canuto, III. 16.
- Carlomagno, la religión bajo, I. 34 n.
- Caridad, IV. 8; 4, 41.
- Carlyle, T., descripción de Polonia y Prusia, II. 10.
- » Federico el Grande, III. 47.
- Carpaccio, I. 2 n.
- Cartago, III. 13.
- Cassel, II. 24.
- Castidad, Catedral de Amiens, IV. 41.
- Catedrales, amor de Ruskin por las, IV. 1.
- » sacristanes de, IV. 1.

- Catedrales diferentes, IV. 1.
 » plan de las medioevales y su significación religiosa, IV. 4.
 «Catti», los antiguos, II. 18, 27.
 Centurias (ó siglos) división de las, II. 1.
 Chalons, derrota de Atila en, I. 10,
 «Chamavi», los antiguos, II. 18.
 Chapman, Jorge, IV. 20-21.
 Chartres, la catedral de, IV. 1.
 Chaucer, II. 28.
 «Chaucii», los antiguos, II. 18, 27.
 Childeberto, hijo de Clodoveo, II. 48.
 Childerico, hijo de Moroveo, I. 10.
 Cimabue, la Madona de, IV. 49.
 Cincinnato, III. 21.
 Cirene, III. 13.
 Circunstancias, el hombre como criatura de las, III. 1, 3.
 Clásica, literatura, III. 53.
 Clásicos, países, de Europa (Gótico y Árabe), III. 11.
 Claudio, el emperador, era dacio, II. 15.
 Clérigo, moderno, I. 27.
 » protestante, III. 33.
 Clima, y nacionalidad, I. 15.
 » clasificación de las razas por el, III. 9.
 Clodión, toma á Amiens, I. 10.
 Clodoaldo, hijo de Clodomiro, II. 48.
 Clodomiro, hijo segundo de Clodoveo, II. 48.
 Clodoveo, Rey de los francos, I. 9.
 » carácter de, I. 21.
 » nace, II. 49.
 » muere, II. 44.
 » familia de, II. 48.
 » su significación, II. 48.
 » reino de, I. 20.
 » coronado en Amiens, II. 2.
 » » en Reims, I. 13.
 » derrota de, en Arlés, II. 47.
 » pasa el Loira, I. 33.
 » y el vaso de Soissons, II. 41-43.
 » victorias de, I. 13, 34 n.
 » » los francos después de sus, II. 38.
 » religión de:—
 » ruega al Dios de Clotilde, I. 9, 13, 21; II. 54.

- Clodoveo, su conversión al cristianismo, I. 20-21.
 » sus respetos por el cristianismo, II. 49 n.
 » » » la Abadía de San Martín, I. 32.
 » análisis de su cristianismo, II. 47.
 » hijo de Childerico, I. 11.
 » » » invade á Italia, I. 11.
 » » » reinado de, I. 10.
 » Santa Genoveva, París, fundada por, II. 55.
 » Reims enriquecida por, II. 49.
- Clotilde (mujer de Clodoveo, hija de Chilperico), I. 9, 34.
 » educación de, II. 49.
 » el Dios de, I. 9, 13, 21.
 » » II. 54.
 » viaje á Francia, II. 50.
 » casamiento de, I. 13; II. 48.
 » la madre de, II. 49 n.
 » significa, II. 48.
- Cobardía, figura de la, en la Catedral, IV. 41.
- Codicia y ateísmo, IV. 41.
- Colcos, tribus del lago de, II. 11.
- Cólera, III, 42.
 » es vicio femenino, IV. 41.
 » escultura de la, en la Catedral, IV. 41.
- Colonia, II. 54.
- Comercio y protestantismo, III. 43.
- Constancio, emperador, era dacio, II. 15 n.
- Constantino, emperador, corte lasciva de, III. 20.
 » » influencia de, II. 54.
- Corona, de la Esperanza, IV. 41.
- Creasy, Sir E., *Historia de Inglaterra*, III. 5-6.
- Crecy, batalla de, I. 2.
- Crimen (en el Rey Lear), I. 18.
- «Cristiano», El, periódico, III. 48.
- Cristianismo y la Biblia, III. 26.
 » y Clodoveo, I. 21
 » antiguo en Bretaña, Galia y Germania, II. 15.
 » al final del siglo v, II. 54.
 » gentil, III. 39.
 » Gótico, Clásico, Arábigo, III. 25.
 » influencia literaria, III. 26.
 » medioeval, sajón y franco, I. 34, 35.
 » moderno, I. 27.

- Cristianismo. Las inteligencias modestas son las más aptas para recibirlo, III. 39.
 » y la vida monástica, III. 26.
 » y la Biblia de San Jerónimo, III. 37.
- Cristo, El Bello Cristo de Amiens, IV. 3, 36.
 » y los doctores, IV. 51.
 » su vida, no su Muerte, debe ser considerada, IV. 52.
 » su vuelta á Nazareth, IV. 51.
 » estatua de, en Amiens, IV. 28, 36.
 » » » su significación, IV. 52.
- Cruz, influencia de la, en la historia, III. 42.
 » entre los protestantes, III. 43.
- Dacia, II. 9.
 » cinco emperadores romanos de, II. 15 n.
- Dalmacia, III. 23.
- Daniel, estatua de, en la Catedral, IV. 38, 42.
 » cuadrifolios, IV. 43, 51.
- Dante, como resultante de la Biblia, III. 44.
 » poeta cristiano, IV. 20.
 » influencia de Virgilio en el, III. 53.
 » citas del, IV. 36 n.; IV. 41.
- Danubio, tribus del, II. 11.
- Darwinismo, II. 30; IV. 43.
- David, y la vida monástica, III. 26.
 » estatua de, en la Catedral, IV. 31.
- Demonio, respuesta de San Martín al, I. 28.
- Desesperación, IV. 41.
- Dinamarca, bajo Canuto, III. 16.
- Diocleciano, III. 20.
- Dios, reinado de, I. 136; III. 54.
- Disciplina, esencial al hombre, IV. 29.
- Dniester, importancia del, III. 9-10.
- Doctor, predica en Matlock. III. 48 n.
- Douglas, obispo, III. 53; IV. 20.
- Dove, el, tipo de humildad, IV. 41.
 » el río, de Isaac Walton, I. 2.
- Dover, IV. 90.
- Drachenfels, distrito del, II. 20, 22.
- Dragón, bajo el pie de Cristo, en la Catedral de Amiens, IV. 34.
- Druidas, en Francia, I. 6.
- Durham, la Catedral de, IV. 1.
- Dusevel, historia de Amiens de, I. 2 n.

- Eder, el, II. 24.
 Egipto, III. 13.
 » idolos, la caída de los, III. 19.
 » y el origen de la enseñanza, III. 27.
 » teología de, y Grecia, III. 27.
 Eisenach, II. 24.
 Ejecución, antigua y moderna, II. 43.
 Elba, tribus del, II. 11.
 Eleazar, figura de, IV. 43.
 Enrique VIII, y el papa, IV. 41.
 Esperanza, figura de la, IV. 41.
 Etiopía, el señor castiga á, IV. 43.
 Europa, condición é historia de, II. 13, 54.
 » comarcas de, doce, III. 14.
 » división de, Gótica y Clásica, III. 11 sig.
 » » del Vístula al Dniester, III. 9-11.
 » geografía de, III. 9-18, 22-23 sig.
 » griega, III. 12.
 » » imaginación, y el orden romano, influen-
 cía, III. 20.
 » tribus nómadas de, II. 11 y n.
 » antigua vida campesina, II. 13.
 Evangélico doctrina y comercio, III. 43.
 Everardo, Obispo de Amiens, su tumba, IV. 24.
 Ezequiel, figura de, IV. 42.
 Fanatismo, y la Biblia, III. 41.
 Fausto, de Goethe, I. 7; II. 21; III. 44.
 Favine, Andrés (historiador), II. 30, 32.
 Fe, medioeval, IV. 3.
 » representada, I. 41.
 Feudo, etimología de, IV. 17 n.
 Florencia, IV. 1.
 Fortaleza, escultura de la, IV. 41.
 Fox, Carlos, III. 5.
 » Doctor, cuáquero, III, 48 n.
 Francés, carácter antiguo, I. 11.
 » su actividad, II. 29.
 » su innata verdad, II. 16.
 » su lealtad, II. 42.
 » hace perfectos servidores, II. 28.
 » libertad y actividad.
 » » igualdad y fraternidad, bajo Clodoveo,
 II, 42.

- Francés, su gentileza, II. 15.
 » religión, antigua y moderna, IV. 41.
 » Revolución francesa, I. 33; II. 16; IV. 7, 23.
- Francia, Amiens y Calais, I. 3.
 » arquitectura de, IV. 2 n.
 » libros sobre, I. 34; II. 43; II. 50 n.
 » Catedrales de, IV. 1.
 » restauración de la catedral, IV. 47.
 » iglesias de, la primera, I. 8.
 » colores del escudo de, II. 3.
 » tribus antiguas de, I. 8, 11.
 » y los francos, I. 9 sig.
 » geografía y geología del Norte de, I. 16.
 » la isla de, París, IV. 58.
 » Reyes de, IV. 16.
 » mapa de, I. 12.
 » la dinastía merovingia, I. 34.
 » pueblos de, clasificados por climas, I. 15.
 » provincias de, I. 16.
 » y Prusia, la guerra, II. 17.
 » ríos de, I. 12.
- Francisca, la (arma), II. 32.
- Francos, su significación, II. 27, 28.
 » los, agricultura, juegos, comercio, II. 37.
 » carácter de los, II. 15, 35, 38.
 » etimología, II. 32.
 » manera de pelear, II. 36; IV. 43 n.
 » Holanda y, II. 30.
 » Juliano los derrota, II. 31 n.; II. 35.
 » Reyes de los, I. 9 sig.
 » modernos, I. 34.
 » originarios de Germania, II. 15, 17, 24.
 » religión de los, bajo San Luis, I. 35.
 » extensión del poderío, I. 13.
 » Galia deviene Francia, III. 16.
 » el Rhin fortificado contra los, II. 26 n.; 31.
 » tribus de los, según Gibbon, II. 18.
 » sus armas, «Achón» y Francisca, II. 32, 33.
- Franqueburgo, II. 24-25.
- Franqueza, significación de la, I. 9; II. 28 y n.
- Froissart, estado, II. 33.
- Fulda, II. 24.
- Futura, la vida, IV. 60.

- Gabriel, el Arcángel, figura, IV. 50.
- Galos, en Francia, I. 9.
- » devienen Francos, III. 16.
- » significación de la palabra, II. 8 sig.
- » y Roma, II. 9.
- Gascones, los, I. 16.
- Gedeón, figura de, IV. 51.
- Gentileza, figura de la, IV. 41.
- Geometría, en Egipto, III. 27.
- Germania, II. 19.
- » y los francos, I. 13; II. 15 *n.*, 17.
- » y Roma, II. 9.
- » costumbres domésticas, II. 23.
- » ducados de, II. 19.
- » geografía de, II. 20.
- » geología de, II. 25.
- » mapas de, II. 19.
- » montañas de, II. 23.
- » ferrocarriles de, II. 19.
- » San Martín y el Emperador de, I. 30.
- » tribus de, II. 18.
- Gibbon, «El imperio Romano» de:—
- sobre el Cristianismo, II. 44.
- Sus errores, III. 29 *n.*
- sus generalizaciones, III. 23-24 y *n.*
- sus epítetos gratuitos, II. 34.
- sus opiniones imprecisas, II. 31 *n.*
- no siempre fundadas, II. 38.
- su satisfecha serenidad moral, II. 27.
- su estilo retórico, II. 35, 37; III. 21.
- sobre Angulema, II. 47.
- » ascetismo, III. 29.
- Cristianismo, III. 39.
- Clodoveo, II. 45-46, 49.
- Egipto y vida monástica, III. 27.
- Europa, división de, III. 23.
- » naciones de, III. 19 *n.*
- Francos, los:—
- » su aspecto, II. 36-38.
- » su carácter, II. 36-38.
- » su libertad, II. 31 *n.*
- » cruzan el Rhin, II. 31 *n.*
- después de Tolbiac, II. 52.

- Gibbon, Gnósticos, III. 39 n.
 Justiniano, II. 15 n.
 milagros, II. 47 n.
 monaquismo, III. 26.
 carácter monástico, III. 29.
 Imperio Romano y sus divisiones, III. 21-22.
 Escotos y Celtas, III. 24 n.
 Teodoberto, muerte de, II. 11 n.
 Teodorico, gobierno de, II. 53.
 » en Verona, II. 14.
 Tolbiac, la batalla de, II. 52.
- Gilbert, Monseñor, IV. 14.
 » » su tumba de bronce, IV. 23.
- Ginebra, II. 3.
- Giotto, la enseñanza de las Escrituras en el, III. 46.
- Globo, divisiones del, III. 8.
- Gnósticos, III. 39.
- Gobierno y nacionalidad, III. 15.
- Godofredo. Véase «San Godofredo».
- Gonfalón, estandarte, IV. 41.
- Gótica, la arquitectura, IV. 2.
 » clásica y arábica, III. 19.
 » y el clásico europeo, III. 11.
 » guerras con Roma, III. 20.
- Goyer, Monseñor, IV. 41.
- Griego, el alfabeto, III. 22.
 » el territorio, toda Europa Sur hasta el Danubio,
 III. 12, 22.
 » la imaginación, III. 20.
 » mitos y las leyendas cristianas, III. 53.
- Griegos, los, y el Imperio Romano. II. 12.
- Guardias, de la Reina, pref.
- Güelfo, etimología, IV. 46.
- «Guinevere», II. 3.
- Habbacuc, figura de, IV. 43.
- Hacha, de combate, II. 32.
- Hartz, montañas, II. 20.
- Heligolandia, II. 12.
- Heráldica, el leopardo inglés, II. 31.
 » los colores franceses, II. 3, 32.
 » Uri, el escudo de, II. 11 n.
- Hércules y el León de Nemea, III. 54.
- Herodes y los tres Reyes, IV. 50-51.

- Herodoto, sobre la influencia egipcia en Grecia, III. 27.
 Hilda, derivación de, II. 48.
 Hildeberto, » II. 48.
 Historia, división de la, en cuatro periodos, II. 1.
 » cómo suele escribirse, I. 17-19.
 » cómo debiera de escribirse, pref.
 » popular, I. 19.
 » debiera recordar hechos, III. 26, 33, n.
 Honor, del hijo al padre, IV. 17.
 Huet, Alejandro, IV. 5 n.
 Humanidad, lo que es esencial en la, IV. 59.
 Humildad, III. 4.
 » escultura de la, IV. 41.
 Hunos, los, en Francia. I. 14.
 Idolatría y ateísmo, IV. 41.
 » y simbolismo, IV. 36.
 Iliria, III. 23.
 India é Inglaterra, III. 16.
 Indianos, en Norte América, II. 48.
 Infidelidad moderna, I. 19; II. 28; III. 2.
 Ingelow, Miss, II. 4.
 Inglaterra, dominios de, III. 5-6.
 » guerra afgana, II. 43.
 » Irlanda, pref.; I. 2; III. 6.
 » Escocia, III. 6.
 » Zululandia, III. 6.
 » deseo de riqueza, III. 7.
 » ríos de, I. 3.
 » catedrales de, IV. 1.
 » carácter estólido, II. 30.
 » lengua, sus virtudes, IV. 24.
 » turismo, III. 29; IV. 12.
 Inmortalidad, II. 13.
 Inocentes, los Santos, IV. 51.
 Inscripción en las tumbas de los Obispos Everardo y Godofredo, IV. 24, 26.
 Inspiración de actos y palabras, III. 48.
 » de la Escritura, III. 48.
 Invasión no es posesión de un país, III. 16.
 Irlanda é Inglaterra, pref.; III. 6.
 » tribus de, III. 24 n.
 Isaías, figura de, IV. 38, 42.
 Italia, bajo los ostrogodos, III. 16.

- Jacob, III. 26.
 Jameson, cita del escritor, I. 23 n., 28
 Jeremías, figura de, IV. 38, 42.
 Jerusalén, caída de, III. 39.
 Joel, figura de, IV. 43.
 Johnson, Dr., IV. 17 n.
 Jonás, figura de, IV. 43.
 Juana de Arco, II. 7, 55; IV. 7.
 Judíos, los, y Asiria, III. 18.
 » retorno á Jerusalén, III. 39.
 » sustituyen la usura á la profecía, III. 19.
 Juliano, Emperador, suprime á los augures, III. 26 n.
 » » y Constancio, II. 31 n.
 » » muerte de, III. 34, 36.
 » » derrota á los francos, II. 35.
 » » refortifica al Rhin, II. 28 n.
 » » y San Martín, I. 24.
 » » su victoria en Estrasburgo, II. 35.
 Justiniano, dacio de nacimiento, II. 15 n.
 » su significación, II. 15 n.
 Karr, Alfonso, cita de, I. 36.
 Kempis, T., III. 44.
 Laón, leyenda de su Catedral, IV. 41 n.
 Latín é inglés comparados, IV. 24 sig.
 Lear, Rey, historia de, I. 17-18.
 Lemosin, I. 16.
 Leopardo, en la heráldica inglesa, II. 31.
 Leucotea, II. 3.
 Ley y gobierno, III. 15.
 » antigua y nueva forma de la, II. 43.
 Leyendas, verdaderas ó no, I. 23 sig.; III. 54.
 » racionalización de las, II. 47 n.
 Libertad, Igualdad y Fraternidad, II. 42.
 » y actividad, II. 29.
 » y «franqueza», II. 27, 28 n.
 Libia, III. 12.
 » y la invasión vándala, III. 16.
 » III. 12.
 Lirios, IV. 32.
 Literatura y arte, III. 47.
 » y la Biblia, III. 51.
 » barata, III. 7.
 Locura, escultura de la, IV. 41.

- Luis I de Francia, II. 40.
 » VIII » IV. 16.
 » Véase «San Luis».
- Luca della Robbia, III. 46.
- Luini, III. 46.
- Luna, río de la, I. 3.
- Madona, figura de, IV. 7.
 » pórtico de la, IV. 28.
 » tres tipos de, IV. 49.
 » culto de la, IV. 48.
- Malaquías, figura de, IV. 43.
- Manchester, III. 3.
- Mapas, modo de trazarlos, III. 7.
 » de los dominios ingleses, III. 5-6.
 » de Francia, I. 2.
 » proyecciones de Mercator, III. 6.
- Marqués, aldea del, I. 16.
- Marruecos, extensión de, III. 13.
- Martín, Juan, pintor, IV. 42.
- Martirio, lecciones del, IV. 53.
- Mártires, mujeres, muchas no figuran en el calendario, II. 7.
- Meleagro, II. 11.
- Memoria, «memoria técnica», II. 1.
- Mercator, III. 6.
- Mesía y el alfabeto, III. 22.
- Milenario, el, III. 54.
- Milman, Historia del Cristianismo de, III. 22, 26, 32.
 » » » sobre Roma, III. 35.
- Milton, «Paraíso Perdido» y la Biblia, III. 44.
 » » » cita, IV. 41.
- Minas de carbón, II. 42.
- Miqueas, figura de, IV. 42.
- Modernismo, avaricia del, IV. 35.
- Moisés, III. 26; IV. 51; II. 5.
- Monaquismo, III. 26-28.
- Monasterios de Italia, convertidos en barracas, III. 29 n.
- Monjes, tipo y carácter de los, III. 39; IV. 56.
 » órdenes de, III. 26.
- Moralidad, natural al hombre, IV. 59.
 » y religión, IV. 58.
- More, Sir Tomás, ejecución de, II. 43.
- Nacionalidad, depende de la raza y clima, no del gobierno,
 III. 15-16.

- Nahúm, figura de, IV. 43 y *n.*
 Nanterra, aldea de Santa Genoveva, II. 5, 8.
 Nemea, el León de, III. 53.
 Nínive, IV. 43.
 Nitocris, II. 6.
 Nogent, abadía benedictina de, II. 40.
 Nómadas, tribus del N. de Europa, II. 10.
 Nombres, francos, su etimología, II. 48.
 Normandos, II. 12.
 νοῦς, IV. 59 *n.*
 Obediencia, figura de la, IV. 41.
 Oloacro, I. 12; III. 21.
 Orcagna, III. 46.
 Orígenes, III. 47.
 Oseas, figura de, IV. 43.
 Ostrogodos, II. 12.
 » derrota de Clodoveo, II. 47.
 Oxford, IV. 6.
 Paciencia, figura de la, IV. 41.
 Padres, Santos, sus comentarios sobre las escrituras, III. 46.
 » » teología de los, IV. 55.
 Palestina, III. 14.
 Palgrave, Sir F., sobre Arabia, III. 17-18 y *n.*
 » » sobre el camello, IV. 41.
 Papado, origen del, III. 35 *n.*
 París, iglesia de Santa Genoveva en, II. 55.
 » isla de Francia, IV. 58.
 » modelo de urbanidad, IV. 58.
 Pecado, sobre el, IV. 34, 55; II. 44.
 Perseverancia, figura de la, IV. 41.
 Persia, real influencia del Oriente, III. 18.
 Pimsoll, las minas de, II. 42.
 Poder, motivo de su deseo, III. 33.
 Poetas, los tres grandes, cristianos, IV. 20.
 Poitiers, batalla de, I. 13, 34; II. 47 *n.*; III. 33.
 Polacos, los, II. 12.
 Políticos, su conocimiento peculiar, pref.
 Probo, el Emperador, II. 15 *n.*; III. 21.
 Profetas, figuras de los, IV. 39.
 » » en detalle, IV. 42-43.
 Protestantismo, y el estudio de la Biblia, III. 45.
 » y las historias populares, I. 18.
 » y la ambición sacerdotal, III. 33.

- Protestantismo, y el Catolicismo Romano, IV. 57.
 » San Jerónimo, III. 31.
 Provenza, la antigua, I. 12, 14.
 Providencia, de Dios, y la historia, I. 19.
 Pública, opinión, II. 42.
 Purgatorio, doctrina del, IV. 55 n.
 Puritana, malicia, II. 19.
 Rafael, Madonas de, IV. 49.
 Raquel, la siria, III. 14.
 Razas, de Europa, por climas, III. 9. Véase Climas.
 Rebelión, figura de la, IV. 41.
 Reims, catedral de, IV. 1; IV. 11.
 » Clodoveo coronado en, I. 13.
 » » enriquece á la catedral de, II. 49.
 Religión, definición de la verdadera, IV. 60. Véase Biblia,
 Cristianismo, Inspiración, Protestantismo.
 » desear la recta, III. 48.
 » idea común que nuestros propios enemigos tienen
 de Dios, I. 21.
 » y moralidad, IV. 58.
 » natural, IV. 20.
 » de Arabia, III. 19.
 » de Egipto, III. 13.
 » en Oriente y en Occidente, I. 34-35.
 Resina, bosque de la, II. 20-21.
 Restauración, moderna, IV. 27 n.
 Rhin, refortificado por Juliano, II. 28 n., 31.
 » tribus desde el Vístula al, II. 10.
 Ríos, III. 10 n.
 Roberto, de Luzarches, IV. 12.
 Roma, aspecto de, en tiempo de San Jerónimo, III. 35.
 » da órdenes á Europa, III. 20.
 » naciones bárbaras que se oponen á, II. 9.
 Romana, puerta, en Amiens, I. 22.
 Romano, Imperio, división del, III. 21-22.
 » » » Oriente y Occidente, III. 21.
 » » fin del, III. 20-21.
 » » caída del, II. 12.
 » » » Juliano y los augures, III. 26.
 » » su verdadera importancia, III. 20.
 » » es una fuerza, no una nación, III. 19 n.
 » » en Francia, su término, I. 6-7, 12.
 » » en Italia, » I. 12.

- Romanos, Católicos, medio ejército de Wellington eran, prefacio.
 » Católicos y Protestantismo, IV. 57.
 » Emperadores, cinco dacios, II. 15 n.
 » » como Sumos Pontífices, III. 15.
- Romsey, I. 3.
 Rozé, el Padre, IV. 13, 24 n., 43.
 San Agustín, I. 29.
 » y San Jerónimo, III. 47.
 » ciudad de Hipona, III. 13.
- San Ambrosio, Verona, llanura de, II. 54.
 San Aqueolo, cerca de Amiens, IV. 45-46.
 San Benedicto, II. 3; III. 26.
 Santa Clotilde de Francia, II. 48.
 San «Cloud», su etimología, II. 48.
 San Domicio, IV. 44.
- San Fermín, su historia, I. 6 y sig.; IV. 14, 45.
 » su muerte, I. 7.
 » su discípulo romano, I. 8.
 » su tumba, I. 8 y sig.; IV. 46.
 » y San Martín, comparados, I. 29.
 » pórtico de, IV. 28, 44.
 » escultura de, I. 8.
 » el Confesor, IV. 44-46.
- San Fusciano, IV. 44.
 San Genciano, IV. 44.
 Santa Genoveva, II. 7.
 » sus biografías, II. 7.
 » su nacimiento, II. 3.
 » su tierra natal, II. 5.
 » su carácter, II. 5-7.
 » iglesia de, París, II. 55.
 » y Clodoveo, II. 55.
 » Conversión de, II. 5.
 » es gala pura, II. 8, 15.
 » de qué es típica, II. 3.
 » pacificadora, II. 7.
 » Santa Filis, II. 5.
- San Germán, II. 6.
 San Godofredo, historia de, IV. 44-45.
 » tumba de, IV. 24, 26.
 Santa Hilda, II. 48.

- San Honorato, IV. 44-45.
 » pórtico de, IV. 7.
 San Jerónimo, su Biblia, III. 26, 36. 37-40.
 » en Occidente, II. 3.
 » Gálatas, comentarios á los, III. 47.
 » niño y sus estudios, III. 34-35.
 » su candor, III. 36.
 » muerte de, III. 40.
 » estudia el hebreo, III. 38.
 » no fué un mero eremita, III. 31.
 » su león, III. 53.
 » Milmán sobre, III. 32 y sig.
 » considerado por los protestantes, III. 31.
 » carta de la Reina Sofía al P. Vota sobre,
 III. 47.
 » su modo de escribir, III. 47.
 San Juan, Apóstol del amor, IV. 37.
 » su grandeza, IV. 16.
 San Luis, la religión bajo, I. 34.
 San Marcos, Venecia, IV. 36 n.
 San Martín, bautismo y conversión, I. 23.
 » carácter de, I. 24, 29 y sig.
 » » paciencia, II. 7.
 » » serenidad y dulzura, I. 28.
 » Clodoveo y, I. 32.
 » Demonio, respuesta al, I. 28.
 » aficionado á beber, I. 30.
 » fama de, I. 29.
 » historia de, I. 32.
 » y Juliano, I. 24.
 » Tours, su abadía en, I. 33.
 » » su episcopado, I. 25, 31.
 » visión de, I. 23.
 » patrono de los bebedores, I. 29, 31.
 San Nicolás, *Diario de*, IV. 41 n.
 San Pedro, Apóstol del Valor, IV. 37.
 San Quintín, IV. 44.
 San Remigio, corona á Clodoveo, I. 13.
 » predica á » I. 20.
 » y el vaso de Soissons, II. 41.
 San Salve, IV. 14, 44.
 San Simeón, IV. 50.
 Santiago, Apóstol de la Esperanza, IV. 41.

- Santa Ulfa, I. 198; IV. 44, 46.
 San Victórico, IV. 44.
 Saba, la reina, IV. 50-51.
 Sajón, el, II. 12; I. 34 35.
 Sálica, ley, II. 30.
 «Sali», los, II. 30.
 Salios, franceses, II. 30-31.
 Salisbury, Catedral de, IV. 1.
 Salomón y la reina de Saba, IV. 50-51.
 «Salts», su significación, II. 31.
 Salvación, teoría protestante de la, III. 43.
 Salvajes, razas, el amor á la guerra en, II. 48.
 » mujeres, II. 48.
 Scotos, pictos y, III. 24 n.
 Sott, Gualterio, sus nombres bien escogidos, II. 18.
 » » novelas de, II. 18; III. 29 n.
 » » edición de penique, III. 7.
 Scitia, tribus de, III. 10, 17.
 Semíramis, II. 6.
 Sentido (*νοῦς*), esencial á la humanidad, IV. 59.
 Severn, el, I. 3.
 Shakespeare, II. 3, 35; IV. 32.
 Sirvientes, católicos, III. 29 n.
 » franceses, II. 28.
 Siberiana, barbarie, III. 9, 10.
 Sicambros, II. 18, 27.
 Sidney, Sir Felipe, I. 23.
 Smith, diccionario de, II. 9.
 Sofonías, figura de, IV. 43.
 Soissons, batalla de, I. 10 n., 13, 34; II. 49.
 » el vaso de, II. 40 sig.
 » » y Clodoveo, II. 43.
 Solway, el, I. 3.
 Staulbbach, el, IV. 9.
 Strigi, San Jerónimo nace en, III. 34.
 Suicidio y egoísmo, IV. 41.
 «Suiza histórica», cita, II. 49 n.
 Templanza, figura de la, IV. 41.
 Teodoberto, la muerte de, II. 11 n.
 Teodorico, rey de los Ostrogodos, II. 48.
 » derrota á los francos, II. 53.
 » influencia de, en Europa, II. 53.
 » En Verona, II. 54.

- Walton, Isaac, I. 2.
Wandle, el, I. 2.
Wartzburgo, II. 24.
Wellington, sobre el valor de los Cat. Rom., pref.
Wesser, el, el curso del, II. 19, 26.
 » fuentes del, II. 24.
 » tribus del, II. 26.
Wordsworth, citado, II. 55.
Yonge, Miss, sus «nombres Cristianos», Francos, II. 27.
 Santa Ulfa, IV. 46.
Zacarías, IV. 51.
 » figura de, IV. 43.
Zenobia, II. 6.
Zodiaco, IV. 47.
Zulú, la guerra, II. 43; III. 6.
-

CONTIENE

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO	I
Capítulo I. —Por las orillas de las aguas	5
Capítulo II. —Bajo los Drachenfelds.....	51
Capítulo III. —El domador de leones.....	101
Capítulo IV. —Interpretaciones.....	151
Apéndice I. —Lista cronológica de los principales sucesos que se refieren en «La Biblia de Amiens.....	239
Apéndice II. —Plan general de «Lo que nos han contado nuestros padres».....	241
INDICE ALFABÉTICO	245

B.P. de Soria



61182615
DR 7802

HISTORIA DE LAS NACIONES

Tomos encuadernados en tela, con planchas, ilustrados con profusión de grabados, láminas y mapas. Precio de cada tomo, 8,50 pesetas. (Tamaño, 21 × 15.)

Historia del Imperio de Alejandro, por Juan P. Mahaffy.—Versión española de D. Manuel José Quintana. Madrid, 1895.

Media, Babilonia y Persia, desde la caída de Nínive hasta las guerras médicas, por Zenaïde A. Ragozin.—Versión española, con notas de D. Manuel Sales y Ferré.

Los sarracenos, desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, por Arturo Gilmán.—Traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles.

Los godos, por Enrique Bradley.—Traducción de don Juan Ortega y Rubio.

Historia de Hungría, por Arminio Vambery.—Traducción de D. José de Caro.

Holanda, por James E. Thorold Rogers.—Traducción por D. Juan Ortega y Rubio.

Alemania, por S. Baringould.—Traducción por don Siro García del Mazo.

Los judíos, por James K. Hosmar.—Traducción y apéndice, por D. Eduardo Toda.

Historia de la China, por D. Eduardo Toda.

Tomos encuadernados en rústica. Precio de cada tomo, 7 pesetas.

Asiria, desde el engrandecimiento del Imperio hasta la caída de Nínive, por Zenaïde A. Ragozin.—Traducción de Siro García del Mazo, con notas de don Manuel Sales y Ferré.

Historia de Caldea, desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria, por Zenaïde A. Ragozin.—Versión española anotada por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Historia del Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson.—Versión española y apéndice, por D. Eduardo Toda.

De venta en la misma librería.

TOMOS EN 8.º

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
- Arreat.**—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
- Baldwin.**—Historia del alma, 4.
- Becerro de Bengoa.**—La enseñanza en el siglo xx, 5.
- Bergson.**—Materia y memoria, 3,50.
- Binet.**—Introducción a la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
- Psicología del razonamiento, 2,50.
- El fetichismo en el amor, 3.
- Bray.**—Lo bello, 3,50.
- Bunge.**—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
- La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
- La Educación.—La educación contemporánea, 4.
- La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
- Bureau.**—El contrato colectivo del trabajo, 4.
- Cubas.**—Mitología popular, 4.
- Cullerre.**—Las fronteras de la locura, 4.
- Delbœuf.**—El dormir y el soñar, 3.
- Féré.**—Sensación y movimiento, 2,50.
- Degeneración y criminalidad, 2,50.
- Ferrière.**—Los mitos de la Biblia, 4.
- Escribas científicos de la Biblia, 4.
- Fteury.**—El cuerpo y el alma del niño, 3.
- Nuestros hijos en el colegio, 3.
- Fouillée.**—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
- Gaukler.**—Lo bello y su historia, 2,50.
- González Serrano.**—Psicología del amor, 2,50.
- Pequeñeces de los grandes. Un folleto, 0,50.
- Grasserle.**—Psicología de las religiones, 4.
- Guyau.**—Génesis idea de tiempo, 2,50.
- Los problemas de la estética contemporánea, 4.
- Janet.**—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
- Kergomard.**—La educación maternal. Dos tomos, 7.
- Lagrange.**—La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes, 3.
- El ejercicio en los adultos, 3,50.
- Le Bon.**—Psicología multitudes, 2,50.
- Levéque.**—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
- Max Nordau.**—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
- Mercier.**—La filosofía en el siglo xix, 2,50.
- Mosso.**—La educación física de la juventud, seguida de La educación física de la mujer, 3,50.
- El miedo, con grabados, 4.
- Fayot.**—La Creencia, 2,50.
- Posada.**—Política y enseñanza, 2,50.
- Teorías políticas, 2,50.
- Ribot.**—Enfermedades de la voluntad, 2.ª edición, 2,50.
- Las enfermedades de la memoria, 2,50.

- Enfermedades de la personalidad, 2,50.
- La psicología de la atención, 2,50.
- La evolución de las ideas generales, 3.
- La lógica de los sentimientos, 2,50.
- Ruskin.**—Munera Pulveris (sobre Economía Política), 2,50.
- Sésamo y azucenas, 2,50.
- La Biblia de Amicus, 2,50.
- Sollier.**—El problema de la memoria, 3,50.
- Spir.**—La norma mental, 2,50.
- Taine.**—La inteligencia. Dos tomos, 9.
- Tardieu.**—El aburrimiento, 4.
- Thomas.**—La sugestión: su función educativa, 2,50.
- La educación de los sentimientos, 4.
- Tissié.**—La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
- Los sueños, 3.
- Varigny.**—La naturaleza y la vida, 4.
- Wagner.**—Juventud, 3,50.
- La vida sencilla, 2,50.

TOMOS EN 4.º

- Baldwin.**—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8 pesetas.
- Bourdeau.**—El problema de la muerte, 5 pesetas.
- El problema de la vida, 5.
- Compayré.**—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
- Fouillée.**—Temperamento y carácter, 5.
- Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
- Garófalo.**—La criminología, 6.
- Guidé Villa.**—La psicología contemporánea, 10.
- El idealismo moderno, 5.
- Guyau.**—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
- La irreflexión de porvenir, 7.
- Hartenberg.**—Los tímidos y la timidez, 5.
- Hoffding.**—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
- Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18.
- Lagrange.**—Fisiología de los ejercicios corporales, 5.
- Lange.**—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
- Laple.**—Lógica de la voluntad, 5.
- Le Bon (Gustavo).**—Psicología del socialismo, 7.
- Lollée.**—Historia de las comparadas, 6.
- Luys.**—El cerebro y sus funciones, 12.
- Max Nordau.**—Degeneración, 12.
- Mosso.**—La fatiga, con grabados, 4.
- Fayot.**—La educación de la voluntad, 3.ª edición, 4.
- Ribot.**—La herencia psicológica, 7.
- La psicología de los sentimientos, 8.
- Ensayo acerca de la imaginación creadora, 6.
- Romanes.**—La evolución mental en el hombre, 7.
- Tardé.**—Las leyes de la imitación, 7.
- Tylor.**—Antropología, 9.

PREMI
7 pesetas

RUSKIN

LA
BIBLIA
DE
AMIENS



MADRID
DANIEL JURRO
EDITOR
—
1907

DR

7802